

**COMUNICACIÓN POLÍTICA Y RITUAL.
LA RENOVACIÓN DE LA DEMOCRACIA EN EL
PROCESO ELECTORAL**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Diseño Editorial: Paulina Pinacho
Ilustración de Portada: Marco Antonio Velasco
Marzo, 2012.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**COMUNICACIÓN POLÍTICA Y RITUAL.
LA RENOVACIÓN DE LA DEMOCRACIA EN EL
PROCESO ELECTORAL**

TESIS DE LICENCIATURA

ENRIQUE LÓPEZ ALONSO

CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

ASESOR: MTRO. RICARDO MAGAÑA FIGUEROA

CIUDAD DE MÉXICO, 2012

A mis padres.

*Recordaron una discusión, hacía años,
en París, sobre los símbolos, con Her-
bert Ward. Éste les había mostrado el
vaciado reciente de una de sus escrituras
de la que se sentía muy contento: un
hechicero africano. En efecto, era una
hermosa pieza, que, pese a su carácter
realista mostraba todo lo que había de
secreto y misterioso en ese hombre con la
cara llena de incisiones, armado de una
escoba y de una calavera, consciente de
esos poderes que le eran conferidos por
las divinidades del bosque, de los arroyos
y de las fieras y en quien hombres y
mujeres de la tribu confiaban ciegamente
para que los salvara de los conjuros, de
las enfermedades, de los miedos y los
comunicara con el más allá.*

*—Todos llevamos adentro a uno de esos
ancestros —dijo Herbert, señalando al
hechicero de bronce que, con los ojos
entrecerrados, parecía extasiado en uno
de esos sueños en que lo sumían los
conocimientos de yerbas. ¿La prueba?
Los símbolos a los que rendimos culto
con respeto reverencial. Los escudos, las
banderas, las cruces.*

Mario Vargas Llosa, *El sueño del celta*

ÍNDICE

Introducción	13
Capítulo 1. El tejedor de lazos sociales	19
1.1 Ritual	22
1.2 Mito y ritual	32
1.3 Fragmentación y repetición	37
1.4 Los ritos de paso	41
1.5 Lo sagrado, lo profano y lo político	46
Capítulo 2. El elixir de la inmortalidad	51
2.1 Comunicación política	54
2.2 Ritual político	73
2.3 Comunicación política moderna y ritual	81
Capítulo 3. La elevación del ungido	87
3.1 Elección	92
3.2 Algunos tipos de elección	95
3.3 Democracia y procesos electorales	99
3.4 Proceso electoral y ritual político	113

Capítulo 4. La fiesta de la democracia	125
4.1 Campaña	130
4.2 Día de las votaciones	140
4.3 Período de transición	146
4.4 Toma de posesión	150
Conclusiones	159
Fuentes	167

INTRODUCCIÓN

*Pues si la Ilíada no hubiese existido, el
mismo túmulo que cubre su cuerpo también
hubiera sepultado su nombre.*
Marco Tulio Cicerón

En 1789, George Washington se convirtió en el primer presidente de Estados Unidos luego de que los ciudadanos decidieran otorgarle su confianza a través del sufragio. Con sesenta y nueve votos, derrotó claramente a John Adams, que obtuvo únicamente treinta y cuatro.

Doscientos diecinueve años después, las calles de Washington D.C. —bautizada en honor al primer presidente— se convirtieron en una auténtica fiesta. A las afueras de la Casa Blanca, todavía habitada por el republicano George W. Bush, miles de personas celebraban la victoria del que sería el primer mandatario afroamericano en la historia. La democracia, de la misma forma que en el siglo XVIII, había triunfado.

Barack Obama superó a John McCain obteniendo el doble de votos electorales y siete por ciento más en voto popular. Los estadounidenses acudieron a las urnas a expresar su descontento con la administración saliente y su esperanza en el senador de Illinois. El sistema se renovó gracias a la participación popular en el proceso electoral.

Dos años antes, el primer domingo de julio de 2006, casi cuarenta y dos millones de mexicanos acudieron a las casillas electorales para elegir al próximo presidente de la República, mientras que en la península ibérica la situación no fue distinta en 2011, cuando siete de cada diez españoles participaron en las votaciones que determinaron la conformación del Congreso de los Diputados.

Las elecciones democráticas representan la vía de renovación de los gobernantes en la mayoría de los países occidentales. Los ciudadanos se informan de las campañas electorales en la radio, la televisión, la prensa y el internet, a veces acuden a mítines y en ocasiones participan activamente apoyando a un candidato. Después de ese lapso de contacto directo entre candidatos y los ciudadanos, éstos emiten su voto y acatan al nuevo gobernante, que llega a convertirse en presidente por la decisión de la mayoría.

Incluso en momentos de ruptura —asesinatos de presidentes, escándalos de corrupción, crisis económicas—, el proceso electoral ha salido adelante en muchos casos, consolidándose como la forma de elección adecuada porque así es asumida por la sociedad. El voto es el arma que da el poder a los ciudadanos, quienes ejercen la democracia fundamentalmente en las elecciones.

A lo largo de distintas regiones se pueden observar eventos de apoyo masivo a ciertos personajes, auténticos fenómenos sociales que giran alrededor de una determinada figura y filas interminables de personas que desean ejercer su derecho a decidir el nombre de la persona que ejercerá el próximo mandato, todo ello de forma periódica.

Actos tan semejantes en países tan disímiles no tienen una explicación simple. El hecho de que millones de ciudadanos se movilicen en el período de renovación de los gobernantes representa un caso único en una sociedad que se muestra generalmente apática ante los asuntos públicos. El llamado a las urnas es tan enérgico que trasciende fronteras.

Comunicación política y ritual: la renovación de la democracia en el proceso electoral surgió a partir de la inquietud de analizar ese llamado, que se compone de una serie de eventos que conforman el proceso electoral en un contexto de libertad democrática, es decir, donde existen las condiciones para que los ciudadanos realmente elijan a sus gobernantes y el cual está marcado por un alto grado de participación de la gente.

La idea de abordar este campo de estudio desde el simbolismo nació del libro *Tumba y poder*, de Olaf B. Rader, profesor de la Universidad Humboldt de Berlín. En él se analizan las ceremonias fúnebres como mecanismos legitimadores del poder, donde el protagonista del ritual se apropia del mito que representa el héroe desaparecido.

A lo largo de la historia y en distintas coordenadas del orbe, los dirigentes políticos recurren a las tumbas, reavivando la memoria colectiva que une a los individuos y les otorga una identidad. La tesis de Rader gira en torno a la importancia de este tipo de ceremonias simbólicas para establecer un orden, y donde el simbolismo juega el papel principal.

Así como el culto político a los muertos, el proceso electoral es un fenómeno que se presenta de forma recurrente en las sociedades contemporáneas, y su estudio simbólico representó todo un reto. La principal dificultad fue el escaso material bibliográfico que existe en México con este enfoque, comparado con el racionalista. Uno de los pocos análisis que se han publicado es *Simbolismo y ritual en la política mexicana*, que pretende explicar el comportamiento de la gente durante las elecciones de 1988 desde el ritual.

Teniendo como base el texto de Larissa Adler-Lomnitz, Rodrigo Salazar e Ilya Adler, este trabajo de investigación parte de la siguiente hipótesis: *El proceso electoral actual es un rito de paso, es decir, una ceremonia ritual bañada de mitos que reduce la incertidumbre producida por el cambio en los dirigentes políticos en las elecciones, pero cuyo rol es menos importante a medida que el proceso se vuelve plural, libre y competitivo. La representación simbólica compensa la ausencia de una representación política, por lo tanto, el proceso electoral actual tiende a priorizar su función instrumental y racional sobre los ritos, mitos y valores, que aún están presentes, aunque su importancia se reduce a medida que la simulación electoral desaparece.*

Si Adler-Lomnitz, Salazar y Adler concluyeron que en las elecciones del

México sin competitividad lo simbólico jugaba un papel preponderante, este trabajo tiene como objetivo averiguar el rol del ritual en los procesos actuales, caracterizados por la posibilidad real de los ciudadanos para elegir a sus gobernantes, partiendo de la hipótesis de la disminución de su importancia ante la llegada de la competencia electoral.

Para cumplir el objetivo, este trabajo de investigación, alimentado de autores de diversas corrientes y distintos países, se divide en cuatro capítulos. El primero, titulado “El tejedor de lazos sociales”, retoma las aportaciones de estudiosos del rito en su sentido general, explica sus características y roles, así como también aclara la diferencia con el mito y dilucida su relación con los valores.

También se explican nociones fundamentales de tres autores de diferentes corrientes —Arnold van Gennep, Claude Lévi-Strauss y Pierre Smith— que ayudan a comprender el fenómeno ritual y esclarecer su papel en la sociedad, finalizando con el aspecto religioso y político en el simbolismo con base en las aportaciones de Emile Durkheim.

Una vez definido el rito en su sentido general y habiendo expuesto sus características y funciones, el segundo capítulo, “El elixir de la inmortalidad”, comienza con una exposición de motivos sobre qué es la comunicación, que da pie a un recorrido multidisciplinario de los más reconocidos autores sobre comunicación política, explicando las distintas concepciones para, luego, adoptar una de ellas.

Después se aborda el estudio del ritual político, un acto eminentemente comunicativo que, sin duda, está presente en la sociedad contemporánea. Ahí se explica no sólo lo cotidiano del rito en la vida de los individuos, sino el papel fundamental que juega esta ceremonia simbólica que une el pasado con el presente y saca a flote los valores arraigados en la sociedad como garante del orden en el sistema.

El tercer capítulo, “La elevación del ungido”, comienza con el análisis de la elección, universo del que forma parte el proceso electoral como ritual político, pues éste no representa la única vía de sucesión pacífica de los gobernantes, sino que a lo largo de la historia han existido otros métodos —designación, rotación, concurso— que también cumplen con esa función y obedecen a las motivaciones de cada pueblo en un contexto determinado.

Posteriormente se analiza a la democracia tanto en naciones donde no existe competitividad electoral como en países en los que la gente tiene la posibilidad de elegir a sus gobernantes. Una vez aclarado el sentido instrumental del proceso, se toma el camino del simbolismo, es decir, se interpreta a la democracia en el contexto ritual como un valor que permea en la sociedad, más allá de las consecuencias legales y formales del concepto.

El último apartado de este capítulo explica, relacionando las bases teóricas desarrolladas previamente, en qué consiste el proceso electoral actual como un sistema de ritos, cuyos cimientos se encuentran en el imaginario con la democracia como valor compartido, sus fundamentos y la evidencia práctica que lo sustenta.

Como capítulo final se presenta “La fiesta de la democracia”, la descripción y el análisis de las cuatro etapas que conforman el sistema ritual: la campaña electoral, con los candidatos buscando el apoyo de la gente; el día de las votaciones, la expresión de la democracia en la boleta; el período de transición, donde se forja la unidad en el sistema; y la toma de posesión, la coronación del ungido.

Es momento de adentrarse en el mundo de las ceremonias rituales, mitos y valores. Las urnas y los votos son algo más que métodos instrumentales para elegir a los gobernantes aun en donde existe pluralismo y libertad para elegir, y este trabajo de investigación pretende encontrar esa respuesta.

CAPÍTULO 1
EL TEJEDOR DE LAZOS SOCIALES

*If people define situations as real, they are
real in their consequences*
Walter Lippman

*Sólo las historias recordadas pueden conver-
tirse en Historia*
Olaf B. Rader

Cientos de personas se empujaban para alcanzar un lugar dentro del pequeño templo ubicado en el corazón de la ciudad, mientras que en los pasillos repletos de gente ataviada con prendas oscuras se respiraba un ambiente de desánimo y pesar. El sacerdote atravesó la iglesia para recibir el féretro en medio de una triste melodía que entonaban los violines.

Luego de una emotiva ceremonia que concluyó en medio de aplausos, la carroza fúnebre tuvo que regresar a su lugar de origen, pues los familiares y amigos que cargaban el ataúd decidieron llevarlo ellos mismos hasta el cementerio, la última morada del difunto.

En el entierro no faltaron los discursos de despedida: la propia familia —padres y hermanos—, compañeros de trabajo y amigos dedicaron unas palabras al difunto antes de depositar el cuerpo inerte bajo tierra. El llanto y la desdicha predominaban entre los presentes, que se apoyaban a través de muestras de afecto.

Las ceremonias de duelo son un ritual que se desarrolla comúnmente en nuestra sociedad. En ellas, las personas expresan el dolor, la pena y el sufrimiento por una pérdida. Los familiares y amigos de la persona fallecida reciben consuelo; la pena es atenuada por el apoyo de sus seres queridos. Es a través del ritual funerario, compuesto por distintas ceremonias y donde entra en juego lo religioso, que los individuos afectados liberan el dolor y transitan hacia una nueva condición de estabilidad.

A pesar de que la visión racionalista deja de lado acontecimientos tan importantes como los rituales, su existencia y su trascendencia son innegables, como en este caso la función de resignación en momentos críticos. Se trata de una actividad que va de la mano del hombre y que lo ayuda a sortear la incertidumbre motivada por distintas causas, que van desde transiciones naturales, como la vida y la muerte, hasta episodios de inestabilidad personal, social e incluso política.

El objetivo de este capítulo no es otro que situar al rito en la sociedad contemporánea, acentuando su importancia y poniendo de manifiesto sus roles, su relación con el mito y la religión, así como exponer aportaciones de autores como Claude Levi-Strauss, Pierre Bourdieu y Arnold van Gennep, nociones fundamentales para después entender el ritual político.

1.1 Ritual

En nuestra sociedad resulta común la denostación de los ritos. Para los que sólo se valen del conocimiento racional y empírico, dejando de lado el sensorial, el emotivo y el volitivo, los rituales no significan más que engaño, manipulación e ilusión. El estudio de los rituales es:

una temática que suelen descuidar en sus estudios los politólogos y los expertos en medios de comunicación, los cuales, por distintas razones, han preferido y continúan prefiriendo los puntos de vista empíricos defendidos por investigaciones del tipo cuantitativo.¹

La visión utilitaria y racional ha dejado de lado el rito, parte indisoluble del actuar humano. El individuo va más allá de una serie de actos lógicos y razonados; el universo ritual está presente en nuestro actuar diario: desde lo religioso hasta las grandes fiestas y celebraciones.

¹ Gianpietro Mazzoleni, *La comunicación política*, p. 117.

Así como el “prejuicio racionalista” ignora el ritual, también existe una fuerte corriente que valora los aspectos subjetivos de la acción y la interacción humana, explicando los criterios de decisión, elección y comportamiento, de los que la tendencia utilitarista explica sólo una mínima parte. Los estudios de Claude Levi-Strauss, Emile Durkheim, Pierre Bourdieu y Arnold van Gennep, entre otros, abren el horizonte en los estudios científicos de las ciencias sociales.²

Desde las sociedades primitivas hasta las contemporáneas, el ritual ha ocupado un lugar privilegiado en la constitución y cohesión de grupos, por lo que su estudio adquiere gran importancia: “Aunque uno u otro rito se observe solamente en este o aquel lugar, el rito asume, como hecho genérico, un carácter universal”³. El ritual ha sido y es inherente al hombre, y ahí radica la importancia de retomarlo como objeto de análisis.

El estudio de esta forma simbólica trae consigo dos problemas: su sentido abarcador y su carácter interdisciplinario. Se les considera rito a conductas tan disímiles que van desde la danza de cortejo de los barriletes hasta la misa romana⁴. Una gran cantidad de hechos, con distintas características y actores diversos, forman parte de este universo.

¿Por qué asociar acciones aparentemente heterogéneas en un mismo campo de estudio? Prestar atención previa a las similitudes no impide prestar atención a las diferencias⁵. Para comprender el fenómeno ritual es necesario identificar las semejanzas para distinguir las discrepancias*.

El segundo problema que conlleva es la gran cantidad de disciplinas que han hecho de él su campo de estudio. Sociólogos, etnólogos, psicoanalisis-

² *Íd.*

³ Jean Cazeneuve, *Sociología del rito*, p. 15.

⁴ Roy A. Rappaport, *Ritual y religión en la formación de la humanidad*, p. 57.

⁵ *Íd.*

* Debido a ello, en primer lugar se abordará el rito en su sentido amplio para luego aproximarse a lo específico.

tas y antropólogos han intentado explicar al rito desde distintas posturas y teorías propias de su visión.

De esta manera, la etnología y sociología hacen énfasis en las creencias mágicas y/o religiosas, a ceremonias y fiestas, siguiendo siempre la dicotomía de lo sagrado y lo profano, de lo puro y lo impuro. Por otro lado, la etología ve al ritual como parte de un proceso de evolución y el psicoanálisis se interesa por sus formas y funciones privadas⁶.

De acuerdo a Jean Cazeneuve, el ritual vence la angustia, lo sobrenatural y lo numinoso⁷. El ser humano hace uso de este tipo de prácticas para dejar de lado la incertidumbre, lo desconocido, la sensación de lo inédito. El rito permite transitar de un estado de dilema a uno de regla mediante acciones vividas, formales y dramatizadas.

El individuo, por naturaleza, se encuentra en la búsqueda constante de certezas, necesita saber dónde está parado para saber hacia dónde va. Requiere tener el control —o creer que lo tiene— para darle sentido a su actuar. Desde las civilizaciones primitivas hasta las modernas podemos observar ceremonias que alivian al sujeto en su intento de romper con lo desconocido: manipulación de los fenómenos naturales, sacrificios humanos y misas, pero también actos cotidianos como viajes, festivales y celebraciones.

La mayoría de las aportaciones de los científicos sociales, provenientes de diversas posturas del conocimiento, no son excluyentes, sino que se complementan. Con base en este principio, se utilizará el término ritual en su acepción general como **todo acto colectivo, dramatizado y formal que une el pasado con el presente y reafirma los lazos entre los individuos mediante la puesta en práctica de creencias en común**. Se trata de una institución (en ocasiones formal, en otras informal) en el sentido de que

⁶ Jean Maisonneuve, *Las conductas rituales*, pp. 7-12.

⁷ Jean Cazeneuve, *op. cit.*, p. 34.

delimita las acciones de las personas y, a la vez, de una forma de interacción que permite transitar de un estado a otro, vivir los mitos y renovar valores y lazos sociales.

El ritual cuenta con cinco características:

1. Tiene un **sentido vivo**. La persona o personas que participan del rito deben tener un referente válido para que éste cumpla sus funciones. Si la comunidad no comparte los valores que se pretenden revivir o dramatizar, no tendrá consecuencia alguna y entonces no existirá ritual, sino una ceremonia que no irá más allá de una simple actuación.

El marco referencial compartido es parte fundamental del rito porque es un acto del que la sociedad es partícipe, no un simple espectador. El ritual es un fenómeno incluyente: “para que los gestos, los intermediarios materiales se conviertan en metáforas, deben ser objeto de consenso. Sin participación colectiva no hay rito”⁸.

La eficacia del ritual está en función de la creencia de los participantes; es necesaria e imprescindible la legitimidad para que el rito cumpla sus funciones: “(...) tiene que haber un cierto número de operaciones, de gestos, de palabras y de objetos convencionales, que debe creerse en una especie de trascendencia”⁹

2. Expresa un **rol no evidente**. Es aquí donde el rito se diferencia de la costumbre: “La costumbre de llevar tal o cual vestimenta no podría ser calificada como ritual más que cuando asume un significado que no supone la sola necesidad de vestirse, como sería el caso, por ejemplo, de la vestimenta sacerdotal”¹⁰.

El rito tiene una función más allá de la serie de actos que observamos. Por

⁸ Martine Segalen, *op. cit.*, p. 113.

⁹ *Ibid.*, p. 32.

¹⁰ Jean Cazeneuve, *op. cit.*, pp. 17-18.

ejemplo, la condecoración de un rey implica la ascensión al poder del heredero, la legitimación del nuevo soberano y la personificación del mito, roles distintos a los que se perciben a simple vista: discursos, aplausos y la entrega del cetro.

3. Es **codificado por alguien diferente a los participantes**. Los actores que toman parte en él siguen un orden establecido, incluso los nuevos ritos están compuestos por elementos tomados de otros más antiguos¹¹. Un ritual no es fruto de la invención u ocurrencia de un solo hombre, sino que se trata de eventos significativos del pasado.

En el caso de los rituales funerarios, específicamente el día de Postdam, el ministro de propaganda nazi, Joseph Goebbels, fue quien propuso realizar el culto a los reyes prusianos, mas no inventó el mito, pues éste ya existía; por lo general se repiten ciertos elementos, tales como como el discurso, la apelación al pasado y la utilización del culto funerario con fines políticos, lo que cambia es el personaje.

Retomando un ejemplo que data de varios siglos atrás, la danza de la lluvia sigue siendo representada —aunque con otras funciones y en otro contexto—. En su sentido original, los participantes, adornados con plumas, invocaban a la lluvia en épocas de sequía. Se vive una historia, de la cual muchas veces se desconoce su origen y al iniciador del rito.

4. Implica la **utilización del cuerpo** a través de posturas, gesticulaciones, movimientos y danzas. Todo ritual requiere del cuerpo, ya que se trata de una representación; los partícipes del acto simbólico interactúan a través de él:

Probablemente, no exista ningún ritual que no tome al cuerpo como soporte directo o indirecto de su accionar o de su proyecto. Ya sea como lugar para fijar signos, marcas, incluso para practicar en él intervenciones; ya sea

¹¹ Roy A. Rappaport, *op. cit.*, p. 67.

como fuente de energía y de influencia. (...) Todos los trabajos dedicados a los rituales subrayan esa relación fundamental de la fe y la corporeidad.¹²

Quizá el rito ideal para ejemplificar esta característica sea aquel donde se utilizan las danzas: al norte de México, los indios yaquis y mayos dramatizan la caza del venado con un baile acompañado de tambores, flautas y sonajas, mientras que en Veracruz efectúan la danza de los pájaros, haciendo uso de un instrumento giratorio.

5. Existe **formalidad y dramatización**. Durante el acto, o la serie de actos, se siguen ciertas reglas preestablecidas que también dan pie a un grado —por lo general mínimo— de improvisación. Se presentan tanto acciones esperadas como inesperadas dentro de un escenario y con una trama definida; en él, los actores representan papeles determinados.

De acuerdo con estas características, encontramos precisión, determinación y rigor en el desarrollo del acto ritual: “El rito se caracteriza por una configuración espacio-temporal específica, por el recurso a una serie de objetos, por unos sistemas de comportamiento y de lenguaje específicos”¹³.

En el bautismo, el niño pasa del mundo profano al religioso a través de una ceremonia formal. El rol del portador de la fuerza divina es caracterizado por el sacerdote, mientras que el infante es purificado con agua, todo ello en un escenario —el templo—; se siguen las reglas de la ceremonia, haciendo uso de las oraciones, la renuncia al demonio y la entrada a terreno sagrado¹⁴.

El rito cumple básicamente cuatro funciones:

a) **Aviva la memoria y eslabona el presente con el pasado apropiado.**

¹² Jean Maisonneuve, *op. cit.*, pp. 11-12.

¹³ Martine Segalen, *op. cit.*, p. 30.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 59-60.

La representación dramática permite a los participantes recordar algún hecho, suceso, mito, episodio histórico o valor que se relaciona con su presente.

La inculcación de valores patrióticos mediante ceremonias tales como rendirle culto a los símbolos nacionales en tiempos de guerra o la utilización de figuras emblemáticas que permanecen en la memoria colectiva en momentos de crisis de legitimación vinculan el pasado con el presente en el momento adecuado. La historia se hace presente, vive a través del ritual.

b) A través del ritual, el ser humano **expresa afectos que de otra manera no podría hacerlo**. Las conductas rituales liberan la inquietud humana ante el cuerpo y el mundo, su transformación y aniquilamiento, permitiendo canalizar emociones poderosas, tales como el odio, el miedo, la pena, la esperanza.¹⁵

En los ritos de iniciación podemos encontrar esta función reguladora. Las novatadas, donde los individuos de reciente ingreso en una institución educativa o laboral reciben una especie de castigo controlado por parte de aquellos que cuentan con cierto tiempo en el lugar. Estas prácticas convierten a los recién llegados en miembros aceptados por la comunidad.

Otro rito moderno donde la gente expresa emociones que de otra manera no podría hacerlo es en el fútbol, el deporte más popular del mundo. Cientos de miles de personas se congregan en los estadios para apoyar a su equipo favorito: se emocionan, gritan, bailan, portan prendas distintivas, realizan dibujos en sus rostros y cuerpos... Durante noventa minutos, los seguidores juegan un rol muy distinto al que realizan fuera de ese período: “Las formas rituales en la sociedad moderna permiten la expresión de valores y de emociones que no encuentran la forma de expresarse en el

¹⁵ Jean Maisonneuve, *op. cit.*, p. 12.

mundo del trabajo o en el mundo doméstico. Son momentos de desahogo colectivo”¹⁶.

c) El ritual **comunica**. Si hablamos de un acto con cierta intención, cuyos participantes comparten un marco cognitivo, podemos concluir que el rito es un acto de comunicación, donde un actor se expresa, de manera verbal y no verbal, y otro u otros retroalimentan el proceso; los individuos reciben y transmiten mensajes mediante valores, ideas, creencias.

En las ceremonias de expiación, el individuo pide perdón por los pecados cometidos, estableciendo contacto con una deidad suprema para obtener la redención. En cuanto a las danzas prehispánicas, los pueblos indígenas interactuaban con la naturaleza y los entes superiores, ya fuera para agradecer a los dioses o con fines relativos a los fenómenos climáticos.

d) El rito **reafirma el lazo entre los individuos** recordando los valores que dan forma a la unidad social. La comunidad, al realizar un acto dramatizado, legítimo y colectivo, vive y revive dichos valores, que dejan de ser historia lejana para convertirse en presente: el individuo los palpa, los siente, los interioriza.

La comunidad requiere reforzar sus lazos para seguir siendo un conjunto de personas con elementos en común, y el rito, ratificador de las relaciones de los individuos, cumple esa función:

Toda comunidad, todo grupo que comparte un sentimiento de identidad colectiva (...) siente la necesidad de mantener y reafirmar las creencias y sentimientos que fundan su unidad. Esta suerte de “reflexión moral” (...) no puede obtenerse sino por medio de reuniones, de asambleas donde los individuos, estrechamente próximos unos de otros, reafirman en común sus comunes valores.¹⁷

¹⁶ Martine Segalen, *op. cit.*, p. 36.

¹⁷ Jean Maisonneuve, *op. cit.* p. 13.

La gente se reúne y convive en fiestas locales. Generalmente mezclado con lo religioso, las celebraciones de los pueblos en el sur de México se caracterizan por la participación de toda la comunidad, que a pesar de la pobreza no escatima en recursos para festejar al santo patrono del lugar.

Una de las fiestas más importantes del país ocurre el doce de diciembre, cuando millones de fieles acuden a la Basílica de Guadalupe para honrar a la figura religiosa más venerada de México. Los asistentes arriban tras peregrinar por días, semanas o meses. Ya en el templo, los rezos y actos de fe les permite reafirmar su fe y los valores patrióticos que encarna la imagen.

Otro tipo de acto que involucra la participación de la comunidad y sirve como reforzador del lazo social—especialmente en pueblos pequeños—, es el convite. Se trata de una fiesta tradicional en la cual, a diferencia de las grandes celebraciones político-religiosas, los lugareños participan en su organización: cada familia está encargada de cumplir una labor en específico (música, alimentos, bebidas). El vínculo entre los habitantes de la comunidad se engrosa con este tipo de prácticas.

La clasificación de los rituales es tan amplia y diversa como los autores que se han encargado de su estudio:

Para Emile Durkheim, existen dos categorías principales: el culto* negativo y el culto positivo. Mientras que el primero implica privación y mutilaciones corporales, el segundo está ligado con las religiones, se trata de actos que unen al dios con sus fieles.¹⁸ **

Jean Maisonneuve integra las aportaciones de los estudiosos del tema en dos ejes: el de los rituales mágico religiosos (que incluye a las ofrendas, las

* Emile Durkheim entiende por *culto* un sistema de ritos.

¹⁸ *Ibid.*, p. 18.

** *Vid infra* 1.5 Lo sagrado, lo profano y lo político.

plegarias y los sacrificios) y el de los rituales seculares, solemnes o banales (entre los que se encuentran los ritos del cuerpo, de vestimenta, de interacción cotidiana y de masas: ceremonias, desfiles y juegos deportivos).

En los primeros encontramos prohibiciones, sacrificios, invocaciones, iniciaciones; se trata de rituales que cuentan con tres características: anterioridad temporal, una primacía moral y la intrincación parcial de la magia y la religión, dos elementos que apenas se distinguen porque la primera es pragmática y la segunda espiritual.¹⁹

En los segundos podemos observar la participación masiva de la sociedad: campeonatos, carreras y espectáculos, que tienen orígenes antiguos. Hoy podemos hablar de que millones de individuos se sientan frente al “altar doméstico” (la televisión) para participar en la celebración de este tipo de rituales.²⁰

Por otra parte, Jean Caizeneuve plantea tres soluciones del ritual ante el conflicto mental que implica la lucha con sentimientos contrarios (sentirse libre y amenazado por fuerzas oscuras):

- Abandonar la potencia y encerrarse en una condición humana para alejar lo numinoso.
- Procurar la potencia. Mediante magia y brujería, haciendo uso de objetos impuros, se establece una interacción con entes oscuros. Implica la intervención de personajes extraordinarios.
- Sublimación. Fundamentar la conciencia humana en una realidad trascendente, dando un carácter sobrehumano a lo sagrado. Superan a los tabús, encantamientos y supersticiones.²¹

¹⁹ Jean Maisonneuve, *op. cit.*, pp. 21-24.

²⁰ *Ibid.*, pp. 55-60.

²¹ Jean Cazeneuve, *op. cit.*, p. 36.

Los rituales no son entes solitarios en el mundo del simbolismo. Si bien ya se señaló su importancia, características y funciones, también resulta importante entender que existen otros elementos que trabajan junto con el ritual.

Entendidos como parte fundamental del actuar y pensar humanos, los ritos forman un todo que funciona junto con otros elementos, y uno de ellos, quizá el más importante, es el mito. Para comprender el sistema ritual es necesario explicar sus diferencias y, sobre todo, su punto de convergencia.

1.2 Mito y ritual

El pensamiento mítico es muchas veces catalogado como “una falsa creencia aceptada como verdad”, característica, de acuerdo con algunos autores, de las culturas primitivas, cuyos miembros carecen de la capacidad para distinguir entre espejismo y realidad al no apelar a la razón mediante pruebas y evidencias. Para esta corriente, el mito no es más que un sinónimo de ilusión²². Ernst Cassirer afirma que:

El mito no es más que la oscura sombra que el lenguaje proyecta sobre el mundo del pensamiento humano (...) es una enfermedad que empieza en el campo del lenguaje, y que luego se difunde, en una peligrosa infección, por todo el cuerpo de la civilización humana.²³

Esta visión indica que el pensamiento mítico es el enemigo por antonomasia del conocimiento científico y la realidad: “Mientras las fuerzas intelectuales, éticas y artísticas están en plenitud, el mito está domado y sujetado, pero en cuanto empiezan a perder su energía, el caos se presenta nuevamente”²⁴.

²² Dan Nimmo y James E. Combs, *Subliminal politics*, pp. 8-9.

²³ Ernst Cassirer, *El mito del estado*, p. 27.

²⁴ *Ibid.*, p. 352.

Mito y razón no son opuestos, es más, han coexistido en todas las culturas de las que se tenga registro; la prevalencia de uno no extingue al otro. La búsqueda de certezas representa, así como la racionalidad, una característica del ser humano, y es a través del imaginario como se llega a ellas. Actos tan comunes como acudir a la iglesia, apoyar a un equipo de fútbol o participar de las fiestas populares tienen confluencia en el universo simbólico, hechos que el saber racional no podría explicar.

Contrario a Cassirer, el psicólogo norteamericano Rollo May afirma que los mitos son una forma de dar sentido a un mundo que no lo tiene: “como las vigas de una casa: no se exponen al exterior, son la estructura que aguanta el edificio para que la gente pueda vivir en él”²⁵.

Compartir mitos une a la sociedad: permite que los individuos interioricen un origen y metas en común, se trata del soporte que proporciona la seguridad necesaria para actuar; el ser humano requiere saber qué terrenos está pisando para moverse en ellos. Especialmente ante situaciones de ansiedad y culpabilidad, pero también en la vida cotidiana, el mito sirve como guía, como referente al actuar:

La memoria depende básicamente del mito. Algunos hechos ocurren en nuestra mente, en la realidad o en la fantasía; los formamos en la memoria, moldeándolos como barro, y al poco tiempo los hemos convertido en mitos. Mantenemos entonces ese mito en la memoria como guía para situaciones futuras similares.²⁶

El mito, entendido como “el drama que empieza como acontecimiento histórico y adopta su especial carácter como forma de orientar a la gente hacia la realidad”²⁷, cumple distintos roles²⁸:

²⁵ Rollo May, *La necesidad del mito*, p. 17.

²⁶ *Ibid.*, p. 63.

²⁷ *Ibid.*, p. 28.

²⁸ *Ibid.*, pp. 30-33.

- 1) Permite al individuo encontrar su sentido de identidad al responder a la pregunta “¿quién soy yo?”;
- 2) Sirve como engranaje en la sociedad: cohesiona a los individuos a partir de una historia válida y legítima. Provoca lealtad hacia la ciudad o nación;
- 3) Afianza los valores morales;
- 4) Permite enfrentar el misterio de la creación.

Para que una comunidad funcione debe tener una identidad que permita unir y reforzar el lazo social. Es a través del mito y su representación en el rito que el individuo logra definir quién es y hacia dónde va, superando la incertidumbre que lo paraliza.

Para Mircea Eliade, el mito “cuenta una historia sagrada; relata un acontecimiento que ha tenido lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de los comienzos”²⁹. Se trata de un relato validado por la creencia de la gente y que revela una historia fundacional; a partir del mito se conoce el origen de las cosas.

Desde Afrodita hasta Quetzalcóatl, los personajes que protagonizan los mitos son entes sagrados cuya intervención en el mundo explica quiénes somos y hacia dónde vamos: “el hombre es lo que es hoy, un ser mortal, sexuado y cultural, a consecuencia de las intervenciones de los seres sobrenaturales”³⁰.

El mito no se limita a un simple relato. Olaf B. Rader revela un aspecto fundamental al definirlo como “una historia originaria, legitimadora, que a modo de catalizador tiene trascendencia en la constitución de

²⁹ Mircea Eliade, *Aspectos del mito*, p. 16.

³⁰ *Íd.*

grupos”³¹. No existe comunidad alguna que deje de recurrir al mito para su formación, constitución, organización e incluso para dar una imagen al exterior:

Cuando los grupos se constituyen, adoptan una historia de su procedencia, tanto si se trata de naciones, etnias, linajes, pueblos, gentes, clanes; de tribus, polis, comunidades juramentadas o gremios; tanto si elegimos para nuestro examen sociedades antiguas, medievales o modernas. En todas estas constituciones de identidades colectivas, los constructos socioculturales se consideran como algo dado no importa cuándo. Después se concretan y extienden a la historia originaria.³²

¿Cómo adquiere vigencia el mito? A través de los ritos, en los cuales se rememora y actualiza esa historia fundacional. En el ritual “se repite lo que los dioses, los héroes y los antepasados hicieron *ab origine*”³³. Es la repetición del mito mismo, una representación que permite revivir el relato mítico con actos legítimos, familiares, aceptables y válidos.

Lévi-Strauss sintetiza en una sola frase la diferencia entre el relato originario y los rituales; dice que “la oposición entre mito y rito es la oposición entre el vivir y el pensar”³⁴. El rito permite que la historia legítima y válida se reafirme y materialice gracias a su carácter repetitivo y a la interiorización de los habitantes de una comunidad, pasando a formar parte de la vida del individuo y, por tanto, de su actuar.

De acuerdo al mito, Jesucristo, el hijo de Dios, fue enviado para salvar a la humanidad. Luego de hacer milagros y predicar sus enseñanzas, fue condenado a morir crucificado a los treinta y tres años, tal y como lo marcaba su destino. A más de dos mil años de aquella historia, millones de personas en el mundo lo rememoran de distintas maneras: desde misas,

³¹ Olaf B. Rader, *Tumba y poder*, p. 25.

³² *Ibid.*, p. 26.

³³ Mircea Eliade, *op. cit.*, p. 23.

³⁴ Claude Lévi-Strauss, *op. cit.*, p. 606.

rezos y cánticos hasta castigos físicos. En Iztapalapa, ciudad de México, es toda una tradición la representación de la crucifixión de Jesús; los pobladores caracterizan a los distintos personajes; el que toma el papel de hijo de Dios debe sufrir golpes y cargar la cruz hasta el Cerro de la Estrella, donde es amarrado y levantado en ella.

Un sinnúmero de creyentes, provenientes no sólo del Distrito Federal, sino del interior del país y hasta del extranjero, acude a la Pasión de Cristo de Iztapalapa. Además, es transmitido por televisión y aparece como nota principal en la prensa. El mito deja de ser una historia lejana porque el individuo lo vive, lo siente, lo interioriza: lo ve con sus propios ojos y forma parte de él.

Los ritos no sólo representan fielmente las historias fundacionales, sino que toman elementos de ellos (símbolos) —que pueden ir desde objetos, frases, valores o incluso los mismos personajes o héroes—. Tal es el caso del mito del presidente estadounidense Abraham Lincoln, del cual se valió Barack Obama para su toma de posesión en enero del 2009:

Desde una tribuna colocada en la fachada oeste del Capitolio, el primer presidente afroamericano ha posado su mano izquierda sobre la misma Biblia que utilizó en 1861 Abraham Lincoln en su toma de posesión y ha pronunciado la fórmula reservada para estas ocasiones ante el presidente del Tribunal Supremo, John Roberts, culminando una ceremonia ya tradicional pero que hoy se ha convertido en histórica ante la ilusión suscitada por esta joven figura política, de sólo 47 años. Millones de personas han seguido, algunas con lágrimas de emoción en los ojos, el acto desde el National Mall, el inmenso paseo que conecta el Capitolio, sede del Congreso y el Senado de EE UU, con el obelisco del monumento a George Washington y el monumento a Lincoln. Miles de policías han velado por la seguridad de los fastos en una ciudad blindada.³⁵

El presidente entrante Barack Obama utilizó la Biblia de Abraham Lin-

³⁵ David Alandete, “Miles de personas siguen ilusionadas la toma de posesión de Obama en Washington”, *El País*, p. 1.

coln para hacer suyo el mito del presidente que abolió la esclavitud, una figura fuertemente interiorizada en los estadounidenses. El objeto, dentro del ritual, sirve como correa de transmisión dentro de la representación del mito.

El mito vive gracias al rito y viceversa. Mientras el primero es la base del segundo, gracias a las ceremonias rituales es como se conserva la historia fundacional. De esta manera es como el individuo aterriza e interioriza su origen, presente y destino, logra entender quién es y hacia dónde va, dejando atrás la incertidumbre.

Max Gluckman afirma que “los ritos, e incluso las ceremonias, tienen tendencia a quedar obsoletas en las situaciones modernas urbanas”³⁶. Los mitos y los ritos cambian, evolucionan y se actualizan, mas no desaparecen, y hoy en día están más presentes que nunca.

1.3 Fragmentación y repetición

Claude Lévi-Strauss señala que el ritual recurre constantemente a dos procedimientos: fragmentación, porque la acción se halla disgregada en una multiplicidad de secuencias, y repetición, porque presenta un esquema invariable³⁷.

Dentro del rito se pueden presentar variaciones, cambios: “El mismo tipo de gesto adquiere un papel y una significación distinta, su lugar en el ritual cambia según sea efectuado comenzando por la derecha o por la izquierda, por arriba o por abajo, adentro o afuera”³⁸.

³⁶ *Apud* Martin Segalen, *op. cit.*, p. 50.

³⁷ *Apud* Marc Abélès, “Rituales y comunicación política moderna”, en Jean Marc Ferry, *El nuevo espacio público*, p. 145.

³⁸ Claude Lévi-Strauss, *El hombre desnudo*, p. 607.

En cuanto a su carácter repetitivo:

Es indudable que, a veces, los ritos evolucionan con el andar del tiempo. Pero en general lo hacen de una manera lenta e imperceptible (...) un rito se expondría seriamente a perder su valor y razón de ser si sufriese una brusca modificación en alguno de sus aspectos más importantes. Lo cierto es que los cambios no se introducen en el ritual sino con extremada prudencia (...) la repetición es parte inseparable de la esencia misma del rito.³⁹

Fragmentación y repetición parecen contraponerse, ya que se introducen variables donde no deberían existir. Sin embargo, no es así: “el primero se reduce al segundo, pues éste constituye su límite”.⁴⁰ Las transformaciones y cambios al ritual se establecen en un nivel de forma, mas no de fondo: la esencia del rito permanece intacta.

El Día de la Hispanidad se celebra oficialmente en España desde 1935. El 12 de octubre de aquel año, Ramiro de Maeztu, un reconocido literato, pronunció un emotivo discurso en la Academia Española, promoviendo la raza del país ibérico. Al año siguiente, el escritor sería asesinado por los republicanos en plena Guerra Civil.

De Maeztu se convirtió en la base ideológica de los nacionalistas, por lo que, a su victoria, aquel día fue decretado fiesta nacional. Con la muerte de Franco y la llegada de la democracia a España, el ritual se modificó, sin embargo, el valor de la hispanidad continuó estando presente. Actualmente, el Día de la Hispanidad se celebra con un desfile militar, al que acuden la Familia Real y representantes de los poderes del Estado, incluyendo al presidente en turno.

¿Por qué se da esta dualidad? Lévi-Strauss explica que “fragmentando operaciones que detalla hasta el infinito y que repite sin cansarse, el ritual se entrega a una minuciosa labor de remiendos, tapa intersticios y alimen-

³⁹ Jean Cazeneuve, *op. cit.*, pp. 16-17.

⁴⁰ Claude Lévi-Strauss, *op. cit.*, p. 607.

ta así la ilusión de que es posible remontarse a contracorriente del mito”.⁴¹

El rito se renueva constantemente. Esos cambios que se introducen dentro del esquema invariable permiten actualizar la representación dramática para que cumpla su característica de referente social válido: se adapta conforme a los tiempos y necesidades coyunturales.

En México, cada 15 septiembre se conmemora el inicio de la lucha por la Independencia mediante un ritual encabezado por el presidente de la República. En el Zócalo de la capital, en un ambiente festivo, el jefe del Ejecutivo hace un llamado a la libertad y los valores patrióticos de la nación. El ¡viva México! es repetido por miles de gargantas.

Luis Echeverría introdujo la exclamación “¡vivan los países del tercer mundo!”. Años después, José López Portillo incluyó a Josefa Ortiz de Domínguez en los vítores. Adolfo López Mateos, en su penúltimo año de gobierno, realizó la ceremonia en Dolores Hidalgo, Guanajuato (no sería sino hasta 1993 que el ritual regresaría a Palacio Nacional). Más recientemente, el presidente Fox hizo un llamado a la libertad, a la paz y a los “acuerdos para un México mejor”.

El esquema invariable se repite: el presidente, ataviado con la banda presidencial, hace sonar la campaña a la vez que menciona los nombres de héroes —e incluso valores— nacionales, aunque el lugar (siempre con una fuerte carga simbólica) y la mención de ciertos personajes ha variado. Ante todo, el sentimiento de unidad nacional es el que perdura.

Para explicar la fragmentación y repetición del ritual, Lévi-Strauss señala que el rito es como una película cinematográfica:

se puede descomponer en unidades tan pequeñas que negativos consecutivos parecen repetirse, de suerte que quien hace el montaje tiene que recurrir

⁴¹ *Ibid.*, p. 609.

a marcas para cortar bien, a menos que sea un indio Navajo, es decir, alguien acostumbrado desde muy atrás, por la práctica del ritual, a distinguir los valores límites de la identidad y la de diferenciación.⁴²

Un grupo de investigadores había encargado a los indios navajo la creación de una película. Al revisar el proceso de producción y el producto final, se sorprendieron de la facilidad de los lugareños para cortar los negativos, como si supieran diferenciar un negativo de otro, pese a ser casi idénticos. Ya que habían filmado procesos rituales válidos, legítimos y recurrentes, resultó sencillo distinguir cada elemento del rito. La fragmentación no altera el sentido original de la ceremonia.

Además de fragmentación y repetición, Pierre Smith incluye otros dos aspectos que forman parte del rito: los elementos centrales o focalizadores y los componentes al interior de uno u otro de los diversos sistemas rituales.⁴³

Los elementos focalizadores son aquellos actos en torno a los cuales giran y se organizan las distintas secuencias: “desde el punto de vista de los participantes o creyentes, realmente sucede algo en ese momento, una acción misteriosa o mística”⁴⁴. Se trata de aquellas acciones que tienen un carácter válido para los participantes, quienes interiorizan tales actos como legítimos.

En cuanto al segundo aspecto, todo rito está ligado a una circunstancia que regula su coyuntura, por lo que existen uno o varios sistemas rituales dentro de una sociedad, compuestos por diferentes ritos que forman un sistema: “se corresponden, se oponen, se completan o se repiten”⁴⁵.

El estudio del sistema ritual como conjunto permite responder a los eventos que determinan su aparición, y existen cuatro circunstancias para deter-

⁴² *Ibid.*, p. 606.

⁴³ Pierre Smith, “Aspectos de la organización de los ritos”, en Michel Izard y Pierre Smith,

La función simbólica, p. 148.

⁴⁴ *Íd.*

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 153-154.

minarlo: periódicas (implican un orden, es decir, un rito se presenta detrás de otro) y ocasionales (responden a las sorpresas del tiempo), que a su vez pueden afectar al individuo de manera personal o grupal.⁴⁶

Las celebraciones de fin de año, el inicio y fin de las estaciones y los festejos programados previamente forman parte de sistemas rituales periódicos. Las fiestas de la comunidad tienen un carácter colectivo, mientras que los ritos relacionados con el ciclo de la vida—nacimiento, matrimonio, muerte— afectan al plano individual.

Los sistemas de ritos ocasionales se caracterizan por la falta de orden, son acciones inesperadas; su función es, precisamente, conjurar ese desconcierto. En el aspecto colectivo, podemos encontrar sequías y epidemias, mientras que en el individual aparecen enfermedades e incluso conflictos. En estos sistemas no todo compete a la parte negativa, sino que puede haber sorpresas agradables, como victorias personales o deportivas.

Las características de fragmentación y repetición son indisolubles del ritual. Con el paso del tiempo, ciertos elementos de la ceremonia cambian, aunque otras persisten: el rito se actualiza para que los individuos se integren a él y de esta manera pueda cumplir su función específica, ya sea renovadora de mitos o valores, de transición (o incluso todas ellas juntas), y es precisamente la transición el motor de los ritos de paso, otro aporte fundamental en el estudio del simbolismo.

1.4 Los ritos de paso

En 1909, el etnólogo francés Arnold van Gennep publicó un libro que marcó un antes y un después en el análisis de los ritos, titulado *Estudio sistemático de las ceremonias de la puerta y del umbral, de la hospitalidad, de la*

⁴⁶ *Íd.*

adopción, del embarazo y del parto, del nacimiento, de la infancia, de la pubertad, de la iniciación, de la ordenación, de la coronación, del noviazgo y del matrimonio, de los funerales, de las estaciones, etcétera, cuyo eje giraría en torno a la transición.

El objetivo que se trazó el autor fue dejar de lado el procedimiento antropológico, donde se estudiaban los ritos de forma aislada y descontextualizada. Van Gennep no aisló secuencias rituales, sino que analizó sistemas ceremoniales completos para entender sus motivos y razón de ser.

Para determinar esa lógica, no encontró otro camino que la explicación de las secuencias, ya que que “si aislamos un rito del contexto ceremonial, nos vemos abocados a proponer esquemas de evolución ajenos a la realidad y contruidos *in abstracto*”⁴⁷. A partir del análisis contextualizado del sistema ritual se puede encontrar un sentido que le da vida al rito y a las ceremonias que lo acompañan.

Al resultado que obtuvo lo denominó *ritos de paso*, es decir, aquellos que permiten el tránsito armonioso de un período a otro, ya sea por motivos que involucran al individuo de manera personal, a un grupo o a la sociedad entera:

El peligro reside en los estados de transición; sencillamente porque la transición no es un estado ni el otro, es indefinible. La persona que ha de pasar de uno a otro está ella misma en peligro y emana peligro para los demás. El peligro se controla por el rito, que precisamente lo separa de su viejo estado, lo hace objeto de segregación durante un tiempo y luego públicamente declara su ingreso en un nuevo estado.⁴⁸

El autor subraya que en toda sociedad se dan cambios que son suavizados por los sistemas rituales, los cuales, de acuerdo al orden establecido, reducen al máximo la incertidumbre que genera la propia transición, es decir, el umbral que permite el paso de un lugar a otro:

⁴⁷ *Apud ibid.*, p. 45.

⁴⁸ *Apud ibid.*, p. 52.

Tanto para los grupos como para los individuos, vivir es desagregarse sin cesar y reconstituirse, cambiar de estado y de forma, morir y renacer. Es actuar y después detenerse, esperar y descansar para luego volver a empezar a actuar, pero de otro modo. Y siempre hay nuevos umbrales para franquear: umbrales del verano o del invierno, de la estación o del año (...) umbral del nacimiento (...) y umbral de la otra vida para los que creen en ella.⁴⁹

El ritual permite a los individuos entender el avance del tiempo y comenzar una nueva etapa. A través de ceremonias con alta carga simbólica, que constituyen el rito, se tapona el vacío (o el sentimiento de vacío) que produce la incertidumbre causada por la transición, y le permite lograr estabilidad al sistema.

Resulta importante conjurar el cambio y devenir, que son fuente de ansiedad tanto para el individuo como para la sociedad⁵⁰. El ritual cumple la función de lograr el tránsito exitoso de una etapa a otra mediante la negociación de una nueva condición en el seno de una sociedad con un sistema estructurado y que asocia a grupos de individuos que comulgan con los mismos valores⁵¹.

Son tres las etapas que constituyen a los ritos de paso: separación, margen y agregación. Por ejemplo, en el matrimonio, la primera corresponde a la soltería, la segunda al noviazgo y la tercera al compromiso que da inicio a la vida conyugal. No obstante, los ritos de paso no sólo redondean los ángulos sociales por el ciclo biológico, sino que también están presentes en el cambio de un período a otro por el simple paso del tiempo (estaciones del año) y en momentos de transición como los funerales y ordenaciones.

La iniciación es un rito que permite el paso del niño al estado adulto, y aunque se practica en un gran número de comunidades, es semejante tanto en su objetivo como en su práctica a la de sociedades tradicionales:

⁴⁹ *Apud* Jean Maisonneuve, *op. cit.*, p. 32.

⁵⁰ *Íd.*

⁵¹ Martine Segalen, *op. cit.*, p. 52.

Los jóvenes de ambos sexos están sometidos a retiros, purificaciones, pruebas. Para los varones, la iniciación es colectiva; entraña la revelación de los orígenes del grupo, de los seres y de los objetos sagrados, la exigencia de hazañas y, muchas veces, de mutilaciones corporales. Estas últimas son muchas y muy variables: desde la circuncisión (a la cual correspondería en las niñas la clitorrectomía, aún frecuente en algunas regiones); hasta, para ambos sexos, corte o extracción de dientes y muelas, perforaciones de nariz o de orejas. Estas mutilaciones no aparecen como una disminución sino más bien, combinadas con otras pruebas, como una suerte de segundo nacimiento, acceso decisivo al estado adulto, volviendo al individuo conforme al arquetipo de su grupo social.⁵²

Los ritos de paso no se limitan a rituales de tiempos inmemoriales, también incluyen ceremonias modernas, como los primeros viajes en avión; en ellos:

Era posible identificar las fases de separación con el mundo, de margen y de agregación. Unos gestos específicos organizan esta estructura sobre un registro doble: primero, para afirmar la importancia del Estado-Nación al que pertenece la compañía aérea que ha elegido el pasajero, y después, para separarlo realmente del mundo profano y hacerlo ingresar en el mundo “sagrado” del espacio aéreo. En el primer grupo están los anuncios en el idioma nacional, el uniforme especial de las azafatas, el control meticuloso de los pasaportes, etc. En el segundo grupo está la separación de los pasajeros que ya han sido objeto de control, los servicios de restauración de la compañía, etcétera.⁵³

Ya sea mediante la revisión de pasaportes, la circuncisión o perforaciones corporales, los ritos de paso permiten recomponer el orden social, que se ve afectado por los cambios de estado propios del ser humano. Gracias a ellos se da un tránsito libre de incertidumbre, que permite al individuo encontrarse con la realidad acorde a cada momento de la vida, se trata de la negociación para el reacomodo de la comunidad.

Pierre Bourdieu analizó y criticó el trabajo de van Gennep; propuso sus-

⁵² Jean Maisonneuve, *op. cit.*, p. 34.

⁵³ *Apud* Martine Segalen, *op. cit.*, pp. 51-52.

tituir el concepto *ritos de paso* por *ritos de legitimación* o *institución*. Para el sociólogo francés, lo importante no era la transición, sino la distinción de los personajes inmiscuidos en el rito: “el rito no sirve para pasar, sino para instituir, sancionar, santificar el nuevo orden establecido”⁵⁴.

Por ejemplo, en una ceremonia de investidura, el rey otorga un cargo honorífico a un súbdito; el acto simbólico permite al individuo distinguido no sólo pasar al nuevo estado, sino que también marca diferencias con la sociedad: lo separa. El acto de institución, donde se establece un nuevo orden y sanciona a los actores del rito, es a lo que se refiere Bourdieu: “Lo que cuenta no es tanto el paso, sino la línea que separa un antes y un después, línea que separa a dos grupos preexistentes”⁵⁵.

Esta crítica, más que una objeción, resulta un aporte: una tesis no contradice a la otra, sino que la enriquece. Mientras Van Gennep se enfoca en la función social de los ritos en la transición de un estado a otro, Bourdieu toma como punto central el estatus de los participantes en cuanto a la separación y la diferenciación entre aquellos que ya cruzaron el puente y se transformaron y aquellos que aún no lo logran.

Los ritos de paso constituyen un parteaguas en el estudio del universo simbólico. El análisis de los sistemas rituales en su totalidad, aunado al estudio del fenómeno de la transición y la importancia de los rituales para su consecución, abren el horizonte de la observación de manifestaciones que cumplen esos roles en el mundo contemporáneo, especialmente el de los valores e ideales que comparte la sociedad y que se renuevan precisamente a través de los ritos.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 54.

⁵⁵ *Id.*

1.5 Lo sagrado, lo profano y lo político

Por lo general, se asocia al rito con lo sagrado y la religión. Emile Durkheim, en su libro *Las formas elementales de la vida religiosa*, realiza un análisis de lo religioso a partir de casos específicos, como el de las creencias totémicas en las sociedades basadas en clanes, los aborígenes de Australia y algunas sociedades indígenas de América del Norte. Se plantea como objetivo deducir de estas sociedades “simples” unos principios estructurales que permitieran estudiar todas las formas de religión, incluidas las más complejas⁵⁶.

Durkheim define religión como un sistema solidario de creencias y de prácticas relativas a las cosas sagradas que une en una misma comunidad moral, llamada Iglesia, a todos aquellos que se adhieren a ellas⁵⁷, subrayando la colectividad como su esencia, y que tiene como objetivo elevar al hombre por encima de sí mismo:

El hombre no se evade, en el rito religioso, de la condición humana; sigue siendo un hombre: no por ello se encierra, sin embargo, en el dominio de lo simplemente humano (...). No cabe sino afirmar que de este modo ha hallado el medio de transponer al plano numinoso la regla que define su condición.⁵⁸

Ve a la religión como clave en el equilibrio social: “el individuo no puede hallar semejante estabilidad, tal integración en un sistema universal, más que en las reglas que gobiernan el grupo al que pertenece”⁵⁹ y de esta manera —de comunidad en comunidad—, se construye el lazo que une a la sociedad en su conjunto.

El fenómeno religioso se divide en dos grandes apartados: lo sagrado y lo

⁵⁶ *Ibid.*, p. 16.

⁵⁷ Emile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*, p. 42.

⁵⁸ Jean Cazeneuve, *op. cit.*, p. 183.

⁵⁹ *Id.*

profano. Dentro del primero se encuentran las cosas que protegen y aíslan a los tabúes; en el segundo se incluye todo aquello a lo que se le aplican los tabúes y que deben permanecer a distancia de lo sagrado. Es por medio de las creencias —las representaciones que expresan la naturaleza de las cosas sagradas— y los rituales, que se relacionan: permiten al individuo (que vive en lo profano) adoptar conductas adecuadas en presencia de lo sagrado.

Los ritos, a los que Durkheim entiende como normas de conducta que prescriben cómo debe comportarse el hombre ante lo sagrado, tienen como función “reforzar los sentimientos de pertenencia colectiva y de dependencia de un orden moral superior, que rescatan a los individuos del caos y el desorden”⁶⁰. Su eficacia radica en la implicación social:

Lo esencial es que los individuos estén reunidos, que se experimenten en común los sentimientos y que estos sentimientos encuentren expresión en actos comunes (...) así que todo nos lleva a la misma idea: que los ritos son fundamentalmente medios a través de los cuales se reafirma periódicamente el grupo social.⁶¹

Dicha participación de la sociedad atraviesa el campo de lo religioso y entra en otros terrenos. Si entendemos que la religión adquiere su fuerza a partir de las pulsiones emotivas, los individuos también pueden imprimir ese carácter a otros campos, y uno de ellos es el de la política: “Si los dioses, cada uno a su hora, salen del templo y se hacen profanos, en cambio vemos que lo relativo a la propia sociedad humana —la patria, la propiedad, el trabajo, la persona humana...— entran en el templo progresivamente”⁶².

La religión está definida por las pulsiones emotivas, y lo político está bañado de ellas: pasión, fervor y, en algunos casos, incluso fanatismo: “lo

⁶⁰ Martine Segalen, *op. cit.*, p. 20.

⁶¹ *Apud ibíd.*, p. 21.

⁶² *Apud ibíd.*, p. 7.

sagrado tiende a reaparecer en una cierta cantidad de objetos, de actitudes, de seres o de instituciones, al punto que no siempre es fácil reconocerlo”⁶³.

La sacralización de la política no es un fenómeno nuevo, sino que se puede observar, por ejemplo, en la edad media: “de donde nace (...) la fórmula del soberano como <<ungido del señor>> —, y en la corte de Luis XIV, donde se rendía culto a la patria y a la nación.”⁶⁴

Las fiestas, las celebraciones, incluso las propias personas, adquieren un dote sobrenatural y se convierten en motivo de culto: “un objeto se convierte en sagrado cuando es tomado como tal”⁶⁵, siempre que los súbditos o gobernados se asemejen a los fieles en cuanto al fervor que imprimen en sus respectivos actos.

Los millones de alemanes que siguieron a Hitler, el sacrificio de los kamikaces japoneses, la gran revolución pacífica de Gandhi y, más recientemente, la aparición del fenómeno Obama, sólo se pueden entender a partir de una base religiosa; es aquí donde lo político y las emociones entran en juego, como ocurrió precisamente el 4 de noviembre en Estados Unidos:

Al cierre de esta edición, alrededor de las cinco de hoy, decenas de miles de ciudadanos estadounidenses y de todo el mundo celebraron un hito en la historia de la nación americana y del mundo.”El viaje se acaba”, declaró Obama nada más depositar su voto en Chicago. Fue algo más: el sueño americano se hizo realidad en la figura de un senador de 47 años, nacido en Hawai, hijo de padre africano y de nombre Barack Hussein Obama. (...) El fenómeno Obama arrastró ayer a millones de ciudadanos estadounidenses a las urnas en una cita histórica. El entusiasmo popular ante una jornada que todo el mundo sentía como ineludible deparó una participación previamente superior a los 130 millones de votos.⁶⁶

⁶³ Jean Maisonneuve, *op. cit.*, p. 55.

⁶⁴ Gianpietro Mazzoleni, *op. cit.*, p. 133.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 101.

⁶⁶ Antonio Caño, “Obama alcanza la presidencia”, *El País*, p. 1.

Los seguidores del candidato demócrata donaron una cantidad de dinero jamás antes registrada en la historia de los Estados Unidos, acudieron en masa a los mítines, organizaron eventos de promoción del voto, se ofrecieron como voluntarios, siguieron al Senador de Illinois por internet e hicieron suyo el eslogan “*Change We can believe in*”.

El poder de convocatoria, liderazgo y carisma de Barack Obama son incuestionables. En este caso, la diferencia entre el fervor provocado por un motivo religioso y uno político es prácticamente inexistente; es aquí donde podemos hablar de la sacralización de los símbolos políticos y, por consecuencia, de la política: “En materia de símbolos, la política no se distingue de la religión”⁶⁷.

Lo político adquiere una categoría religiosa, donde los reyes o gobernantes se convierten, si no en dioses, en algo muy semejante a ellos; son honrados y venerados como entes supremos. Las oraciones cambian de dirección: pasan del cielo hacia el castillo del soberano.

La política y sus prácticas —entre las que se encuentran indiscutiblemente los rituales— de acuerdo a sus características y sus elementos sagrados y profanos, adopta, en los términos de Durkheim y para efectos del estudio del ritual, la categoría de religión.

El rito, como una institución social que va más allá de aquellas prácticas de las comunidades arcaicas, se instaure en terrenos cotidianos, alejados muchas veces del campo religioso. El ritual político se desarrolla dentro de la sociedad contemporánea, acorde siempre con su concepción general, por lo que resulta fundamental abordar su estudio para definir comportamientos y fenómenos que la corriente empírica no puede explicar.

⁶⁷ Gianpietro Mazzoleni, *op. cit.*, p. 137.

CAPÍTULO 2
EL ELIXIR DE LA INMORTALIDAD

The real is as imagined as the imaginary
Clifford Geertz

*Through ritualized action, the inner becomes
outer, and the subjective world picture beco-
mes a social reality*
Harold L. Nieburg

Heródoto, historiador griego que data de hace más de veinticuatro siglos, aseguró la existencia de una fuente mágica —llena de agua tan densa como el aceite— que permitía al hombre perpetuar la vida. Situada en una isla misteriosa, la fórmula mágica ha sido buscada por numerosos reyes, emperadores, aventureros y exploradores sin resultado alguno.

En el siglo XX, sin embargo, un líder soviético encontró el ansiado elíxir. Hacia 1922, Vladimir Ilich había sufrido ya un segundo infarto, por lo que se retiró de la vida política. Postrado en una cama, decidió mudarse al pacífico pueblo de Gorki para esperar su muerte. El 21 de enero de 1924 su cadáver fue trasladado en los hombros de un grupo de campesinos ante una temperatura de más de treinta grados bajo cero.

A partir de ese momento, el retrato del héroe invadió cada rincón de Moscú: su rostro cubrió las fachadas de los edificios públicos, en las fábricas se instalaron los “rincones de Lenin” y la ciudad de Petrogrado, antes San Petesburgo, cambió su nombre por el de Leningrado. Incluso, su cerebro fue investigado para determinar “la sustancia de un genio”; el dictamen oficial apuntó el descubrimiento de “un estadio superior de la evolución humana”.

De esta manera, se convirtió en el símbolo de identidad del pueblo soviético, quien le rindió honores durante los funerales que encabezó Stalin, que en aquella ocasión pronunció: “¡Te juramos, camarada Lenin, que no tendremos en consideración nuestra vida en la tarea de consolidar y ex-

tender la alianza de los trabajadores de todo el mundo, la Internacional Comunista!”⁶⁸.

Luego de ser embalsamado, el cuerpo de Lenin fue depositado en un mausoleo de madera edificado especialmente para él. Más tarde, sería trasladado a un nuevo recinto en la Plaza Roja, donde hasta la fecha sigue siendo objeto de veneración por parte de millones de rusos: desde las clases altas hasta los más humildes campesinos.

La figura del revolucionario soviético se transformó en un mito y se inmortalizó gracias al rito: “La hora de la muerte del hombre Lenin fue, pues, al mismo tiempo, la hora del nacimiento del dios Lenin”.⁶⁹ Vladimir Ilich logró la inmortalidad gracias a las prácticas dramáticas donde su figura ocupa el lugar central: *Lenin vivió, Lenin vive, ¡Lenin vivirá!*

El elixir que otorga la vida eterna, es decir, el ritual político, es el objeto de análisis de este capítulo, que tiene como finalidad definir su papel dentro de la comunicación política. Para ello, se divide en tres partes: la primera aborda la concepción de comunicación política, las dificultades que entraña y sus distintas visiones, así como sus dimensiones, ubicando al simbolismo y al ritual en ellas. La segunda propone una definición del ritual político, enumera sus funciones y explica la aplicabilidad de las teorías de van Gennep, Levi-Strauss y Bourdieu. La tercera se avoca sobre el papel del ritual político en la época actual, donde los medios de comunicación masiva han adquirido una gran importancia.

2.1 Comunicación política

Para entender el concepto de comunicación política es necesario, en un

⁶⁸ Olaf B. Rader, *Tumba y poder*, p. 269.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 267.

primer momento, hablar de *comunicación*, un proceso inherente a la propia naturaleza del ser humano: “el hombre es un ser naturalmente sociable, y (...) el que vive fuera de la sociedad por organización y no por efecto del azar es, ciertamente, o un ser degradado, o un ser superior a la especie humana”⁷⁰.

Los seres humanos buscan la convivencia con sus pares, la cooperación y el establecimiento de alianzas. El individuo es un ser social por naturaleza que desde los albores de su surgimiento comenzó a organizarse en tribus, por lo tanto, la historia de la humanidad sólo se puede entender a partir de las organizaciones sociales.

Es por ello que surge la necesidad del entendimiento con los demás, de transmitir información, de expresar un mensaje con una intención, es decir, de comunicarse. Se trata, de acuerdo con Manuel Martín Serrano, de una actividad muy antigua, un tipo de interacción en el que son necesarios, como mínimo, dos actores, que a su vez requieren de dos factores:

- a) La modificación de una materia. El actor se vale de objetos orgánicos e inorgánicos y los transforma. Por ejemplo, los hombres prehistóricos utilizaron las paredes en las cuevas y pinturas para comunicarse.
- b) La realización de un trabajo expresivo, que se traduce como la clase de operaciones que se aplican a la materia. Mientras que el esfuerzo con las manos para empujar una silla no está relacionado con la comunicación, el procedimiento para gesticular sí conlleva una operación expresiva.⁷¹

Así como la comunicación, la coactuación es también una forma de interacción, que se distingue porque en ella predominan los actos ejecutivos, cuya característica principal es la aplicación de energía y que se puede

⁷⁰ Aristóteles, *La Política*, p. 14.

⁷¹ Manuel Martín Serrano, “Epistemología de la comunicación”, en *Teoría de la Comunicación*, pp. 13-15.

observar, por ejemplo, al momento de desplazar o transformar un objeto. La esencia de los actos ejecutivos radica en la aplicación de energía en el sistema de interacción.

En cambio, en la comunicación predominan los actos expresivos, es decir, aquellos en que se transmite y percibe información a través de la expresión. A diferencia de los actos ejecutivos, en esta forma de interacción reina el intercambio mediante la modificación de la sustancia expresiva (el cuerpo, los objetos) y no de la cantidad de energía aplicada (ver tabla 1).

Tabla 1: Síntesis: diferencias entre interacción ejecutiva y expresiva

<i>Clases</i>	<i>Comunicación</i>	<i>Coactuación</i>
Distinción	Incluye aquellos actos del comportamiento que están orientados a producir expresiones que servirán para generar señales. Logran su efecto si las señales son eficaces para controlar las energías que los actores están manejando en el sistema. La eficacia depende de factores físicos y biológicos (génesis, transmisión, percepción de señales), cognitivos (capacidad de ambos actores para interpretar las representaciones y los objetos de referencia que traen a colación) y volitivos (disposición del otro a responder del modo esperado por el actor).	Incluye aquellos actos del comportamiento que están orientados a producir efectos ejecutivos. Logran su efecto si los actos ejecutivos son eficaces para energizar el sistema. La eficacia depende de la cantidad de energía empleada, y de la capacidad del actor para utilizarla.
Características	El recurso a la comunicación consume sólo aquella energía necesaria para la obtención de expresiones, la activación de la sustancia expresiva, el transporte de las señales hasta el receptor y su decodificación por este último.	El recurso a la coactuación consume la energía necesaria para alcanzar el logro directo del objeto del comportamiento.

Vuelto a rediseñar: Manuel Martín Serrano, “Epistemología de la comunicación”, en *Teoría de la Comunicación*, p. 35.

Para Martín Serrano, la comunicación es una manifestación cada vez más recurrente en la sociedad contemporánea: “a medida que se asciende en la escala biológica, la interacción entre los animales emplea un número mayor de expresiones en sustitución de las ejecuciones”⁷²; a mayor evolución de la especie, más frecuentes son las interacciones en las que predomina la expresión.

En este sentido, la comunicación es definida como “una forma de comportamiento que se sirve de actos expresivos en vez de actos ejecutivos”⁷³, un fenómeno presente, en términos evolutivos, cada vez más en el actuar social del hombre y sus actividades.

De acuerdo con Adam Schaff, el requisito total para que esta interacción comunicativa se lleve a cabo es la comunidad de significados, que surge gracias a la convencionalidad del lenguaje, al que define como “el instrumento por medio del cual los hombres adquieren conocimiento acerca de la realidad y se comunican la información así adquirida”⁷⁴.

El lenguaje se compone de sonidos, que se vuelven signos articulados por que se sujetan a determinadas normas de uso aceptadas por una comunidad y adquieren un sentido; ello da como resultado un marco común que permite la interacción comunicativa porque el receptor entiende lo que está expresando el emisor.

Este acuerdo social se puede entender a partir de la convencionalidad de los signos. Con él, se asegura que cuando alguien dice la palabra “teléfono”, el sujeto receptor entienda por ese conjunto de sonidos el aparato tecnológico que sirve para transmitir voz que rompe la distancia geográfica, y no una cosa distinta.

⁷² *Ibid.*, p. 32.

⁷³ *Ibid.*, p. 45.

⁷⁴ Adam Schaff, *Introducción a la semántica*, p. 318.

Lo mismo ocurre con el lenguaje no verbal, pues el marco común no se limita a signos vocales, sino que existen también las señas, posturas, gestos, miradas y actitudes, que conforman el lenguaje no verbal y que también son parte de la comunidad de significados, la clave de la comunicación.

El pulgar hacia arriba, por ejemplo, en Estados Unidos y Latinoamérica significa que todo está bien, mientras que para los italianos es sinónimo del número uno y los japoneses lo entienden como el número cinco. Cada región representa una comunidad con un lenguaje compartido que les permite entenderse, comprenderse y comunicarse.

Este marco común del lenguaje verbal y no verbal, la garantía del significado compartido de los signos, sus distintas reglas y sus combinaciones, logra que los interlocutores sintonicen el mismo canal y puedan entenderse. Sin comprensión, sin referentes comunes, no existe la interacción comunicativa⁷⁵.

Es así que se puede hablar de que la comunicación es una interacción donde prevalecen los actos expresivos sobre los ejecutivos, siempre dentro de una comunidad de significados, posible gracias al lenguaje, que permite a los individuos compartir el sentido de los signos lingüísticos y generar entendimiento. Este fenómeno se presenta, indiscutiblemente, en la vida cotidiana del individuo*.

La política, actividad social relacionada con la lucha por el poder y la conducción de un pueblo, no es la excepción, ya que resulta sencillo “constatar que la política sin comunicación sería imposible, ya que la sociedad misma es impensable sin comunicación”⁷⁶. De acuerdo con Richard Fa-

⁷⁵ *Ibid.*, p. 134.

* En esta investigación se utilizarán la definición de comunicación de Manuel Martín Serrano y las aportaciones de Adam Schaff para abordar el estudio de la comunicación política y el ritual político.

⁷⁶ Jacques Gertstlé, *La comunicación política*, p. 22.

gen, existen tres factores que revelan la importancia de la comunicación en la política⁷⁷:

- 1) la comunicación es un proceso que penetra a la política como actividad;
- 2) se pueden describir aspectos de la vida política como formas de comunicación;
- 3) existe una amplia bibliografía de aplicación posible al estudio conjunto de la política y la comunicación.

La relación comunicación-política ha estado presente desde los albores de la política misma: “no podemos concebir el ejercicio del poder del individuo A sobre el individuo B sin algún tipo de comunicación de A sobre B”⁷⁸. La comunicación es un fenómeno que se inserta en los actos de la política porque las relaciones de poder requieren, muchas veces, de un intercambio de información expresiva entre los actores.

En la antigua Grecia, los sofistas se encargaban de enseñar la retórica, el arte del uso del lenguaje para convencer (persuadir), esto es, se ocupaban de un asunto de comunicación que tenía implicaciones directas en el rumbo político de las *polis*. También en el Imperio Romano se hizo uso de herramientas de comunicación en la política:

Aún se ven en las paredes de las casas de Pompeya las pintadas electorales, primera forma de carteles y de eslóganes, que invitan a votar por este o por aquel candidato. En una de ellas encontramos incluso un caso de <<publicidad negativa>>, en el que un candidato manifiesta su irritación por una pintada a su favor de los presuntos clientes de un burdel, escrita sin duda por mandato de un adversario con el fin de desacreditarlo.⁷⁹

A pesar de ello, no es sino hasta el siglo XX, con el surgimiento de

⁷⁷ Richard Fagen, *Politics and communication*, p. 8.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 5.

⁷⁹ Gianpietro Mazzoleni, *La comunicación política*, p. 19.

regímenes totalitarios, el advenimiento de las guerras mundiales y el desarrollo del ámbito electoral, que los científicos sociales comienzan a interesarse en este fenómeno, especialmente en los efectos de la propaganda.

Los primeros estudios sobre comunicación política fueron realizados por Harold Lasswell y Paul Lazarsfeld. Lasswell aportó su famoso paradigma (quién dice qué a quién, por qué medio y cuál es su efecto) con tintes funcionalistas, mientras que Lazarsfeld, junto con Robert K. Merton, desarrolló la teoría de los efectos limitados.

El concepto de comunicación política surgió unos años después, dentro de la llamada corriente conductualista, en los años cincuenta y sesenta del siglo XX, con científicos como Gabriel Almond, Sidney Verba, David Easton y Richard Fagen. Dichos autores buscaron explicar el comportamiento político a partir de estudios multidisciplinarios e investigaciones cuantitativas y cualitativas.

Hoy en día, las sociedades occidentales viven un auge democrático que, aunado al surgimiento de los medios de comunicación masiva (especialmente la televisión), favoreció el desarrollo de su estudio: los eventos políticos que sólo eran accesibles para un número limitado de personas se potenciaron a escala mundial, lo que atrajo la atención de los investigadores. Las campañas electorales, los escándalos, las entrevistas de un presidente, las manifestaciones y las declaraciones de los legisladores son objeto de numerosas indagaciones que analizan el papel de la comunicación en la política.

Desde las investigaciones pioneras acerca de los efectos de la propaganda hasta la formalización del campo de estudio, la comunicación política se ha desarrollado ampliamente (hace apenas unas décadas el concepto ni siquiera había sido acuñado). Sin embargo, su estudio no está exento de dificultades:

En primer lugar, es importante mencionar su carácter multidisciplinario: la ciencia política, lingüística, sociología, antropología y psicología, entre otras, la abordan como campo de estudio. Además, otra dificultad estriba en su “naturaleza poliédrica”, es decir, recoge bajo su sombra fenómenos aparentemente disímiles, tales como propaganda electoral, declaraciones, artículos en prensa, debates, símbolos y rituales⁸⁰.

En suma, la comunicación política es un tema que conlleva obstáculos desde su propia concepción; su estudio ha sido abordado desde distintas disciplinas y múltiples ángulos, lo que ha originado una ambigüedad que aún persiste, incluso en su reconocimiento como fenómeno de suma importancia en la política. No obstante, con el paso de los años y el desarrollo de los estudios de comunicación, ha conquistado una identidad científica propia⁸¹, dentro de la cual fluyen distintas teorías y corrientes de pensamiento:

Las teorías rivalizan en razón de sus concepciones acerca de lo político, de la comunicación, de su relación y del acento que ponen sobre aspectos pragmáticos, simbólicos o estructurales. Diversas figuras inspiran las aproximaciones teóricas para hacerse cargo del tema de la comunicación política: el diálogo, la estrategia, el comportamiento, el sistema, la construcción social de la realidad.⁸²

Habiendo señalado las dificultades en su análisis, así como los enfoques que la abordan, se retomarán las concepciones de cinco de los principales autores sobre comunicación política (Jean Marie Cotteret, Dominique Wolton, Gianpietro Mazzoleni, Richard Fagen y Jacques Gerstlé). La intención no es otra que conocer las posturas —muchas veces encontradas— de renombrados estudiosos del tema para, de esta manera, ubicarla y conocer dónde se sitúa el ritual dentro de su universo.

Jean-Marie Cotteret, politólogo francés con clara influencia del conduc-

⁸⁰ *Ibid.*, p. 17.

⁸¹ *Ibid.*, p. 18.

⁸² Jacques Gerstlé, *op. cit.*, p. 33.

tualismo de los cincuenta y sesenta*, parte de la idea de que la comunicación política busca asegurar el acuerdo entre gobernantes y gobernados: “todo gobernante busca la aceptación de sus decisiones y cada gobernado trata de formular y hacer admitir sus necesidades”⁸³.

El principio del contrato social, de acuerdo con Rousseau, estriba en la renuncia, por parte de los ciudadanos, de ciertos derechos para obtener seguridad mediante la aplicación de las leyes; en dicho pacto se fundan la sociedad política y el Estado, que garantiza también la igualdad y la libertad.

Para Cotteret, la comunicación política es el lazo que fortalece el pacto social de Rousseau, en otras palabras, el acuerdo entre los que mandan (gobernantes) y los que obedecen (gobernados). En ese sentido, la define como “el intercambio de información entre los gobernados y gobernantes a través de canales de transmisión estructurados o informales”⁸⁴.

El autor aglutina a los actores de la comunicación política en dos grupos: gobernados y gobernantes. Sin embargo, en cualquier sistema político existen diferencias entre aquellos que componen tales conjuntos. Por ejemplo, las funciones y capacidades de un presidente no equivalen a las del encargado de una oficina del gobierno local ni a las del alcalde de una comunidad rural.

Lo mismo sucede con los gobernados: un obrero respaldado por un sindicato no tiene la misma fuerza que el campesino de la sierra que jamás ha salido de su lugar de origen, incluso los empresarios pueden llegar a tener

* Algunos autores lo confunden con el conductismo o behaviorismo de la psicología, pero el conductualismo o behavioralismo es un movimiento de la ciencia política que revolucionó la disciplina. Sus bases consistieron en dejar de lado un análisis normativo, centrándose en las comprobaciones empíricas fundamentadas.

⁸³ Jean-Marie Cotteret, *La comunicación política gobernados y gobernantes*, p. 4.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 1.

mayor peso en la toma de decisiones que algún dirigente del Estado. Por lo tanto, la clasificación basada en los que detentan el poder y los que lo perciben parece ser insuficiente.

Respecto a la interacción entre los actores, de acuerdo con Cotteret, se da a través de intercambios de información. Cabe aclarar que tal intercambio no equivale al flujo de simples datos, sino que implica también la utilización de gestos, posturas, actitudes y hechos (o la ausencia de éstos), es decir, la expresión en su sentido amplio.

Otro elemento a destacar es el referente a los canales, a los que Cotteret clasifica como estructurados e informales, aunque esta diferenciación puede resultar poco clara en casos como el ritual, donde ambos cohabitan. En México, la Constitución Política establece las formas y tiempos del informe de labores del presidente, que se cumple al pie de la letra (parte formal), pero además, durante muchos años se mezcló con una ceremonia ritual en la que participaban los actores políticos y la propia sociedad (felicitaciones, gritos y caravanas); se trataba de un acto formal y a la vez informal.

El análisis de Cotteret es un importante esfuerzo por definir la comunicación política y a la vez reconocer su importancia, aunque su postura conlleva imprecisiones en varios de sus elementos fundamentales. Se trata, pues, de uno de los primeros estudios que contribuyeron a catapultar a la comunicación política hacia el lugar que hoy ocupa.

Dominique Wolton es otro de los científicos sociales franceses de renombre en materia de comunicación. Doctor en sociología e influido también por el conductualismo, publica en 1989 *El nuevo espacio público*, dedicando un capítulo a la comunicación política, a la que define como “el espacio en que se intercambian los discursos contradictorios de los tres actores que tienen legitimidad para expresarse públicamente sobre política, y que son

los políticos, los periodistas y la opinión pública a través de sondeos”⁸⁵.

Esta definición concibe al campo de estudio como un *espacio* —un lugar—, ignorando el proceso social. La comunicación política no es un espacio, sino lo que ocurre dentro de él, y reducirla a un sitio implica dejar de lado tanto a la comunicación como a la política.

Dicha concepción habla de sólo tres actores en el proceso de comunicación política: políticos, periodistas y opinión pública, lo que limita a los demás participantes del proceso, y que Gerstlé califica como un “perfume de elitismo”⁸⁶. La política, cuyas consecuencias alcanzan a todos aquellos que integran la sociedad, no se puede limitar a tres grupos. Al igual que en la concepción de Cotteret, asumir esta postura implica dejar de lado actores de suma importancia: dirigentes sociales, grupos de presión, organizaciones ciudadanas y a cualquier líder de opinión que no integre alguno de los tres conjuntos que propone Wolton.

De acuerdo con esta visión, formar parte de alguno de estos grupos otorga automáticamente aprobación para participar en el proceso de comunicación política. No obstante, existen gobernantes y periodistas sin autoridad para hacerlo, así como ciudadanos cuya opinión tiene un gran peso. En resumen, el acceso a los procesos de comunicación política no puede restringirse a partir de la pertenencia a ciertos clanes.

El científico francés afirma que los discursos entre los periodistas, los gobernantes y la opinión pública son siempre contradictorios. ¿Qué sucede cuando en una campaña electoral se repara en algún valor nacional, o en eventos simbólicos, donde se representan los mitos? La comunicación política no implica, necesariamente, un choque entre posturas. La idea del francés ignora la existencia del reforzamiento de las adhesiones, simpatías o inclinaciones.

⁸⁵ Dominique Wolton, “Comunicación política: construcción de un modelo”, en *El nuevo espacio público*, p. 31.

⁸⁶ Jacques Gerstlé, *op. cit.*, p. 18.

Mención aparte merece la opinión pública, a la que Wolton le otorga un carácter homogéneo, aunque las aptitudes, creencias y valores de una sociedad no son nunca compartidas por todos; por naturaleza, los individuos tienen posturas distintas sobre cualquier tema, y si bien pueden existir grupos cuyas opiniones sean semejantes, esto no ocurre con el total de la población. No se puede hablar, entonces, de una *opinión pública*, sino de *opiniones públicas*.

El canal de comunicación para dicho actor es, de acuerdo con esta visión, únicamente el sondeo. Esto quiere decir que las marchas, protestas, mítines, desplegados, cabildeo y cualquier otro tipo de manifestación o presión no tienen cabida en la comunicación política; los ciudadanos que no forman parte del grupo gobernantes o de los periodistas no se limitan a una encuesta para expresar sus posturas.

A mediados de octubre de 2010 se llevó a cabo en Francia la cuarta manifestación masiva, en menos de cuarenta días, contra la reforma jubilatoria del presidente Nicolás Sarkozy. Dos millones y medio de personas marcharon por las calles de París para exigir la cancelación de la nueva ley, que extiende la edad de jubilación de los sesenta a los sesenta y dos años.

Ante un ruido ensordecedor creado por vuvuzelas sudafricanas, los empleados del Estado, especialmente de los hospitales y el sector social, repudiaron en masa la acción emprendida por Sarkozy. El transporte se vio interrumpido, así como una buena parte de los vuelos desde y hacia la capital. Los franceses hicieron escuchar sus demandas, y no precisamente por la vía de una encuesta.

La ciudadanía realiza comunicación política por otros medios distintos a los sondeos. El papel de un actor tan importante (y numeroso) no se limita a un dato estadístico; no se trata de un ente pasivo que guarda su opinión hasta ser encuestado, sino que son precisamente los ciudadanos los que sufren o se benefician del actuar de los políticos, y que se manifiestan de diferentes maneras al sentirse afectados.

A pesar de ser reconocido y multicitado, el pensamiento de Wolton reduce y simplifica a los actores del proceso, supone discursos contradictorios cuando no necesariamente los hay y limita la propia comunicación al restringirla a un espacio, además de ignorar expresiones significativas de aquellos individuos y grupos que no forman parte del gobierno o no son periodistas.

La concepción de Gianpietro Mazzoleni aporta una visión más completa de la comunicación política. El sociólogo italiano, que la entiende como “el intercambio y confrontación de contenidos de interés público”⁸⁷ aborda también la triada gobierno-medios-ciudadanos, aunque, a diferencia del Wolton, su perspectiva es mucho más amplia y precisa⁸⁸:

a) Sistema político. Se refiere al conjunto de las instituciones políticas que constituyen la osamenta de la vida política de un país (los tres poderes); aquí también tienen lugar todos aquellos entes que luchan por el poder, como partidos políticos, grupos de presión y movimientos.

b) Sistema de medios. Son los emisores y productores de mensajes, como la radio, la televisión, el cine, la prensa, los libros e internet.

c) Ciudadano elector. Se trata del ciudadano que elige a sus gobernantes por medio del sufragio y que no es inmediatamente localizable, excepto en grupos, asociaciones y sondeos, así como en el momento de las elecciones.

Reconoce como procesos de comunicación política la interacción entre dos actores (y no sólo la confluencia de los tres), además de su carácter no contradictorio. De esta manera, se puede hablar de comunicación en un noticiario de la televisión, así como en el voto, la propaganda y la vigilancia de los medios a los gobernantes.

En el caso del sistema político y los medios, es el primero el que impone

⁸⁷ Gianpietro Mazzoleni, *op. cit.*, p. 36.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 30 – 32.

las normas legales que debe seguir el segundo, y al momento de legislar ambos interactúan. En cuanto a una petición informativa por parte de alguna persona al órgano gubernamental de transparencia, el gobernante y el ciudadano se comunican.

A partir de esta triada de actores y sus flujos, Mazzoleni presenta dos modelos de comunicación política:⁸⁹

1) Propagandístico dialógico. Los tres actores establecen un proceso amplio de interacciones discursivas en donde los medios no son el espacio público, sino que sólo ayudan a crearlo.

2) Mediático. Los actores no cuentan con el mismo peso; se añade un valor extra al sistema de medios, que no son sino la palestra pública. El sistema político y los ciudadanos se comunican en un sistema mediático.

El autor italiano adopta el segundo modelo, o sea, le concede un puesto central a los medios de comunicación masiva, argumentando que en la sociedad contemporánea el intercambio se produce mayoritariamente a través de ellos, lo que les otorga una función decisiva en la comunicación política.

Tales medios cumplen tres funciones simultáneas: como medio informativo, de observación y como escenario de la lucha política. Esto quiere decir que no se trata de meros intermediarios, sino de actores activos que se encuentran en negociación constante con el sistema político, y “el resultado es que los políticos que desean dirigir un mensaje al público (...) deben negociar (...) los tiempos, las modalidades, los registros y, cada vez con mayor frecuencia, los contenidos”.⁹⁰

La gran aportación de Mazzoleni a la concepción de Wolton radica en

⁸⁹ *Ibid.*, pp. 26 – 30.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 53.

la expansión tanto de los actores como en los flujos de comunicación, así como en otorgarle a la interacción un carácter no sólo contradictorio, sino también unificador. Además, desarrolla el papel principal que juegan los medios de comunicación masiva en la comunicación política.

Teniendo en cuenta el principio de ambas posturas, un tema para la reflexión gravita en torno a la relación medios-comunicación política: ¿Realmente la segunda gira en torno a los primeros? En ese sentido, es importante recordar que la comunicación política se originó mucho antes que la televisión, la prensa, la radio y el internet.

Richard Fagen, en su texto de 1966, *Politics and communication*, subraya la trascendencia del rol que juegan los medios en la relación política-comunicación:

Vivimos en una época donde la “muerte de los reyes”, el tópico tradicional de la tragedia clásica, puede ser llevado a decenas de millones de hogares con gran rapidez e intimidad. Así como esta es la era atómica, también es la era de la comunicación.⁹¹

No obstante, detrás de los cambios tecnológicos, hoy, como hace trescientos años, el rey consulta a sus ministros, los campesinos siguen en los sembradíos y se quejan del gobierno, la gente se reúne en los cafés para hablar de política y los ciudadanos aún lloran ante la carroza fúnebre de la realeza⁹².

Fagen explica que gran parte de la política (y dentro de ella la comunicación), a pesar del surgimiento y auge de los medios masivos, se sigue realizando en esa tónica; el cara a cara representa una parte fundamental e insustituible en la interacción humana. Ignorar este aspecto puede llevar a una concepción errónea de la comunicación, donde las máquinas, y no las personas, ocupan el lugar medular. El proceso de comunicación debe centrarse en el individuo más que en los artefactos que crea.

⁹¹ Richard Fagen, *op. cit.*, p. 2.

⁹² *Ibid.*, p. 3.

Partiendo de esta idea, el científico norteamericano, uno de los fundadores de la corriente behaviorista*, considera que **“toda actividad comunicacional es política en virtud de sus consecuencias, reales y potenciales, que tiene para el funcionamiento del sistema político”**⁹³.

Esta concepción tiene una virtud integradora, pues no limita la comunicación política a determinados actores, sino que despliega el panorama e incluye todo tipo de interacción expresiva, siempre y cuando afecte o pueda afectar al sistema político. Asimismo, no sólo habla de los hechos que repercuten positivamente en el sistema, sino que aborda también la potencialidad de los mismos.

Dicha visión no restringe la comunicación política a la democracia; puede estar presente en cuatro sistemas que, de acuerdo con Fagen, son abstracciones, y en la práctica se encuentran mezclados:⁹⁴

- a) Democracia clásica. La comunicación fluye de manera circular; aquí tienen lugar el debate, la discusión, la crítica pública y las decisiones de grupo.
- b) Democracia de compromiso. La lucha por el poder formal se da en la arena de las elecciones, y los medios de comunicación masiva juegan rol de “perros guardianes”.
- c) Autocracia. La sociedad se encuentra alejada de la actividad política y la comunicación es escasa entre los ciudadanos.
- d) Totalitarismo. No hay margen de crítica contra el régimen; existe un programa masivo de comunicación política controlado por la élite.

La clave para entender a Fagen radica en las **consecuencias** para el sistema político. A diferencia de otras concepciones, cualquier actividad

* Vid Eva Anduiza y Agustí Bosch, *Comportamiento político y electoral*, capítulo 1.

⁹³ *Ibid.*, p. 20.

⁹⁴ *Ibid.*, pp. 24 – 33.

comunicacional entre los actores, o incluso dentro de las propias organizaciones o instituciones, tiene la capacidad de convertirse en comunicación política, que no se restringe por *quién* la realiza, *cómo* la realiza o *por qué* la realiza, sino en virtud de sus alcances para el sistema político. Por ejemplo, si el presidente riñe con su esposa en público, un asunto que en otro escenario permanecería en el ámbito privado, se vuelve un acto de comunicación con efectos en el sistema político, como la posible pérdida de apoyo popular hacia el mandatario y su administración⁹⁵.

Debido a la cualidad de abrir el espacio de la comunicación política, pero siempre con límites precisos, en esta investigación se utilizará la concepción de Fagen. Se tomará, por tanto, una visión amplia que no discrimina a los actores ni a los actos por sí mismos, sino en cuanto a los efectos que el propio evento de comunicación genere.

Dicha concepción otorga la ventaja de analizar cualquier acto de comunicación —no importando su origen, forma ni intención— que afecte o tenga capacidad de afectar al sistema político. En este sentido, Jacques Gerstlé plantea tres dimensiones en la comunicación política⁹⁶:

A) Pragmática. Se refiere al estudio de las prácticas efectivas de comunicación. Se plantea que la comunicación política es utilizada para interactuar según diferentes modalidades: persuadir, convencer, informar.

B) Simbólica. Implica el uso de la simbolización a través del lenguaje, pero también en los ritos y mitos. En esta dimensión se da el *por qué* y no sólo el *qué* de la comunicación política.

C) Estructural. Incluye los canales, redes y medios que permiten los flujos de comunicación.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 20.

⁹⁶ Jacques Gerstlé, *op. cit.*, pp. 24 – 33.

Para aclarar las dimensiones de la comunicación política, Gerstlé plantea una metáfora:

se podría decir que los aspectos pragmáticos de la comunicación equivalen al programa (software), los aspectos simbólicos son los datos culturales específicos de una comunidad particular, y que los aspectos estructurales designan el material que hace el tratamiento de la información.⁹⁷

La dimensión simbólica parte de la idea que la política es una relación de fuerzas, pero también un universo de signos, que son también armas, recursos para el combate político⁹⁸. La comunicación no se puede explicar sin simbolismo:

Es legítimo abordar las relaciones sociales —y las relaciones de dominación— como interacciones simbólicas, es decir, como relaciones de comunicación que implican el conocimiento y el reconocimiento, por lo que no se debe olvidar que las relaciones de comunicación por excelencia, que son los intercambios lingüísticos, son también relaciones de poder simbólicas en las cuales se actualizan las correlaciones de fuerza entre los hablantes o sus respectivos grupos.⁹⁹

El hombre crea símbolos para darle sentido al mundo en el que vive. La gente funda un nuevo universo para tener la certeza de saber qué es lo que ven, quiénes son y hacia dónde van. Sirven como un “escudo contra el terror”; sin ellos, vivir sería como mirar hacia el fondo de un abismo.¹⁰⁰

Pensar que los actores políticos actúan racionalmente implica ignorar la esencia del ser humano. Los individuos interactúan a través de símbolos, es decir, se trasladan a una arena donde lo que expresan es entendido por distintas personas de manera similar, y el terreno político no está apartado de ello:

⁹⁷ *Ibid.*, p. 29.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 25.

⁹⁹ *Apud ibid.*, p. 26.

¹⁰⁰ David I. Kertzer, *Ritual, politics, and power*, p. 4.

los seres humanos no pueden conocerse a sí mismos hasta que no tienen conocimiento de lo que hacen, de lo que los rodea e influye en ellos. El hombre crea símbolos políticos que, a su vez, lo sostienen, lo hacen crecer o lo modifican negativamente.¹⁰¹

Es también gracias a los símbolos que se crea el sentido de pertenencia a un grupo o a una sociedad. La bandera, los héroes que se sacrificaron por la patria o incluso la vestimenta representan el arraigo de los individuos a un conjunto. Las personas se sienten identificadas y cambian el “yo” por un “nosotros”.

Estos referentes válidos son necesarios en toda nación. Por ejemplo, la Sudáfrica independiente reemplazó festividades como el Día del Imperio y el aniversario de la Reina por el Día de los Colonos; además, creó una nueva bandera y un nuevo himno nacional. Los símbolos ofrecen la identidad que los pueblos requieren.

Si bien están presentes en la política, es a través de una ceremonia ritual que los símbolos se socializan, practican y legitiman. En el rito, los participantes ponen en común sus creencias, aspiraciones, valores y mitos mediante objetos que tienen un significado válido y cobran vida. Se trata de la materialización del universo simbólico que tiene una relación directa con la lucha por el poder.

2.2 Ritual político

David Kertzer afirma que es difícil imaginar cómo funcionaría cualquier sistema político sin ritos¹⁰². Aunque la corriente empirista trate de ignorar este fenómeno, basta con voltear hacia cualquier país para descubrir que los rituales no son cosa del pasado: presidentes ataviados con ropas típicas,

¹⁰¹ *Apud* Gianpietro Mazzoleni, *op. cit.*, p. 118.

¹⁰² David I. Kertzer, *op. cit.*, p. 2.

grandes concentraciones para rendir tributo a los líderes desaparecidos, melodías características de ciertas regiones, condecoraciones, discursos que hacen alusión al pasado glorioso y muchas otras representaciones formales dramáticas son parte de la vida política diaria.

Con base en la concepción de comunicación política de Richard Fagen, el ritual político —elemento imprescindible en las sociedades modernas— también se puede abordar a partir de sus efectos, abriendo el panorama para los actores y sus acciones. El ritual político es, entonces, **aquel rito que tiene consecuencias, reales o potenciales, en el sistema político.**

Se trata de una representación dramática, formal y con participación colectiva cuyos efectos se perciben directa o indirectamente al sistema político, y que representa un acto de comunicación en el sentido que se da a través del diálogo, es decir, de una transmisión y recepción de información mediante la expresión de sus participantes.

Hablar del ritual político implica poner sobre la mesa mitos, valores y creencias que la sociedad comparte —esencias del rito— y que, por lo tanto, representan referentes válidos en la comunidad. ¿Cómo se transmiten e interiorizan estos puntos básicos en el rito que afecta al sistema político?

Los mitos políticos no son diferentes de los mitos sagrados clásicos en cuanto a que ambos explican el origen de las cosas y les dan sentido; cumplen con los mismos roles tanto a nivel individual como social: comprensión de la realidad, fortalecimiento de los lazos sociales y creación de identidad. El mito político no se reduce a una historia, sino también incluye certidumbres y valores, se trata de “una creencia irrefutable compartida por un grupo de personas que le da un significado particular a sus acciones”¹⁰³. Existen cuatro tipos de mitos políticos¹⁰⁴:

¹⁰³ Dan Nimmo y James Combs, *op. cit.*, p. 25.

¹⁰⁴ *Ibid.*, pp. 26-27.

A) Mitos maestros. Están presentes en la memoria colectiva de toda una sociedad e incluso en varias de ellas. En este apartado se encuentran los mitos fundacionales, como el relato del pueblo azteca en México.

B) Mitos de “nosotros y ustedes”. Son mitos arraigados en colectividades específicas dentro de una nación, como en el caso de los partidos políticos (“el partido que promueve la guerra”, “el partido que promueve la paz”) el populismo o los movimientos progresistas.

C) Mitos heroicos. Aquí se incluyen las figuras legendarias que se convierten en mito, como Cuauhtémoc, Miguel Hidalgo y Francisco I. Madero en México, George Washington y Abraham Lincoln para Estados Unidos.

D) Pseudo mitos. Se adaptan para un momento específico, pero siempre con cierto soporte en la mente de los ciudadanos, como el caso del “nuevo Nixon” en 1968, cuando el republicano dejó atrás su imagen de conservador duro para presentarse más cercano al centro ideológico.

De acuerdo con Olaf B. Rader, existen tres formas de transmisión del mito político: narrativa, ritual e icónica¹⁰⁵. La primera es el fundamento de las restantes, mientras que la tercera condensa la imagen, principalmente en monumentos. La segunda revive el mito a través de ceremonias con una fuerte carga simbólica.

Los individuos también interiorizan valores y creencias, además de historias fundacionales. En el caso de Estados Unidos, el ritual de toma de posesión del presidente evoca el valor de la democracia. Aquel país, desde su independencia, ha portado la libertad y los valores democráticos como estandarte, y sus habitantes no lo entienden de otra manera: dichos referentes dejan de ser sólo palabras para convertirse en parte de su vida diaria.

¹⁰⁵ Olaf B. Rader, *op. cit.*, p. 24.

Los valores y las creencias son immortalizados en la ceremonia ritual. Al realizarse un acto colectivo cargado de fuerza simbólica, éstas salen a la luz y se convierten en un objeto presente. Cuando Hugo Chávez se prostra ante la tumba de Simón Bolívar y celebra “la definitiva independencia”, no sólo alude al recuerdo del célebre personaje, sino que hace un llamado a la libertad, valor arraigado en el imaginario de los latinoamericanos. Después, el desfile militar reúne al presidente con los mandos del ejército, completando el ritual que festeja la liberación venezolana de España.

El ritual sirve como motor de los mitos, valores y creencias políticas de la sociedad. No existe otra forma que la ceremonia simbólica, dramática y emotiva para que dichos entes salgan a la luz, se expresen, compartan e immortalicen. Con base en ellos, el rito se alimenta, según David Kertzer, para cumplir seis funciones:

a) **Integración y unidad.** La gente porta cierta ropa, utiliza un lenguaje particular, canta determinadas canciones... A partir de la pertenencia a grupos el individuo se identifica consigo mismo y es reconocido por otros, y es gracias a las ceremonias rituales que se forman dichas asociaciones, que le sirven para integrarse socialmente y relacionarse con los demás: “Identificándose con un grupo, el individuo reafirma su importancia de una manera efectiva y socialmente aceptada”¹⁰⁶. Las organizaciones políticas hacen uso de los ritos para fortalecer sus lazos internos:

En 1973, por ejemplo, el Partido Comunista de la Unión Soviética, en un esfuerzo por revitalizar a sus miembros, emitió nuevas tarjetas de acreditación. Para darles un valor agregado a los trozos de papel, se realizó una ceremonia solemne en donde se presentó la credencial número uno, otorgada a Lenin, y la dos, que tenía el apellido Brezhnev. Como Babe Ruth, Lenin no vivió lo suficiente para ver su jersey retirado.¹⁰⁷

¹⁰⁶ David I. Kertzer, *op. cit.*, p. 16.

¹⁰⁷ *Íd.*

El ritual político muestra los objetos simbólicos en un acto dramatizado donde la gente se siente identificada y se une en torno a ellos. A través de la representación y el acto común, se fortalece el vínculo grupal y social.

b) **Jerarquización.** El sistema político requiere establecer una división del trabajo, es decir, una jerarquización entre aquellos que detentan el poder y quienes lo perciben para lograr un funcionamiento armonioso. El ritual cumple con tal objetivo al poner a cada quien en el sitio que le corresponde: “Un hombre se convierte en rey porque es tratado como un rey”¹⁰⁸.

Mientras los individuos participan en las representaciones dramáticas, se envía un mensaje de poder, como ocurrió en 1484 en Francia, cuando el Parlamento de París reforzó su autoridad tras ocupar el lugar que le correspondía en las procesiones reales: justo detrás del Rey¹⁰⁹. El rito jerarquiza las posiciones que permiten instalar el orden adecuado para que el sistema político funcione.

c) **Legitimación.** Esta función del ritual político se asigna a dos grandes actores:

- Los que están en el poder. Todo sistema político ilegítimo es inestable, y la ceremonia ritual puede ayudar a los dirigentes para fortalecer su autoridad ante sus gobernados. Ya sea a través de rituales funerarios, tomas de protesta, ceremonias con valores patrióticos o acciones que evoquen al pasado, el rito sirve como correa de transmisión de los valores, mitos y creencias para que el gobernante sea aceptado.
- Revoluciones. Los ritos pueden definir un nuevo orden en las relaciones políticas y deslegitimar las existentes. Por ejemplo, en marzo de 1929, Gandhi peregrinó más de 240 millas para recoger

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 25.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 106.

sal como protesta por el impuesto a ese producto, obteniendo una respuesta positiva de los ciudadanos de aquel país.

El ritual sirve como mecanismo legitimador porque es una vía para relacionar una imagen con un sentimiento; convierte “lo obligatorio en lo deseable”¹¹⁰. Los valores que representan los símbolos son apropiados por líderes —gobernantes o revolucionarios— para obtener aceptación y aprobación y, de esta manera, conseguir sus objetivos.

d) **Solidaridad.** La potencia emocional del ritual ayuda a los individuos a fortalecer el lazo social. En ceremonias tales como la entonación del himno o celebraciones de la independencia, se crea una atmósfera de solidaridad en torno a valores universales en esa nación que están por encima de cualquier discrepancia. En Brasil, todo el país se une cuando su selección participa en algún campeonato mundial de fútbol. La gente atiborra las calles; los otrora enemigos se abrazan y festejan el triunfo conseguido por su equipo, dejando atrás sus diferencias.

e) **Construcción de la realidad política.** A través del ritual, la gente desarrolla ideas acerca de cuáles son las instituciones políticas apropiadas, las cualidades deseadas en los líderes políticos y evalúa su mundo de acuerdo a esos estándares. En esta ceremonia se estructuran las percepciones políticas y llevan a interpretar las experiencias de cierta manera.

El imaginario no se construye solamente desde la élite hacia la ciudadanía, sino muchas veces resulta de manera inversa. En los años sesenta, las manifestaciones, eventos y discursos de los movimientos por los Derechos Civiles y los que protestaban contra la Guerra de Vietnam lograron posicionarse positivamente en la mente de los estadounidenses.

¹¹⁰ *Apud ibid.*, p. 40.

El ritual, gracias a la participación colectiva y el uso de valores y creencias en común, “presenta una imagen del mundo que es tan emocionantemente irresistible que no está a discusión”¹¹¹. Las emociones se contagian de tal forma que el individuo va construyendo su realidad política a partir del curso definido de acción que se presenta en él.

f) **Válvula de escape.** Al mostrarse como una arena de conflicto regulada (por ejemplo, las confrontaciones deportivas y las celebraciones del pueblo), los ritos expresan las hostilidades, regulan tensiones y reducen ansiedades.

En los carnavales populares de la Venecia renacentista, la gente representaba comedias, construía pirámides humanas, bebía y se mofaba de los símbolos de la autoridad. Aunque el gobierno siempre ha temido que estas festividades se salgan de control, “sirven más para apagar el fuego que para propagarlo”¹¹².

¿Por qué funciona de esta forma? El ritual deja la impresión de que la gente tiene el control sobre sus propias vidas, liberando la tensión que existe entre los que gobiernan y los gobernados; no existe otra forma de liberación para aquellos que se sienten impotentes ante los que los gobiernan.

Así como en su sentido general, el rito político también cumple con las características que enuncian las teorías de Levi-Strauss, Bourdieu y van Gennep:

En el rito político se encuentra la fragmentación, ya que el rito político tiene la posibilidad de variar en su secuencia; también es observable su carácter repetitivo en el esquema invariable que constituye al ritual. Un ejemplo de ello es el Día de las Glorias del Ejército en Chile: el presidente en turno, acompañado de los mandos civiles y militares, encabeza las ce-

¹¹¹ *Ibid.*, p. 101.

¹¹² *Ibid.*, p. 149.

lebraciones con la Parada Militar, desfile de las fuerzas armadas de aquel país en el Parque O'Higgins de la capital el 19 de septiembre de cada año.

Por un lado, se encuentra la **repetición** tanto en la fecha (que conmemora el aniversario de la primera Junta Nacional de Gobierno) como en el desfile: las fuerzas armadas marchan frente al presidente y las autoridades correspondientes. Además, el sentido de nacionalismo y el valor de la libertad, los cimientos de este ritual, son invariables.

Por el otro, se encuentra la **fragmentación**, es decir, las variaciones que se insertan en el ritual. A lo largo de los años han existido cambios que, sin embargo, no modifican la esencia de la ceremonia. En 1991 la Fuerza Aérea se hizo presente después de varias décadas, en 1995 la Banda entonó la Marcha Triunfal del Ejército y cada año se invita a mandos militares distintos de países vecinos.

En el ritual político también se pueden encontrar los **ritos de institución** de Bourdieu (aquellos que sirven para distinguir a los personajes que participan en la ceremonia). Después del once de septiembre, el presidente George W. Bush pasó de ser el líder de Estados Unidos en tiempos de paz a convertirse en el héroe que protegería al país y los valores e ideales que trae consigo. A partir de aquel momento, el gobierno encabezado por el republicano emprendería acciones bélicas en contra de Afganistán e Irak con el apoyo del Congreso, cuya aprobación requería para llevarlas a cabo. Con ese sostén, la figura de Bush confirmó su transformación.

También cumple con las características de los **ritos de paso** de van Genep: contribuyen al tránsito exitoso de un estado a otro. Cuando el presidente George W. Bush se presentó ante el Congreso en septiembre del 2001 para cumplir con el rito del informe, no rindió cuentas sobre la administración del país, sino que lo trasladó a la coyuntura de aquellos días: la seguridad nacional.

Bush se dirigió a la Cámara de Representantes y de Senadores con un llamado a la libertad, agradeciendo el respaldo del pueblo estadounidense por las donaciones realizadas para la reconstrucción de los daños del ataque terrorista del once de septiembre; recalcó también el papel de Al Qaeda en Afganistán y otros países del medio oriente, para terminar declarando la guerra contra el terrorismo.

Estados Unidos, —incluidos sus dirigentes, y sobre todo sus ciudadanos—, pasó de un día a otro a vivir el temor e incertidumbre causados por los ataques al World Trade Center de Nueva York, que se contraponen a valores fundamentados en la mente de los norteamericanos: libertad y democracia. Para afrontar ese tránsito, el paso a una nueva etapa que además incluía operaciones militares, el Presidente se dirigió al Congreso, pero sobre todo a los ciudadanos, recalando la grandeza y el poder de la nación.

El ritual político representa un sendero de la comunicación política por el que los gobiernos y los ciudadanos transitan. Sin símbolos y su materialización, el orden de un sistema político se vería seriamente afectado; gracias a la inmortalización de valores, creencias y mitos, la estabilidad perdura.

Arena de integración, unidad y legitimación, pero también de conflictos y pugnas, es considerado por algunos estudiosos como una práctica en vías de extinción. Con la llegada de los medios de comunicación masiva, afirman, terminarán los ritos. ¿Realmente esta ceremonia que se ubica dentro de la dimensión simbólica de la comunicación política se contradice con la sociedad contemporánea y sus nuevas prácticas políticas?

2.3 Comunicación política moderna y ritual

Mientras España vivía una de sus peores crisis de los últimos años —tanto

en materia económica como política—, la selección de fútbol conseguía avanzar por primera vez en la historia a una final del campeonato del mundo. El país entero se paralizó el domingo once de julio del 2010 en punto de las veinte horas con treinta minutos para ver a la *Furia Roja* enfrentarse a la poderosa *Naranja Mecánica*.

El suceso unió a vascos, catalanes, valencianos, cántabros y madrileños, quienes se unieron en una sola voz: el grito de euforia provocado por el agónico gol del manchego Andrés Iniesta que permitió a España doblegar a los holandeses y proclamarse campeones mundiales. Por un momento, el pueblo olvidó el desempleo, la inflación y la falta de oportunidades para celebrar una victoria única.

A su llegada a Madrid, los campeones desfilaron por las principales avenidas. El júbilo y la algarabía se apoderó de la capital durante horas, mientras el trofeo dorado era contemplado por millones de personas que se avalanzaron a las calles para vitorear a sus nuevos héroes. “Campeones. Orgullosos de nuestra nación” se podía leer en el fuselaje del autobús que transportaba a los futbolistas.

El gobierno del Partido Socialista, encabezado por José Luis Rodríguez Zapatero, vio en este contexto la oportunidad para transmitir un mensaje en medio de un descontento ciudadano generalizado causado por la crisis, que incluyó manifestaciones, mítines e incluso una huelga de trabajadores del metro de Madrid.

El presidente invitó al equipo al Palacio de La Moncloa. Con una actitud triunfalista, recibió a los campeones al pie del autobús descapotable en el que desfilaron por Madrid. Zapatero pronunció un emotivo discurso: “Esta victoria es de los veintitrés jugadores de la selección, pero detrás está la fuerza de todos los españoles. La han ganado ellos, pero es también de todos los jugadores de tantas generaciones que han ayudado a llegar a la cima del fútbol mundial”.

Cuando el mandatario aún se encontraba hablando, la gente pidió que el jugador que había anotado el gol en la final tomara el micrófono. Zapatero, hábil ante la situación, cambió sus líneas y presentó victoriosamente al mediocampista del Barcelona: “Quiero hacer mención especial a quien ayer, metiendo el gol de la victoria, se acordó de un amigo que ya no está entre nosotros...Iniesta”, haciendo alusión al gesto que había tenido el manchego al recordar al futbolista español Daniel Jarque, quien había fallecido un año antes.

Los campeones le regalaron al mandatario una camiseta autografiada, en la que se leía la frase “Tú eres uno más”. Posteriormente, alentado por la multitud, Zapatero brincó junto con los futbolistas alzando la copa a modo de celebración. Luego de abrazar a cada uno de los integrantes—incluyendo al cuerpo técnico, utileros y médicos—, los despidió. La selección continuó festejando, mientras el Presidente se preparaba para el debate del estado de la Nación, programada para el día siguiente.

Risas, alegría, júbilo y emotivos discursos permitieron al Presidente comunicarse con sus ciudadanos en un contexto especial. Gracias al campeonato conseguido por la selección de fútbol, Zapatero pudo transmitir un mensaje de aliento y unidad: “Somos fuertes, vamos por el camino correcto y juntos lograremos salir adelante”.

En ese momento, millones de españoles tenían su mente puesta en la victoria conseguida el 11 de julio en tierras sudafricanas, situación de la que se valió el mandatario para entrar en el mismo canal y encontrar referentes válidos. Los jugadores y el cuerpo técnico representaban el triunfo, que Zapatero hizo suyo a través de su discurso, actitudes, gestos, objetos y posturas.

Este suceso puede explicarse desde dos visiones. La primera, como una ceremonia ritual, puesto que se trata de un acto simbólico que afecta al sistema político, donde los actores se conectan a través de valores com-

partidos que mediante la participación colectiva cobran vida y transmiten un mensaje genuino.

El presidente realizó, junto con los futbolistas, el cuerpo técnico y todos los demás asistentes, un acto formal y dramatizado, donde puso sobre la mesa la creencia en común —el orgullo nacional— potenciado por la euforia, reafirmando los lazos entre los individuos y al mismo tiempo fortaleciendo su legitimidad ante la crisis.

La segunda, como un acto de comunicación política moderna*, pues no hay que olvidar que en esta época las encuestas, sondeos, estudios de opinión pública y grupos de enfoque marcan la pauta en la toma de decisiones de los actores políticos. La comunicación política moderna se vale de:

un conjunto de técnicas dirigidas a favorecer la adecuación de un candidato a su electorado potencial, a darlo a conocer al mayor número de electores y a cada uno de ellos en particular, a crear la diferencia con los competidores y los adversarios y, con un mínimo de medios, optimizar el número de sufragios que hay que ganar en el curso de una campaña**.¹¹³

No debe confundirse a la comunicación política moderna con el término comunicación política***. La primera es solamente una etapa de la segunda, pero no la sustituye ni suplanta. Esta frecuente mezcla se debe a la amplia difusión que han alcanzado las herramientas comunicacionales modernas en la política, aunque “lo que sí puede ser acertado en esta simplificación, es acaso que la comunicación política como objeto del discurso de moda deba mucho a estas técnicas y a la fascinación que ejercen tanto sobre los políticos como sobre el público en general”¹¹⁴.

* Dentro de ella se incluye el *marketing político*, pero para fines de este trabajo se evitará este término, ya que equiparar la política con la venta de un producto entraña un error.

¹¹³ Gianpietro Mazzoleni, *op. cit.*, p. 156.

** Se entiende por campaña la idea de *campana permanente*, que no se limita al ámbito electoral, sino que se extiende a todos los actos del funcionario público.

*** *Vid supra* 2.1 Comunicación política.

¹¹⁴ Jacques Gerstlé, *op. cit.*, p. 16.

Un fenómeno que ha contribuido al auge de la comunicación política moderna es, sin duda, la mediatización. El acto del presidente Zapatero y la selección de fútbol no sólo fue presenciada por los que acudieron al Palacio de Moncloa, sino por millones de personas gracias a la televisión, la radio, la prensa y el internet: “un líder puede comunicar inmediatamente a la totalidad del planeta el mensaje de su elección (...) cada uno vive la política desde su sillón”¹¹⁵.

Con la llegada de los medios de comunicación masiva, la información se globalizó; cualquier hecho, en cualquier parte del mundo, llega a conocerse en cuestión de segundos. Se puede hablar entonces de una nueva fase de la comunicación política que, aunque no la altera en su sentido general (pues es tan antigua como la política misma), sí representa cambios en la forma de crearla, aplicarla y analizarla.

¿Estas dos visiones de un acto de comunicación política (como hecho simbólico y como evento de comunicación política moderna) son excluyentes? Las evidencias indican que no. Los rituales no sólo han sobrevivido, sino que sin ellos sigue sin poder explicarse el funcionamiento del sistema político.

Los medios de comunicación masiva y las técnicas electorales no sustituyen al ritual, al contrario, lo magnifican. De acuerdo con Jacques Gerstlé, los actos de comunicación política moderna deben ser atractivos, creíbles y originales¹¹⁶, y el rito cumple con esas características.

El ritual político resulta atractivo porque en él se representan los mitos, valores o creencias interiorizados en la gente, es decir, son asuntos que despiertan interés, y ahí radica su credibilidad, puesto que se trata de referentes incuestionables para los participantes. Además, gracias a la escenificación y dramatización, se vuelve un evento original y llamativo.

¹¹⁵ Marc Abélès, “Rituales y comunicación política moderna”, en *El nuevo espacio público*, p. 142.

¹¹⁶ Jacques Gerstlé, *op. cit.*, p. 55.

En síntesis, el ritual y la comunicación política moderna cohabitan en las sociedades contemporáneas. Si bien el rito político se originó y desarrolló lejos de las técnicas electorales modernas, sigue presente y adquiere una trascendencia aún mayor en el nuevo contexto, ya que los medios de comunicación masiva le sirven como caja de resonancia.

En otra época, el ritual del presidente Zapatero habría llegado únicamente a los asistentes al Palacio de Moncloa. Hoy, en la era de la comunicación política moderna, alcanzó a millones de personas no sólo a través de su difusión en directo por televisión e internet, sino también mediante los artículos de prensa. La interacción se produjo a través del cara a cara en el lugar de los hechos y en los grandes medios.

Las técnicas que caracterizan la etapa de la comunicación política moderna se hacen presentes en el ritual. En este caso, la popularidad de Zapatero es medida antes y después del evento y, junto con otras variables, provee información que indica la efectividad en términos de la estrategia planeada. El presidente, asimismo, se valió de *media training*, asesorías de imagen y de *speechwriters* para llevar a buen fin la ceremonia.

El ritual, elixir de la inmortalidad gracias a mitos, valores y creencias, sigue presente; las nuevas técnicas no lo excluyen, sino que le otorgan un lugar privilegiado como acto de comunicación política. Así como se puede hablar de eventos fácilmente localizables como el de Zapatero y la selección de fútbol, también existen ceremonias más complejas en tiempos y formas, de mayor importancia y donde la participación se cuenta no por decenas ni por cientos de personas, sino por millones, como el rito que sostiene a los sistemas democráticos: el proceso electoral.

CAPÍTULO 3
LA ELEVACIÓN DEL UNGIDO

*Those who make peaceful revolution impossible
will make violent revolution inevitable*
John F. Kennedy

*No man is good enough to govern another
without that other's consent*
Abraham Lincoln

En la novela *Palabras mayores*, Luis Spota narra el proceso de sucesión presidencial que imperó en México durante la segunda mitad del siglo XX. Dentro del mundo creado por el escritor, tan cercano a aquella realidad, todas las decisiones políticas recaen sobre una sola persona, el primer jerarca de la nación, quien gana su derecho a sentarse en la silla presidencial, más que por el voto popular, por designio del mandatario anterior.

Esta singular forma de elección no puede entenderse sin figuras como *el tapado*, *el dedazo* y, por supuesto, un sistema alejado de la democracia. A lo largo de casi cuatrocientas páginas, Víctor Ávila Puig, un personaje de poco peso en la política, recorre el camino de la máxima aspiración: la batalla por la preferencia de Aurelio Gómez-Anda, sobre quien recae el peso de nombrar a su sucesor.

A pesar de estar al frente del Ministerio de Industrias y Desarrollo, pocas veces el Doctor en ciencias económicas había charlado a solas con el Presidente. La cita en la residencia oficial de Los Arcos resultaba todo un misterio para Ávila Puig, de gran preparación académica pero con escasa habilidad política.

“No se le escapa a usted, doctor Ávila, que hay corrientes de opinión que lo favorecen; sectores que verían con agrado a una persona como usted ocupando la Presidencia de este país nuestro tan necesitado de hombres jóvenes con ideas nuevas”¹¹⁷, le aseguró Gómez-Anda, que es-

¹¹⁷ Luis Spota, *Palabras mayores*, p. 9.

taba por cumplir su segundo período como máximo dirigente de la República.

La noticia le cayó por sorpresa. ¿Él, que llevaba una vida fuera de los reflectores, no aparecía en los periódicos ni se rodeaba de gente influyente? “Nada, en política, es definitivo aunque todo en la política a nuestro estilo es posible... Usted: sume, vea a sus amigos, prepárese, estudie, cuídese”¹¹⁸, finalizó el Presidente.

La lista de posibles sucesores de Gómez-Anda llegó a las redacciones de los medios más influyentes; la encabezaba el popular alcalde Alfonso Videgaray, pero en ella se encontraban también Marat Zabala, el poderoso ministro de Información y Turismo y el casi desconocido Ministro de Industrias y Desarrollo.

Al día siguiente, Ávila Puig se dirigía a la alberca, como todas las mañanas, para nadar y mantenerse en forma. Domingo, su hombre de confianza, le recomendó no salir de la casa. Habían llegado decenas de personas, miembros de sindicatos, burócratas y vecinos, que exigían hablar con el “próximo presidente” a la vez que lanzaban porras y vítores.

Los días posteriores no fueron sencillos para el Ministro. Se había adentrado en el mundo de la política aspiracional, al que no estaba acostumbrado: costosos regalos, giras al interior del país, pláticas con expresidentes y un asedio constante de los fotógrafos que buscaban la instantánea de uno de los elementos de *La Lista*.

Mientras tanto, el todopoderoso Presidente jugaba con el tema del momento (¿acaso había otro?). Si se mostraba en público con un posible candidato, al día siguiente todos aseguraban que él era el elegido; durante

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 13.

unas horas toda la atención se centraba en un personaje hasta que Gómez Anda daba una muestra de simpatía hacia otro de los presidenciables.

Ávila Puig vio cómo uno a uno los integrantes de *La Lista* fueron desapareciendo: renunciadas, descartes y dimisiones por órdenes directas del Tlatoani, hasta que quedaron solamente tres nombres en ella. El saldo de unos cuantos días de rumores llegó a varias decenas de muertos y más de un atentado.

Los ministros que continuaban en la batalla por llegar a Los Arcos cesaban en cumplir con su objetivo. Se reunían con los hombres influyentes del país, establecían acuerdos, prometían y pactaban, pero lo único que realmente esperaban era una llamada, la del Presidente: “esta noche, junto con los sectores del partido, he llegado a una decisión. El partido y yo consideramos...”¹¹⁹

La forma en la que Ávila Puig llega al poder en la novela de Spota refleja el método de elección de presidente durante el período de gobierno del Partido Revolucionario Institucional desde 1952 hasta finales de los años ochenta, que incluyó una serie de pasos que sufrieron algunas variaciones, pero su sentido era el mismo. De una lista “filtrada” a la prensa, por lo general conformada por secretarios de Estado, se descartaban uno a uno los nombres hasta llegar al elegido. Esa maniobra correspondía al designio del presidente en funciones. Finalmente el candidato del partido oficial accedía, sin excepción alguna, a la Residencia Oficial de Los Pinos.

La sentencia del Ejecutivo representaba una forma de elección que obedecía al contexto y a la sociedad de aquella época. Esta serie de eventos le dieron orden y sentido a toda una nación durante décadas, así como lo hacen otros procedimientos donde un miembro de una organización se convierte en el nuevo líder. Hoy, el método utilizado en la mayoría de

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 383.

los países occidentales es distinto, en casi todos los casos el democrático.

Partiendo del hecho de la práctica periódica y regular de las elecciones en un gran número de países, el presente capítulo tiene como objetivo desentrañar el sentido del proceso electoral actual, caracterizado por la competencia real y condiciones más o menos equitativas para los contendientes, siempre con la democracia y la representación como tela de fondo, y que conforma un método de elección.

Para ello, en primera instancia se aborda el concepto de elección en su sentido general —definición y funciones—, así como una rápida revisión de algunas de las formas que adopta para, en un segundo momento, adentrarse de lleno en el proceso electoral, las motivaciones a las que responde y los principios que lo rigen, finalizando con el análisis de las elecciones en sistemas no competitivos.

La última parte del capítulo trata, una vez aclarado el papel racional de los comicios, de la relación entre ritual y elecciones: por qué representa un rito, el rol que juega el simbolismo, cuál es su función principal y cómo es que una sociedad apolítica se moviliza masivamente para elegir a sus gobernantes.

3.1 Elección

Cuando se habla de elección, lo primero que viene a la mente son mítines, discursos, urnas y votos. Sin embargo, las votaciones abiertas y plurales no representan la única vía de elección, sino que existen otras, como el concurso, la herencia, el consenso, el sorteo y la designación; de ahí que no toda elección implica un proceso democrático de votación, pero todo proceso democrático de votación es una elección.

El término, cuyo origen es el vocablo latín *eligere*, tiene un sentido más amplio. Se define como “una forma de procedimiento, reconocida por las normas de una organización, en virtud de la cual todos o algunos de sus miembros escogen a un número menor de personas, o a una sola persona, para ocupar cargos en tal organización”¹²⁰ *.

Dicho procedimiento es mucho más antiguo que el concepto de votación y, por ende, trasciende el ámbito electoral. Al momento de designar un nuevo monarca, un director comercial de una empresa, un jerarca religioso o un dirigente de alguna organización, también se está realizando una elección. Para que se lleve a cabo son necesarios dos requisitos¹²¹:

a) El concepto de puestos (“cargos”) en la organización, que confieren poderes y deberes.

b) Un concepto general, como “elegir al gobernador de un estado”, “designar al encargado de la oficina de economía” o “nombrar a los dirigentes sindicales”.

Con base en ambos conceptos, se puede decir que una elección representa el momento en que se erige un nuevo líder, aquel que guía al grupo a partir del poder que le es otorgado y que los individuos acatan porque personifica una autoridad reconocida.

Su objetivo principal es crear representación. En términos generales, un número mayor de individuos delega su soberanía y elige a un número menor para que ejerza los cargos, cuyos ocupantes no se encuentran sometidos a un mandato imperativo, sino que cuentan con un margen de

¹²⁰ W. Mackenzie, “Elecciones”, en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, p. 161.

* Aunque cuentan con una fuerte carga simbólica, resulta aventurado asegurar que todas las formas de elección forman parte de un ritual. En los dos primeros subcapítulos sólo se abordará la elección de manera general, es decir, como el universo en el que habita el proceso electoral, campo de estudio de esta investigación y en el que se profundizará posteriormente.

¹²¹ *Íd.*

acción, que tiene como lineamiento el interés general de la organización.

A grandes rasgos, los roles que cumple en su acepción simbólica son dos, teniendo como base el reconocimiento de las normas por parte de los individuos que conforman la organización, lo que les otorga legitimidad al sistema, al proceso y, eventualmente, al ungido:

a) Garantizar el tránsito armonioso de un estado a otro. La aceptación e interiorización de las reglas, aunado a su cabal cumplimiento, legitiman al nuevo dirigente, garantizando el paso exitoso del umbral de la transición, al mismo tiempo que deja de lado el vacío que pudiera generar un cambio brusco.

Cuando finaliza una etapa de gobierno, el grupo puede sufrir momentos de incertidumbre al desaparecer la investidura de quien lo dirigía. La elección permite armonizar ese tránsito, ya que uno de los miembros, el nuevo líder, llena ese espacio mediante un procedimiento reconocido y legítimo.

b) Asegurar la estabilidad del sistema. Si una persona busca perpetuarse en la dirigencia de una organización —desde el grupo más pequeño hasta un Estado— a través de la profanación de las reglas de sucesión que le dan orden, sentido y continuidad, se pone en peligro su equilibrio, estabilidad y, en ocasiones, hasta su conservación.

En suma, la trascendencia de una elección no es menor, ya que la pervivencia de las organizaciones está en juego. Si las normas para que se lleve a cabo la transición, reconocidas y aprobadas, son puestas en práctica, el grupo garantiza su continuidad, al menos en el imaginario de sus miembros. El sistema se renueva mientras los dirigentes cambian.

3.2 Algunos tipos de elección

En la Antigua Grecia, cuna de la democracia, específicamente en la Atenas del siglo V a.C., los cargos de representación se elegían **al azar**:

El principio ortodoxo era la rotación de los ciudadanos en los cargos importantes; el orden había de determinarse por sorteo. Esta era la práctica seguida en el Consejo de los 500 y sus comités mensuales, que mantenían la continuidad en el control de los asuntos públicos, y también para la selección de los jurados.¹²²

El método por sorteo fomentaba el interés de los atenienses por la toma de decisiones, ya que cualquiera podía ser elegido para un cargo. Al verse imposibilitadas para comprar un puesto de representación popular, las clases acomodadas no monopolizaban los puestos públicos. Los atenienses contaban con las mismas oportunidades de convertirse en representantes y, de esa manera, se afianzaba el principio de igualdad democrática que imperó en aquella época.

Siglos más tarde se instauraron las monarquías, algunas de las cuales, con distintas funciones y alcances, sobreviven hasta la actualidad, como ocurre en Gran Bretaña. De acuerdo con Nicolás Maquiavelo* existen tres formas para llegar al poder en esta forma de gobierno: a) por herencia; b) por conquista; y c) agregándose a un conjunto anterior.

En el primer caso está presente el concepto de elección, y es donde el rey o el príncipe acceden al poder gracias a su linaje. La regla dictamina que el primogénito del soberano tiene el derecho divino de ocupar el trono; el hecho de que la sangre real corra por sus venas le da derecho de convertirse en el nuevo gobernante.

¹²² *Ibid.*, p. 162.

* *Vid* Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*.

La corona cambia de dueño, mas no de familia. Cuando el rey fallece, se realiza una ceremonia donde se traslada el poder al sucesor, como ocurrió en Londres en 1952:

Por seis horas, el duelo de Gran Bretaña por la muerte de su rey se levantó y las banderas ondearon a asta completa. Miles atiborraron las antiguas calles y esquinas de Londres para escuchar la proclamación, que se leyó en en cinco lugares distintos, mientras se unían en conmovedores aplausos dedicados a su nueva monarca y cantaban con todas sus fuerzas: “*Dios salve a la Reina*”. Con una serenidad digna de una reina, Elizabeth se levantó esta mañana antes que los 192 miembros de su consejo privado en el histórico Palacio de St. James para realizar el juramento:

“Sus majestades, mis señores, damas y caballeros”, dijo.

“Por la repentina muerte de mi querido padre, estoy llamada a asumir los derechos y responsabilidades de la soberanía.

“En estos momentos de profundo dolor, es un gran consuelo recibir las muestras de compasión y solidaridad que todos ustedes han tenido conmigo, con mi madre, con mi hermana y con los demás miembros de mi familia.

(...) “Hoy estoy tan emocionada que sólo puedo decirles que voy a trabajar siempre, como mi padre lo hizo durante su reinado, para mantener el gobierno constitucional y procurar la felicidad y prosperidad de mi pueblo, propagado alrededor del mundo”.

(...) “Rezo para que Dios me ayude a desarrollar dignamente esa difícil tarea que ha sido conferida sobre mí tan temprano en mi vida” *.¹²³

Nada de esto se puede entender sin la participación de la gente, que veía a

* *For six hours, Britain's deep mourning for the late King was lifted and flags flew at full staff. Thousands jammed the ancient streets and squares of London to hear the proclamation read out at five places. They joined in rousing cheers for their new monarch and sang full-throated their anthem: "God Save the Queen". With queenly composure, Elizabeth stood this morning before the 192 members of her Privy Council in historic old St. James's Palace to take the oath of accession. "Your royal highnesses, my lords, ladies and gentlemen," she said. "By the sudden death of my dear father I am called to assume the duties and responsibilities of sovereignty. At this time of deep sorrow, it is a profound consolation to me to be assured of the sympathy which you and all my peoples feel towards me, to my mother, and my sister, and to the other members of my family. (...) My heart is too full for me to say more to you today than that I shall always work, as my father did throughout his reign, to uphold the constitutional government and to advance the happiness and prosperity of my peoples, spread as they are all over the world. (...) I pray that God will help me to discharge worthily this heavy task that has been laid upon me so early in my life".*

¹²³ s/d, “New Queen takes oath, takes family in sorrow”, *The Washington Post*, pp. 1,7.

los monarcas como una clase superior, la encargada de hacer valer los designios de Dios. En un país devastado por la guerra, los ingleses salieron a las calles para escuchar a Sir George Bellew, quien anunció la ascensión al trono mientras vitoreaban a la Reina.

El pueblo británico, con una tradición monárquica que data de hace más de mil años, aceptó esta forma de gobierno como válida y legítima. Los cimientos del reinado se encontraban en el imaginario del vulgo, que aceptaba el linaje como principio de elección; sin embargo, las transformaciones sociales la han hecho mutar hasta convertirse en algo muy distinto a lo que representó durante siglos.

Existen otros métodos de menor magnitud, como el que se lleva a cabo en una junta de condóminos; ahí, el administrador general ocupa el cargo durante cierto tiempo, siendo la **rotación** el principio de elección. Al culminar el período, los miembros de la organización se reúnen y determinan al nuevo ostentador del puesto.

El principio de gobernar y ser gobernado es acatado por los miembros del grupo, quienes están de acuerdo en circular el bastón de mando para generar un equilibrio. En la elección por rotación se tiene como prioridad “hoy obedezco, mañana dirijo”, velando siempre por el bien común.

Otra forma de elección es la que se realiza en el ámbito académico. Por ejemplo, para llegar a ser investigador, la Universidad Nacional Autónoma de México realiza un **concurso** de oposición, cuyo propósito es otorgar un puesto a la persona apropiada de acuerdo a la vacante.

Entre las pruebas que debe presentar el postulante se encuentran: una crítica escrita del programa de estudios, un interrogatorio sobre la materia y una prueba didáctica ante un grupo de alumnos, a las que se puede sumar la formulación de un proyecto de investigación.

Luego de evaluar los ensayos y las réplicas orales, el Consejo Académico anuncia el nombre del ganador de la plaza, quien debe contar con un alto grado de conocimiento de los temas, así como personificar los valores de la Universidad; el concurso permite seleccionar a un miembro que fortalece al grupo.

La **designación** es un método que consiste en elegir directamente a la persona que hará cargo del puesto. Se puede observar, por ejemplo, en los sistemas democráticos —cuando el presidente escoge a los secretarios— y en las empresas, donde los jefes tienen la libertad de designar a sus empleados, así como también en el consejo de ancianos, una figura constituida por los miembros más antiguos de la comunidad que representa la máxima autoridad en esas poblaciones y entre sus atribuciones se encuentra la elección de los representantes populares.

Quizá el caso más famoso de designación sea el que lleva a cabo la jerarquía católica en el Vaticano a la muerte o renuncia de su máximo líder. En el cónclave, los cardenales se reúnen en la Capilla Sixtina para elegir al nuevo papa, y no es sino hasta que uno de ellos reúne dos terceras partes de los votos que culmina la ceremonia.

En México, hasta 1997 el regente (ahora jefe de gobierno del Distrito Federal) era designado por el presidente de la República. La persona encargada de gobernar la capital del país no respondía a la voluntad popular, sino al mandato del Ejecutivo. No era otra cosa que una elección acorde con un sistema presidencialista y de partido hegemónico que después tuvo que ajustarse a la nueva realidad política y social.

Ya sea por sorteo, criterio de antigüedad, designación, herencia o concurso, la elección, distinta en cada uno de sus métodos e igual en los roles que cumple, permite la renovación adecuada, llana y lisa de la clase dirigente, asegurando la estabilidad del sistema.

Una elección dentro de un grupo pequeño no tiene la misma importancia que la de una universidad o un sindicato numeroso. Bajo esta premisa, es preciso determinar la trascendencia del proceso para determinar al nuevo gobernante de una nación entera y donde la participación no se cuenta por cientos ni por miles, sino por millones, así como también dilucidar si las monarquías representan el último retazo ritual de gran alcance o existe actualmente una forma de elección de la que dependa la estabilidad de todo un pueblo. Las campañas, las urnas y los votos son más de lo que parecen a simple vista, y tienen su origen en un valor socialmente compartido: la democracia.

3.3 Democracia y procesos electorales

Hoy en día, nadie en su sano juicio se atrevería a defender formas de gobierno como monarquías absolutas, dictaduras, tiranías y oligarquías, sinónimos de retroceso y rezago en el proceso de evolución de la política. Por el contrario, la democracia —el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo— representa, sin duda, el paradigma que rige actualmente a los Estados modernos, y existen dos teorías que pretenden explicarla.

La primera es la **teoría participativa**, que supone una sociedad conformada por individuos sabios, cuya participación en los asuntos públicos es indispensable: “un sistema realmente democrático debe favorecer la máxima implicación de los ciudadanos en la definición de las leyes y las políticas”¹²⁴.

De acuerdo con esta visión, la democracia debería ser ejercida directamente por el pueblo, como lo dicta su origen. El rumbo que adopta el Estado implica consecuencias muy importantes, por lo tanto, no se puede dejar de lado a los ciudadanos que lo constituyen.

¹²⁴ Eva Anduiza y Agustí Bosch, *Comportamiento político y electoral*, p. 21.

Los defensores de esta teoría argumentan que gracias a la participación directa no existiría posibilidad de una desviación en el interés general (ver tabla 2): esta modalidad “reduce los peligros de desviaciones autoritarias y mejora la calidad de gobierno, ya que las políticas (...) responderían a las orientaciones básicas aprobadas en asambleas”¹²⁵. Los individuos que toman las decisiones son los mismos que se verán afectados o beneficiados por ellas.

Además, la intensa implicación ciudadana reduciría los conflictos sociales creados a partir del descontento con la clase dirigente que no responde a las necesidades de los ciudadanos, pues todos toman parte en el debate de los asuntos públicos y juntos plantean soluciones.

La **teoría elitista** plantea una visión distinta de la democracia. El gobierno del pueblo se ejerce no de manera directa, sino a través de sus representantes: “los ciudadanos delegan el derecho a gobernarse <<transfiriendo>> su soberanía”¹²⁶. Se habla, pues, de una democracia representativa (ver tabla 2).

Su origen se remonta al siglo XVIII, cuando las nacientes clases burguesas buscan influir legalmente en la toma de decisiones:

En su momento inicial, la democracia representativa es expresión teórica de la aspiración de los nuevos poderes económicos —comerciantes, industriales o propietarios agrícolas con <<sentido capitalista>> de su actividad— para controlar, primero, y ejercer, después, un poder político reservado hasta el momento a las viejas clases feudales.¹²⁷

Es hasta unas décadas después, con el movimiento obrero, que se comienza a asociar la doctrina liberal con la universalidad del sufragio. Las ma-

¹²⁵ *Ibid.*, p. 22

¹²⁶ Miguel Covián Andrade, *La teoría del rombo*, p. 3.

¹²⁷ Joseph Valles, *Las elecciones: introducción a los sistemas electorales*, p. 18.

sas se apropian de la posibilidad de ser representadas en los parlamentos y reviran su lucha hacia terrenos institucionales.

En la democracia representativa, de acuerdo con Miguel Covián*, el poder parte de los ciudadanos y transita hacia un punto que nuevamente los encuentra. El pueblo es el destinatario de todas las acciones de los representantes, que juegan el papel de ejecutores¹²⁸, pero que tienen capacidad de decisión.

Los gobernantes no son entes sometidos a las órdenes de sus representados, sino que cuentan con la autorización de velar por el interés general de la comunidad: el bien de la nación se encuentra por encima de cualquier beneficio personal. De otra manera, sería imposible construir acuerdos en beneficio de los ciudadanos.

La base, el soporte de este modelo es la preocupación de la gente, más que por los asuntos políticos, por sus problemas diarios. El individuo está interesado en mejorar su situación económica, dedicar tiempo a su familia y lograr metas personales. La politización de la sociedad es un fenómeno que dista mucho de la realidad.

Para la teoría participativa, cuando una porción significativa de la población no se ocupa de los asuntos públicos, resulta preocupante; sin embargo, la teoría elitista no sólo no le toma importancia, sino que asegura que el desinterés es necesario para el correcto funcionamiento del sistema político. Por un lado, los dirigentes deben contar con un margen de maniobra para cumplir con su labor; por el otro, si los ciudadanos no se inconforman, quiere decir que las cosas funcionan relativamente bien¹²⁹.

* En *La teoría del rombo*, Covián plantea que la democracia puede llegar a convertirse en el gobierno de los representantes, por lo que propone una serie de mecanismos de control que evitarían esta desviación.

¹²⁸ Miguel Covián Andrade, *op cit.*, p. 8.

¹²⁹ Eva Anduiza y Agustí Bosch, *op cit.*, p. 23

Tabla 2: Teoría participativa y teoría elitista de la democracia: una síntesis

	Teoría participativa	Teoría elitista
¿Quién y cómo debe participar?	Los interesados deben participar activa y directamente en la toma de decisiones públicas en todos los ámbitos	Los ciudadanos deben participar en la elección de representantes. No es necesaria una participación masiva y continuada ya que la toma de decisiones corresponde a los políticos
¿Qué hay detrás de la no participación?	Insatisfacción, distanciamiento de la política	Satisfacción con el funcionamiento del sistema político
¿Cuáles son las consecuencias de una elevada participación en todas sus formas?	Mejores ciudadanos. Mejores decisiones y mejor implementación de las mismas	Sobrecarga de demandas. Inestabilidad política
Críticas	No especifica cómo poner en marcha mecanismos participativos extensivos e intensivos factibles. Presupone una ciudadanía interesada y activa. La población intensamente participante no es representativa del conjunto	Restringe excesivamente la relación entre ciudadanos y política al ámbito electoral. Se despreocupa de las actitudes de apatía política. Ignora la importancia de movimientos sociales como agentes de cambio político y social
Algunos autores	Rousseau, Macpherson, Pateman, Barber	Schumpeter, Sartori, Huntington

Vuelto a rediseñar: Eva Anduiza y Agustí Bosch, *Comportamiento político y electoral*, p. 25.

La teoría participativa y sus planteamientos son poco factibles en las sociedades actuales, complejas no sólo por la cantidad de personas que las constituyen, sino por la pluralidad de intereses que presentan. Una palestra donde todos los ciudadanos participen, discutan y deliberen resulta inviable cuando la apatía del grueso de la población impera en los asuntos públicos.

La realidad política apunta indudablemente hacia un modelo represen-

tativo, en donde la participación se refleja, casi de manera única, en las urnas. Aunque existen otras formas de expresión como la prensa, las protestas, las marchas y las organizaciones ciudadanas, la mayor parte de la población utiliza sólo las elecciones* como manifestación democrática.

La imposibilidad de la participación directa no significa que el modelo elitista atente contra el gobierno de los ciudadanos, ni mucho menos el fin de la democracia:

Es, pues, realmente, el pueblo quien dirige, y aunque la forma de gobierno sea representativa, es evidente que las opiniones, los prejuicios, los intereses y aun las pasiones del pueblo no puedan encontrar obstáculos durables que le impidan producirse en la dirección cotidiana de la sociedad.¹³⁰

Joseph Schumpeter señala que la democracia se caracteriza por la competición de los líderes políticos por el apoyo ciudadano a través de las elecciones¹³¹; es precisamente ahí donde el pueblo, alejado de la política y de la toma de decisiones, ejerce su soberanía.

En este proceso —donde se reúnen la esfera política y la ciudadana— la gente se moviliza masivamente, haciendo valer su derecho a participar en la decisión fundamental de la democracia moderna; el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo se hace presente cuando los ciudadanos votan para elegir a sus gobernantes.

Se trata del “fenómeno institucional más frecuente y reiterado de la política en los Estados contemporáneos”¹³², en el que se renuevan los órganos que los constituyen. No existe otro evento democrático de mayor importancia; ninguna asamblea, discusión o debate se le asemeja en número e importancia.

* Habiendo dejado claro que el proceso electoral es un tipo de elección, de aquí en adelante se utilizará el término elecciones como sinónimo del método que utilizan los Estados modernos para designar a sus gobernantes.

¹³⁰ Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, p. 191.

¹³¹ *Apud ibid.*, p. 23.

¹³² *Apud* Jose Woldenberg, *Los partidos políticos y las elecciones de los Estados Unidos Mexicanos*, p. 31.

Gracias al calendario electoral, frecuentemente se presenta una elección trascendente en cada región, ya sea para presidente, diputados, senadores, alcaldes o gobernador. Los ciudadanos se acostumbran a esta forma de participación, la hacen suya y la adoptan como la manera de hacer escuchar su voz.

José Woldenberg define a las elecciones como “el método a través del cual una comunidad, compleja y contradictoria, está en capacidad de elegir a sus gobernantes y legisladores”¹³³, en el que se expresan las diferentes posturas políticas de manera institucional y pacífica.

Este método permite la formulación de propuestas por parte de los partidos políticos y postulantes a los cargos de elección, además de la cristalización de las preferencias y orientaciones ciudadanas, siempre dentro de un marco normativo que garantice el orden y evite cualquier tipo de violencia.

El proceso electoral es, básicamente, un acto de comunicación política en tanto que: a) los candidatos se acercan a los ciudadanos para convencerlos de sufragar a su favor; b) la gente emite su opinión mediante el voto; c) el valor de la democracia permea el actuar social; y que repercute directamente en el sistema político, ya que el ganador de la contienda asumirá el papel de gobernante.

Las elecciones no representan sólo un acontecimiento o un instante, sino que constituyen un proceso porque se compone de varias etapas: campaña electoral, día de la elección, período de transición y toma de posesión*, cada una de ellas con características especiales que, al conjuntarse, dan forma al tipo de elección más significativo de la sociedad contemporánea.

Cuando los políticos se encuentran en campaña tienen el objetivo de persuadir a los electores para ganar los comicios. Se habla, entonces, de un

¹³³ *Íd.*

* *Vid infra* Capítulo 4: La fiesta de la democracia.

acto comunicacional, ya que dos actores utilizan la expresión para transmitir información; uno intenta convencer y el otro, a la postre, le responderá mediante el voto.

Se habla de un evento de comunicación política cuando tiene consecuencias, reales o potenciales, para el sistema político. El proceso electoral, como acto principal de la participación ciudadana, tiene la posibilidad de cambiar el entorno: a) por la cantidad de información que se transmite durante el período electoral; b) si los votantes se decantan por una o por otra opción; y lo modifica realmente porque a través de él se renueva el gobierno.

De acuerdo con Joseph Valles, el objetivo reconocido de las elecciones es la designación por los ciudadanos de quienes, ostentando su representación, van a ejercer el poder político en una comunidad¹³⁴, que encierra una serie de funciones implícitas:

1) **Producir representación.** Los gobernantes son los que ejercen el poder, pero ¿qué o a quién representan? ¿a los intereses particulares de las personas, a ciertos grupos o clases? La idea de representación tomó un giro importante con la llegada de la teoría liberal:

de elegir representantes que recogían los intereses directos de clases, gremios, corporaciones o estamentos, la llamada representación orgánica o representación por “mandato imperativo”, a elegir representantes que se supone deben portar ante todo los intereses generales de la nación.¹³⁵

Los representantes responden al Estado, no a los intereses de un grupo en particular. Al acceder al gobierno, el candidato ganador se compromete a tomar decisiones guiado por el interés general aunque no haya sido votado por todos los ciudadanos; el mandato afecta al pueblo y representa al pueblo en su totalidad.

¹³⁴ Joseph Valles, *op. cit.*, p. 19.

¹³⁵ José Woldenberg, *op. cit.*, p. 34.

En este sentido, cabe mencionar que es a través de los partidos políticos que los candidatos son postulados. A pesar de la creación de figuras como las candidaturas ciudadanas, éstas no representan mayor peligro para la subsistencia de los partidos, muchas veces criticados, pero indispensables en una democracia:

Los partidos son conductos de mediación porque ponen en contacto a los ciudadanos con las instituciones estatales; son elementos organizativos que logran revertir el aislamiento de la vida social y a través de ellos se expresa la contienda entre los diversos diagnósticos y propuestas que existen en la sociedad.¹³⁶

Con la universalidad del voto y la creciente participación en las elecciones, aparecieron los partidos de masas, que organizaron y agruparon las afinidades de las distintas corrientes de intereses: “cuando más se extiende y se multiplica el derecho al voto, más necesario se hace organizar a los elementos a través de comités capaces de dar a conocer a los candidatos y canalizar los sufragios”¹³⁷.

Los partidos políticos son los entes que canalizan la pluralidad. Sin ellos, la organización y ejecución de las elecciones sería una tarea imposible en las sociedades actuales, numerosas y complejas. En la democracia se requiere de ellos para garantizar la representación de todos los ciudadanos, agrupándolos en asociaciones que respondan a sus intereses.

2) **Producir gobierno.** El proceso electoral genera gobierno, cuya función es “facilitar la puesta en marcha de programas políticos y designar a los equipos encargados de llevarlos a la práctica”¹³⁸. En las elecciones, uno de los candidatos obtiene la mayoría de votos y se vuelve gobierno, es decir, adquiere la atribución de tomar decisiones en nombre del Estado.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 11.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 13.

¹³⁸ Joseph Valles, *op. cit.*, p. 24.

Los postulantes a los cargos públicos ganan en las urnas el derecho a gobernar. A través de los comicios, los ciudadanos eligen el programa, ideología, partido y persona de su preferencia que, más tarde, se convertirá en su representante y tendrá la capacidad de actuar en beneficio del pueblo; aquel que accede al poder lo hace gracias a la voluntad popular, principio democrático de la teoría representativa.

3) **Producir legitimidad.** Al ser votado por una mayoría, el mandato del nuevo gobernante adquiere legalidad, pero también aceptación, reconocimiento y aprobación no sólo por sus simpatizantes, sino por todos los ciudadanos; el pueblo lo autoriza como el líder del Estado.

Un gobierno sin legitimidad ve limitado su margen de maniobra, pues todas sus acciones serán cuestionadas e incluso obstaculizadas; se trata de “un elemento integrante de las relaciones entre gobernantes y gobernados que transforma la mera obediencia en adhesión o en el reconocimiento hacia quien ha conquistado tal o cual posición en el gobierno”¹³⁹.

El proceso electoral es el medio por el cual el gobierno adquiere la aceptación y obediencia que necesita para ejercer el poder. El voto legitima el poder del representante porque todos los que participan en la contienda electoral conocen y aceptan las reglas: aquel que obtenga mayor número de sufragios será el elegido.

Para que se cumplan cabalmente estos objetivos, las elecciones deben obedecer una serie de principios necesarios para que exista una verdadera democracia representativa:

El primero de ellos es la **universalidad**. Esto quiere decir que todos los ciudadanos deben contar con el derecho a participar en las elecciones,

¹³⁹ José Woldenberg, *op. cit.*, p. 37.

salvo algunas excepciones*. Este principio busca implicar a toda la población en este importante proceso sin importar su género, raza o nivel socioeconómico.

El objetivo no es otro que garantizar que el elegido sea el que obtenga la mayoría de los votos y no sólo de unos cuantos. Mientras mayor sea la legitimación del gobernante, el sistema tendrá un menor grado de inestabilidad en la transición hacia un nuevo período.

Además, el Estado debe instalar una cantidad adecuada de centros de votación que permitan a la gente ejercer su derecho al voto. La **accesibilidad** es un principio fundamental, ya que si la gente no cuenta con una casilla cerca de su hogar ni con los recursos para trasladarse a un sitio remoto, no participará y el índice de votación se verá reducido.

Para garantizar la renovación constante de los poderes, las elecciones deben contar con el principio de **periodicidad**. En otras palabras, el proceso de designación de representantes se debe realizar siempre que termine un ciclo de gobierno, que no debe extenderse por un tiempo prolongado.

En México, el período presidencial consta de seis años sin reelección, mientras que en Estados Unidos es de cuatro años con la posibilidad de un segundo mandato. Los puestos públicos deben estar en constante escrutinio, lo suficiente para que la democracia perviva y los proyectos de gobierno se puedan realizar.

Todo proceso que se jacte de ser democrático debe certificar la **igualdad** entre los votantes, así como la **equidad** entre los candidatos. Por un lado, todos los sufragios deben valer lo mismo; la idea de “una persona, un voto” es la garantía de una votación donde la opinión de todos los indi-

* En México no tienen derecho al voto los menores de dieciocho años, los presos y aquellas personas que, aunque radiquen en el país, no cuentan con la nacionalidad.

viduos cuenta de la misma manera. Por el otro, si los candidatos cuentan con un presupuesto equitativo, así como un acceso no restringido a los medios de comunicación y la posibilidad de realizar campaña de tierra, se puede hablar de una contienda pareja, donde el postulante tiene la posibilidad de dialogar con el elector.

En Latinoamérica, durante las últimas décadas se han generado reformas que buscan mejorar las condiciones de igualdad en las contiendas electorales. En países donde antes sólo existía una opción, hoy se financia públicamente a otras propuestas políticas.

Un principio fundamental es la **libertad** del elector para decidir la alternativa de su preferencia y que se garantiza mediante el voto secreto, el cual:

separa al ciudadano de su situación social, de las presiones de su comunidad local y de sus superiores jerárquicos. Por tanto, reduce la conformidad con el grupo y el control social, ya que no es posible demostrar a quién se ha votado como sucede en el caso del voto nominal no secreto.¹⁴⁰

Si bien aún existen comunidades que se rigen por el modelo de usos y costumbres, la tendencia indica que cada vez más la privacidad del voto, y por ende libertad, prevalece en los procesos electorales. De nada sirven unas elecciones con una estructura compleja si la gente, por miedo, amenazas o compromisos, no tiene la oportunidad de expresar libremente su opinión.

Una democracia puede ser más que elecciones, pero no menos, y los principios de universalidad, accesibilidad, periodicidad, igualdad y libertad son sus garantes. Sin embargo, existen comicios en donde no se respetan estos principios y, como consencuencia, la competitividad es parca o simplemente no existe.

¹⁴⁰ Eva Anduiza y Agustí Bosch, *op. cit.*, p. 65.

En los regímenes donde se celebran este tipo de votaciones los valores democráticos no son más que una fachada, ya que: “La democracia existe allí donde los principales dirigentes del sistema político son elegidos merced a las elecciones competitivas, donde el grueso de la población puede participar.”¹⁴¹

No obstante, a lo largo de la historia los regímenes autoritarios y totalitarios han celebrado elecciones sin estar obligados a hacerlo. ¿Cuál es el papel, entonces, del proceso electoral donde no existe la democracia? Dieter Nohlen, en su texto *Sistemas electorales y partidos políticos*, compara las elecciones libres con aquellas en donde no existen las condiciones mínimas de competitividad, clasificándolas en tres grupos (ver tabla 3):

El primero corresponde a los procesos electorales democráticos (que tienen como base el concepto liberal: “los líderes políticos de un país deben ser designados por el pueblo”) y donde la gente tiene la posibilidad real de elegir libremente a sus gobernantes.

El segundo, las elecciones semicompetitivas, representa a los regímenes autoritarios. En ellos, la oposición se articula de una manera desigual en comparación con el partido hegemónico y es muy difícil que resulten elegidos otros candidatos distintos a los oficiales.

Las elecciones no competitivas son aquellas que se llevan a cabo en los regímenes totalitarios. A diferencia de las semicompetitivas, no existe otra opción que pronunciarse a favor del sistema; la ideología dominante es la única alternativa en una sociedad homogeneizada.

¹⁴¹ Guy Hermet, “Las elecciones en los regímenes autoritarios: bosquejo de un marco de análisis”, en *¿Para qué sirven las elecciones?*, p. 18.

Tabla 3: Importancia y función de las elecciones

	<i>Competitivas</i>	<i>Semicompetitivas</i>	<i>No competitivas</i>
Importancia en el proceso político	Grande	Reducida	Mínima
Posibilidad de elegir	Alta	Limitada	Ninguna
Libertad de elegir	Garantizada	Limitada	Anulada
Posibilidad de cambiar el gobierno	Sí	No	No
Legitimación del sistema político	Sí	No se intenta casi nunca	Casi nunca o nunca
Tipo de sistema político	Democrático	Autoritario	Totalitario

Vuelto a rediseñar: Dieter Nohlen, *Sistemas electorales y partidos políticos*, p. 15.

A pesar de que las elecciones son poco comunes en los regímenes autoritarios, los líderes, preocupados por los factores externos que pudieran ocasionar una ruptura, las realizan para mejorar la imagen del Estado con el fin de obtener legitimidad fuera de sus fronteras.

El hecho de que los electores se movilicen en torno a un ejercicio democrático apócrifo, aunque los dirigentes aseguren que se trata de un proceso competitivo, genera una grata impresión que fortalece la imagen de la nación. La cortina de humo es vista desde otros territorios, de donde incluso surgen elogios y aplausos.

Al mismo tiempo el sistema se afianza mediante un procedimiento de participación, aunque sólo se trate de una simulación, pues los resultados se conocen de antemano. El proceso electoral es utilizado como un arma de socialización que garantiza la legitimación del régimen a largo plazo; la votación educa a la gente y reafirma la estabilidad del gobierno.

En contraste con los regímenes autoritarios, en el totalitarismo la par-

ticipación electoral no es un derecho, sino una obligación (ver tabla 4): “la obediencia, la apatía y el retraimiento que caracterizan a la actitud deseada en muchos regímenes autoritarios, aquí se consideran como indeseables por los dirigentes”¹⁴².

Tabla 4: índice de participación electoral en Alemania y la Unión Soviética

Alemania		Unión Soviética	
1933	96.3%	1934	91.6%
1934	95.6%	1937	96.8%
1935	99.5%	1950	99.8%

Vuelto a rediseñar: Juan Linz, “Funciones y disfunciones de las elecciones no competitivas: los sistemas autoritarios y totalitarios”, en *¿Para qué sirven las elecciones?*, p. 113.

La gente se involucra en los canales de expresión que facilita el Estado, únicos medios donde los individuos pueden expresar su adhesión a una sola ideología, la del régimen:

No existe más que un canal posible para la participación, cualquiera que sea el terreno o el objeto. La meta general y la dirección se definen por un centro, que indica a los organizadores cuáles son los objetivos legítimos y en definitiva los controla.¹⁴³

Aquí no importa la imagen hacia el exterior, lo trascendente es la interiorización de los valores que fortalecen al sistema. A pesar de que el pueblo participa activamente, se trata de una participación manipulada que no da a lugar a opiniones contrarias a lo que dicta el Estado.

El proceso electoral no sólo se presenta en un contexto democrático, también puede adoptar otras formas, con distintos fines y objetivos, como la legitimación hacia el exterior o la reafirmación de los valores del régimen que controla todos los canales de participación.

¹⁴² *Apud* Juan Linz, “Funciones y disfunciones de las elecciones no competitivas: los sistemas autoritarios y totalitarios”, en *¿Para qué sirven las elecciones?*, p. 109.

¹⁴³ *Apud ibid.*, p. 110.

Habiendo señalado el papel de las elecciones sin democracia, es tiempo de adentrarse en las elecciones donde sí existe competencia y determinar si encarna un procedimiento formal que únicamente requiere generar representación, gobierno y legitimidad. Al ser un método de elección, su estudio se tiene que abordar desde una óptica distinta, la del simbolismo, que permite explicar tal procedimiento de profundas implicaciones sociales.

3.4 Proceso electoral y ritual político

Las elecciones en contextos democráticos buscan, a diferencia de los regímenes autoritarios y totalitarios, la edificación de un nuevo mandato que obedezca la voluntad popular luego de implementar condiciones de igualdad en la competencia. Sin embargo, un evento tan trascendente cuenta con otros alcances que van más allá del terreno racional: “No puede haber política sin símbolos con sus correspondientes ritos, ni puede darse un sistema político que se base únicamente en principios racionales, prescindiendo de toda connotación simbólica”¹⁴⁴, por lo que para entender el proceso electoral resulta prioritario que estudiar su relación con el simbolismo.

El símbolo, elemento indisociable de la política en general, pero presente con mucho mayor fuerza en el suceso cumbre de la democracia, es concebido como:

una figura precisa, claramente definida, identificable y reproducible. Pero es, al mismo tiempo, poseedora de una gran condensación de significados: una misma figura se refiere a una diversidad de dimensiones de la realidad. Explica y agrupa una multiplicidad compleja de *realidades esenciales*, de dimensiones de la existencia que se representan y adquieren sentido en y por esa figura.¹⁴⁵

¹⁴⁴ *Apud* Gianpietro Mazzoleni, *op. cit.*, p. 119.

¹⁴⁵ Julio Amador Bech, *Las raíces mitológicas del imaginario político*, p. 235.

De esta manera, se tiende un puente entre lo material y lo sobrenatural; el simbolizante identifica a lo simbolizado, es decir, la imagen o el objeto evoca lo general, lo que es común, una idea pura, enigmática, pero a la vez esclarecedora, ya que introduce claridad y orden en la vida.¹⁴⁶

Una elección es, eminentemente, una lucha de símbolos; se trata de “un momento simbólico intenso, capaz de reforzar los valores que rigen el proceso democrático”¹⁴⁷. Durante el proceso electoral se pueden observar palabras, discursos, frases, mantas, argumentos, fotografías, afiches, imágenes, utilitarios, libros, videos y música que representan algo más de lo que a simple vista expresan.

El símbolo por excelencia de los procesos electorales es el voto, que se presenta generalmente como una papeleta tachada por una cruz, y aunque su forma puede variar (en algunos países existe, por ejemplo, el voto electrónico), el significado es el mismo: el ejercicio de poder de los ciudadanos, el arma que utiliza el pueblo para ejercer su soberanía.

El voto revela todo un universo de creencias compartidas y se presenta, en este caso, como un trozo de papel. El ideal democrático, la participación y el designio de influir en las decisiones públicas están presentes en el momento de las elecciones a través del símbolo.

La urna, otro objeto sagrado presente en casi todas las elecciones modernas, encarna la garantía de que la voz del pueblo será escuchada. La caja de cartón, cuyos sellos son inviolables, simboliza el principio democrático del irrestricto respeto a la voluntad ciudadana plasmada en los comicios.

El proceso electoral, el acto de comunicación política más importante en el mundo contemporáneo, es un sistema ritual no sólo porque hace uso de símbolos, sino también porque **se trata de un acto dramatizado y formal**

¹⁴⁶ *Ibid.*, pp. 234–235.

¹⁴⁷ Gianpietro Mazzoleni, *op. cit.*, p. 143.

en el cual los individuos comparten un valor supremo: la democracia.

Se habla de la presencia de formalidad y dramatización cuando los actores que intervienen en él cumplen roles que los llevan a comportarse de una manera de la que no lo harían normalmente, además de seguir lineamientos específicos, muchos de ellos incluso leyes.

Los candidatos buscan el voto de los ciudadanos a través de la campaña adoptando papeles que los llevan a organizar eventos, pronunciar discursos, inaugurar obras y, por supuesto, hablar con el elector. En este sentido, la exageración cumple con un papel fundamental, pues no se trata de un diálogo común, sino que está en juego la representación democrática.

En cuanto a la formalidad, las pautas legales de cada país establecen los tiempos que rigen el proceso electoral, así como las atribuciones y limitaciones de cada actor: candidatos, partidos políticos, medios de comunicación, autoridades, funcionarios y ciudadanos, que cada uno debe respetar para que se realicen unas elecciones realmente competitivas.

No existe rito en el que no se compartan mitos, creencias y valores. A partir de ellos, los individuos aceptan un origen y metas en común; la sociedad se cohesiona, se une en un solo frente para desafiar las desavenencias y, de esta forma, el sistema se solidifica y perdura*.

En este caso, el común denominador es, sin lugar a dudas, la democracia, ese valor arraigado en la sociedad que implica que la toma de decisiones debe girar en torno a la voluntad popular y que se ejerce en el momento del voto, pues la representación es el modelo que impera en los sistemas políticos contemporáneos.

* *Vid supra* 1.2 Mito y ritual

De acuerdo con el Latinobarómetro*, el apoyo a la democracia está fuera de toda discusión. Durante los últimos quince años, el promedio de personas que prefiere la democracia sobre cualquier otra forma de gobierno superó el 60%, mientras que apenas un 15% se pronunció a favor de un régimen autoritario y un 63% dijo no apoyaría a un gobierno militar bajo ninguna circunstancia.

Asimismo, en 2010 el apoyo a las instituciones democráticas, siguiendo la tendencia desde que inició el estudio hace tres lustros, sigue siendo elevada. La percepción de necesidad del congreso en un gobierno del pueblo y para el pueblo alcanzó el 71% en Uruguay y Argentina. En México, el 57% de la gente opinó que sin partidos políticos no existiría la democracia.

Independientemente de las estadísticas, no existe otra explicación que un valor fuertemente enraizado en la sociedad para que millones de personas, generalmente apáticas en torno a los asuntos políticos, acudan en masa a las urnas. La motivación es alta, resultado de la renovación de un valor supremo en un evento simbólico periódico: el rito.

Cuando la gente acude a un mitin, observa un debate por televisión o simplemente entabla una conversación relacionada con las elecciones, no sólo está participando en el proceso, sino que vive la democracia, que ya no deja de ser un ente lejano y se convierte en una realidad.

El proceso electoral permite al individuo poner en práctica el valor, socializarlo, sentirse identificado con él y hacerlo suyo. A través de la ceremonia, un acto familiar, válido, aceptable y legítimo, la democracia alcanza la inmortalidad porque perdura en el imaginario: sigue presente en la memoria y en la práctica cotidianas.

* El Latinobarómetro es un estudio anual que realiza una organización no gubernamental con sede en Chile. Para la edición 2010 se realizaron casi veinte mil entrevistas en dieciocho países de América Latina.

En el ritual de las elecciones se encuentran presentes los postulados de Claude Levi-Strauss* —fragmentación y repetición—, pues a la vez que se sigue fielmente una serie de pasos invariables, se pueden observar desviaciones que sólo cambian la forma, mas no el sentido del rito.

Los rituales deben adaptarse a cada tiempo y lugar para seguir siendo referentes válidos en el actuar social del hombre, por consecuencia evolucionan y el proceso electoral no es la excepción. Es por ello que se presentan variaciones (fragmentación) pero siempre teniendo como límite la repetición, que conserva intacta la esencia del rito.

La fragmentación es una parte importante de la campaña electoral, ya que ninguna es idéntica a otra. Si un candidato llega a la comunidad más pobre del país en un tren rodeado de medio centenar de seguidores para hablar de la escasez de oportunidades, otro se reunirá con empresarios para expresarles su respaldo y fomentar las inversiones, mientras un tercero buscará el apoyo de los jóvenes en un evento en una universidad.

La repetición consiste en la reproducción de esquemas invariables en el ritual. En este caso, el mismo proceso se presenta a lo largo de un gran número de regiones y países y perdura en el tiempo. Si en Estados Unidos los candidatos realizan mítines, ofrecen discursos y buscan el voto a través de anuncios televisivos a la vez que la gente acude a las urnas para elegir a su gobernante, también en México, Argentina, España y Francia sucede lo mismo.

Dicho proceso comienza con la campaña electoral, el punto máximo de acercamiento entre los que buscan el poder y los que lo perciben; es ahí donde el próximo gobernante entabla un diálogo con la gente, donde el postulante gana el derecho a representar al pueblo.

Lo mismo ocurre con las etapas posteriores. Las votaciones, por ejemplo,

* *Vid supra* 1.3 Fragmentación y repetición.

se pueden celebrar, bien de manera tradicional mediante el sufragio en papel depositado en las urnas, o a través de otros mecanismos, tales como el voto electrónico y el voto por correo. Aquí, la repetición consiste en la expresión de la voluntad ciudadana, aunque el método para hacerlo varíe.

El paso final, las ceremonias de investidura, cambia drásticamente en su forma de región a región: bastones de mando, bandas presidenciales, ritos ancestrales, coronaciones multitudinarias, juramentos ante libros sagrados... No obstante, el rol que cumple persiste, pues en todas ellas el ungido cruza el umbral de lo ordinario y se transforma en el nuevo dirigente.

A pesar de la característica de fragmentación, teorizada por Levi-Strauss, la función primordial del sistema ritual como método de elección no cambia, y se puede explicar sólo a partir de la teoría de Arnold van Gennep. **Las elecciones** son un rito de paso porque **sirven para conjurar el cambio y el devenir**, fuente de incertidumbre, causados por el fin de un gobierno y el inicio de otro.

En México, durante gran parte del siglo XX las transiciones de gobierno se llevaron a cabo pacíficamente gracias al ritual:

La campaña presidencial otorgaba el formato para la reconstrucción de las relaciones de poder, siendo parte central de un proceso de fases reguladoras delimitadas en función de reglas y tiempos precisos que permitían a la clase política el tránsito ordenado por el cambio de gobierno.¹⁴⁸

Pero no únicamente el tránsito ordenado inmiscuía a la clase política, sino también al sistema en su conjunto, incluidos, por supuesto, los ciudadanos. El rito de paso vino a otorgarle estabilidad a una nación que vivió a principios de siglo una revolución, y que en los años posteriores se caracterizó por múltiples asesinatos de líderes, lo que se tradujo en una incertidumbre generalizada.

¹⁴⁸ Larissa Adler-Lomnitz, Rodrigo Salazar e Ilya Adler, *Simbolismo y ritual en la política mexicana*, p. 63.

La transición en el sistema político, al igual que en las distintas etapas de la vida del individuo, representan un peligro para la estabilidad. La ausencia de certeza, generada a partir de un sentimiento de vacío, puede alterar severamente la funcionalidad de la forma de gobierno y, por ende, de la sociedad entera.

El proceso electoral garantiza el tránsito exitoso de un estado a otro. Al realizarse un procedimiento formal, válido y legítimo con un alto grado de participación, acompañado de un valor enraizado como la democracia, permite cruzar el umbral que produce confusión y vacilación.

El proceso electoral actual cumple con la misma función que en el México del siglo XX, aunque con la democracia como telón de fondo. A la vez que los gobernantes cambian de máscara, el sistema funciona, perdura y no es puesto en duda mientras los individuos ponen en práctica el valor democrático. El rito separa al viejo gobierno, lo segrega y públicamente hace oficial la llegada de uno nuevo. Los ciudadanos, gracias a su participación en las elecciones, logran cruzar el puente de la fluctuación y arriban a una nueva fase de certidumbre.

Para consumir su objetivo principal, el proceso electoral al mismo tiempo cumple con cuatro funciones suplementarias:

1) **Participación.** El ciudadano, quizá por única ocasión, deja de jugar un papel secundario en el sistema político para convertirse en protagonista:

Las elecciones permiten a la gente expresar sus descontentos y entusiasmos, disfrutando de una sensación de participación. (...) Gracias al proceso electoral, un acto simbólico con tintes dramáticos, los electores son partícipes de un rol activo más que pasivo.¹⁴⁹

Cientos de miles de personas acuden a las urnas con la motivación prin-

¹⁴⁹ *Apud* Dan Nimmo, "Election as ritual drama", en *Political persuasion in presidential campaigns*, p. 171.

cial, consciente o inconsciente, de ser parte del valor de la democracia. Como punto de inflexión en la forma de gobierno representativo, el individuo deja de lado la apatía, sacrifica recursos y tiempo para cumplir con su responsabilidad política.

Además, la participación en la elección tiene tintes especiales; el pedestal de los poderosos se rebaja y el del ciudadano común se eleva hasta que todos quedan en el mismo nivel: un voto equivale a una persona. La sociedad, sin distinción, participa en el ritual.

2) **Integración y unidad.** Al ser un evento colectivo, inclusivo y con implicaciones simbólicas, los individuos fortalecen sus lazos al ser partícipes de una ceremonia donde, juntos, cumplen con sus obligaciones democráticas. Las personas se relacionan y se identifican, conviviendo y agregándose, al mismo tiempo que robustecen las relaciones sociales.

3) **Construcción de la realidad política.** Gracias a su intervención en un evento simbólico legítimo, los niños, pero también los adolescentes y los adultos, atribuyen sentido a lo que hacen. La participación ritual es una fuente de socialización política, y un rito en el que toma parte tal número de personas —el proceso electoral—, lo es aún más.

De acuerdo con Yali Peng, durante la niñez el individuo adquiere pautas políticas que lo marcan para el resto de su vida. A esto se le llama socialización política, definida como: “el proceso mediante el cual los niños adoptan conductas y [modelos de] comportamiento apropiados para su papel de futuros ciudadanos, y el proceso mediante el cual los valores políticos se transmiten de una generación a otra.”¹⁵⁰

El conjunto de factores que involucra a la propia persona, el ambiente en que se desarrolla y las instituciones sociales que lo rodean —la familia, la

¹⁵⁰ *Apud* Gianpietro Mazzoleni, *op. cit.*, p. 267.

escuela, el grupo de amigos, la iglesia— da como resultado la interiorización de valores y pautas políticas que se reflejarán en su desarrollo.

La mayor parte de los estudios de socialización política se enfocan únicamente en la etapa de la niñez como parte aguas en el proceso de adquisición de modelos de comportamiento. Sin embargo, hoy en día se habla de un “mecanismo de socialización permanente”, lo que significa que las personas nunca dejan de exponerse a experiencias que crean, reafirman o modifican ciertas aptitudes hacia lo relacionado con el sistema político.¹⁵¹

Las charlas entre amigos, la afiliación a grupos y las relaciones laborales también repercuten en el pensar y actuar del adolescente y del adulto. Si se toma en cuenta que las elecciones son un ritual periódico con el que la gente se familiariza desde pequeña y reafirma esa condición a lo largo de toda su vida, se puede hablar de una fuente relevante de socialización política. Al mismo tiempo que el ciudadano deposita una boleta en la urna, ratifica al proceso electoral como un acto político correcto y válido.

4) **Válvula de escape.** El proceso electoral representa también una forma de influir en la toma de decisiones que canaliza la violencia. En el rito de la democracia se ventilan los conflictos por un medio pacífico, las urnas y los votos:

la emisión del voto significa acatar una concepción pacífica y ordenada de la competición por el poder. <<Dejar que las urnas hablen>> supone el abandono de los medios violentos para dirimir las contiendas civiles, la disparidad de opiniones o el enfrentamiento de intereses. Y con ello, la aceptación de la lógica política de la teoría liberal que sitúa en una instancia política unificadora la resolución de los conflictos de la sociedad civil.¹⁵²

El rito canaliza las hostilidades y las discrepancias. En lugar de una salida agresiva, el proceso electoral ofrece la oportunidad de dirimir las dife-

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 271.

¹⁵² Joseph Valles, *op. cit.*, p. 28.

rencias mediante un proceso reconocido en donde impera la voluntad popular. La boleta y las urnas regulan las tensiones que, de otra manera, podrían detonar en una revuelta armada.

El ritual de las elecciones corresponde a los valores infundidos en la sociedad. El individuo, que siente el deber de participar en la contienda por el poder a través del voto, tiene la sensación de control gracias a los procesos electorales democráticos, donde llega al poder el elegido por el pueblo. La arena de la violencia se traslada a la elección, donde se resuelven pacíficamente los conflictos.

En síntesis, **el proceso electoral es un sistema ritual** compuesto por distintas etapas **en el que, mediante la renovación del valor de la democracia, se logra el tránsito armonioso de una etapa a otra** —del viejo al nuevo gobierno—, alejando toda incertidumbre que pudiera generar una transformación brusca en el sistema.

Más que una competencia por el sufragio, no importando quiénes sean los candidatos, el rito permite una transición llana en un momento de transformación. Al mismo tiempo que los ciudadanos apoyan al candidato de su preferencia, deciden quién será su representante, acuden en masa a las urnas y reconocen al ungido, se enmienda la incertidumbre causada por el cambio.

En la fiesta de la democracia, la celebración no está enfocada al candidato ganador y próximo gobernante, sino hacia la sociedad que llevó a buen término la finalización de un ciclo y el comienzo de otro. Todo funciona en un ambiente donde la motivación en común es un valor fuertemente arraigado en el imaginario y el protagonista es el ciudadano.

La gran fiesta extiende su invitación a la sociedad entera y no pocos responden a ella, pues es la propia gente quien se beneficia de un acto tan

relevante y cuyas consecuencias no son menos importantes, ya que al conjurar el cambio y el devenir, impide una transición violenta y todo lo que puede traer consigo un momento de inestabilidad en el sistema.

Este complejo proceso se compone de una secuencia de eventos simbólicos, algunos de ellos ritos, que sirven, cada uno con características propias, como engranaje para que el sistema ritual cumpla con su propósito. La campaña electoral, el día de las votaciones, el período de transición y la toma de posesión son indispensables en el proceso electoral.

CAPÍTULO 4
LA FIESTA DE LA DEMOCRACIA

Pero el maquillaje es lo de menos. El presidente está acostumbrado a usarlo. Lo molesto es la operación de cirugía plástica a la que sexenalmente se somete con claros sacrificios democráticos, para darle a su pueblo variaciones políticas sobre un mismo tema: la Revolución Triunfante
René Avilés Fabila, *El gran solitario de palacio*

Si se oscureció Tenochtitlán con la muerte de vuestro rey, elegid otro rey, y que salga con él el nuevo sol. Mirad a quién echáis los ojos, y en quién piensa vuestro corazón y a quién apetece, que ese es el que elige vuestro dios
Huitzilopochtli
Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*

Antonio votó por primera vez en su vida en las históricas elecciones de 1977, que se celebraron luego de treinta y seis años de dictadura franquista. Como muchos españoles, sufragó a favor de Felipe González, un joven líder que encarnaba los ideales y los anhelos de un país en el que los ciudadanos por fin podían elegir a sus gobernantes.

Aunque su candidato no encabezó las preferencias, la sensación del deber cumplido prevaleció sobre cualquier otra cosa, pues él creció escuchando historias acerca de la República y la tradición democrática de la nación. Su abuelo había participado en las elecciones, previas a la Guerra Civil, y en las charlas familiares siempre recalca la urgente necesidad de darle voz y poder de decisión a la gente.

En 1982, el Partido Socialista, al que apoyó fervientemente, llegó a la presidencia, y no fue sino hasta 1996 que un partido distinto entró a La

Moncloa. En aquella ocasión —la última elección del siglo—, a pesar de que su voto fue nuevamente para el PSOE, aceptó un mandato de tintes conservadores, ya que la mayoría de los ciudadanos así lo había decidido.

Tres décadas y un lustro después de su primera experiencia democrática, las cuentas, por primera vez en años, no cuadran. Antonio ni siquiera alcanza a cubrir la cuota del alquiler por el congelamiento de su pensión y el alza de precios. Ahora resulta impensable soñar con pasar unas vacaciones en su pueblo natal, ubicado en la provincia de Asturias.

Debido a la delicada situación por la que atraviesa, le pasa por la cabeza no participar en la cita con las urnas del 20 de noviembre, pero desecha la idea luego de reflexionar por un momento: “Mi país me necesita. Pasamos por un momento complicado y no puedo renunciar a mi deber como ciudadano”, concluye.

Sus bolsillos están vacíos y con escepticismo escucha las propuestas de los candidatos. Mientras uno apela al cambio y la esperanza, el partido por el que siempre ha votado lo llama a defender los avances sociales conseguidos durante los últimos años. Las circunstancias lo inclinan, por primera vez, a sufragar por el color azul.

Así como Antonio, millones de ciudadanos vivieron las elecciones generales del 20 de noviembre en España. Muchas voces anunciaban el desencanto de la gente con la política, los políticos y el gobierno, e incluso se atrevieron a predecir el fin de la democracia no sólo en aquel país, sino en el mundo entero.

Sin embargo, casi el 70% de los ciudadanos acudió a las urnas. El sistema funciona, y aunque el índice de aprobación del presidente se encuentre en niveles bajos, los españoles (y los mexicanos, estadounidenses, argentinos, etcétera) en los últimos años han privilegiado la democracia sobre

cualquier otro sistema y, por lo tanto, a las elecciones libres y plurales como vía de renovación de los gobernantes.

A pesar de que un sector de la población expresa su apoyo a la creación de un gobierno militar*, en la mayoría de los países con elecciones competitivas predomina la preferencia por seguir eligiendo a sus dirigentes mediante el voto y continuar con este sistema, construido a partir del valor de la democracia, que cobra vida fundamentalmente en las elecciones.

Aunque la posibilidad de rompimiento con el valor democrático se encuentre latente en la sociedad, el desencanto por tal o cual personaje no ha afectado, en estos casos, al sistema ritual, que trasciende una mera coyuntura y permite la transición llana y lisa del sistema cuando se renuevan sus dirigentes.

Si bien es cierto que la tasa de desempleo es alta, la economía no crece y los gobernantes no ofrecen los resultados deseados, la democracia sigue fuertemente arraigada en el imaginario, por lo que el correcto funcionamiento del sistema pasa por la decisión ciudadana, expresada mediante el voto.

El proceso electoral es un sistema de ritos cimentado en la democracia que permite el tránsito de un gobierno a otro y se presenta en cuatro etapas: la campaña, cuando los votantes conocen a los candidatos, escuchan sus propuestas y deciden a quién apoyar; el día de las votaciones, la jornada en la que la gente acude a las urnas y determina quién será su próximo gobernante; el período de transición, el lapso de margen (en términos de van Gennepe) que sirve para allanar el camino de un mandato a otro; y la toma de posesión, la ascensión al trono.

* De acuerdo con el *Latinobarómetro 2010*, el 37% de la población de América Latina estaría dispuesta a considerar apoyar la instauración de un gobierno militar y el 39% dice estar de acuerdo con la afirmación “cuando hay una situación difícil está bien pasar por encima de las leyes”, mientras que el 61% no concibe una mejor forma de elección de sus gobernantes que la democrática.

Este capítulo sirve para conocer cada una de estas etapas, describirlas, explicarlas y ejemplificarlas a partir de tres procesos recientes en países distintos: además de las elecciones generales en España de noviembre de 2011, marcadas por la crisis económica, se presentan el caso de Estados Unidos en 2008, con la elección que llevó a Barack Obama a la Casa Blanca, y los comicios estatales de 2010 en Oaxaca, que definieron la alternancia luego de ocho décadas de gobiernos emanados de un solo partido.

Las elecciones, el proceso ritual que trasciende fronteras, presenta rasgos característicos en cada región, pero las motivaciones, personificadas en los valores, no cambian. La campaña, la jornada electoral, el período de transición y la toma de posesión, las cuatro grandes etapas del proceso, se presentan invariablemente con modificaciones en forma pero no en fondo. La gran fiesta de la democracia está por comenzar y todos están invitados.

4.1 Campaña electoral

El término *campaña* procede del lenguaje militar. Con este vocablo se designa al conjunto de operaciones bélicas con un objetivo determinado, que puede ser la conquista de un territorio, el aniquilamiento de un enemigo o la defensa de una comarca, utilizando los medios adecuados para ello.

Alejandro Magno y la conquista de Persia, la defensa de la Galia por el líder militar romano Julio César, las invasiones de Gengis Kan en el oriente y la caída de París en manos de Adolf Hitler durante la Segunda Guerra Mundial son ejemplos de campañas militares que han trascendido en la historia.

Así como otras expresiones bélicas —*estrategia y táctica*—, no es casualidad que se utilice este término en el ámbito electoral. Las feroces batallas por la conquista de territorios se trasladan al terreno de la competencia por convencer al elector para que emita su voto a favor de uno u otro candidato.

La campaña electoral es el período en el que los partidos políticos y aspirantes a cargos públicos buscan el apoyo de los ciudadanos, donde sus equipos llevan a cabo auténticas cruzadas para vencer al adversario. La guerra no se libra en los campos de batalla, sino en la mente de los electores.

Los generales crean y aplican estrategias para obtener un mayor número de sufragios que el enemigo —el candidato rival— utilizando cañones cargados de atractivos mensajes que hacen eco en los ciudadanos. Durante semanas, meses, incluso años, los ejércitos luchan para posicionarse como la opción preferida por la mayoría para llegar al poder por la vía del voto.

En una sociedad en la que el interés por lo político es escaso*, la campaña electoral se convierte en el momento clave de interacción entre los aspirantes a un cargo público y los ciudadanos, y de éstos con el sistema político, pues es el evento que encarna el valor de la democracia sobre cualquier otro: “La campaña electoral es, por lo tanto, una particular e intensa forma de comunicación entre los ciudadanos y sus agentes políticos”¹⁵³.

Este proceso de convencimiento de los electores es eminentemente comunicacional porque en él se presenta una interacción donde imperan los actos expresivos sobre los ejecutivos dentro de una comunidad de signifi-

* Vid Jaime Durán Barba y Santiago Nieto, *Mujer, sexualidad, internet y política. Los nuevos electores latinoamericanos*.

¹⁵³ *Ibid.*, p. 29.

cados, que tiene como base el lenguaje común, sus usos y reglas para que los actores puedan comprender los mensajes*.

Retomando la concepción de Richard Fagen, que emplea como referencia las consecuencias reales o potenciales de los actos comunicacionales para el sistema político, la campaña representa un acto fundamental de la comunicación política, ya que es ahí donde la gente conoce a los candidatos, los escucha, interactúa con ellos y decide externarles su apoyo, que se verá reflejado en la siguiente etapa del sistema ritual.

La comunicación entre el postulante y el votante determina la decisión ciudadana que se verá reflejada en el sufragio. Por ello, el apoyo que consiguen los candidatos en este lapso es tan importante, pues afecta al sistema político, ya que aquí se definirá el nombre de quien ocupará el trono. Los electores se convencen de emitir el voto en este importante lapso que pone cara a cara a los ciudadanos y a los próximos gobernantes.

La toma de contacto adopta muchas formas —mítines, mensajes por televisión, radio e internet, carteles, espectaculares, llamadas telefónicas, visitas domiciliarias— y define el rumbo del sistema político porque de ella depende la llegada al gobierno de uno u otro personaje.

En este sentido, se puede decir que para los candidatos la campaña electoral cumple con una función evidente, que es la de buscar la adhesión de los ciudadanos, quienes más tarde emitirán el sufragio y elegirán al nuevo gobernante**. Para lograrlo, se valen de mitos y valores en ceremonias simbólicas. La campaña es, pues:

un continuo ejercicio en la creación, recreación y transmisión de símbolos significativos a través del lenguaje, tanto verbal como no verbal. Es una

* *Vid supra* 2.1 Comunicación política.

** Al igual que en el apartado donde se analiza la elección, es aventurado afirmar que todo evento simbólico llevado a cabo durante la campaña es un rito, por lo que se utilizará el término *ceremonia*.

empresa cuyo objetivo es obtener apoyo electoral alrededor de llamativos y atractivos símbolos.*¹⁵⁴

Los símbolos, figuras claramente definidas, identificables y reproducibles, evocan un significado similar —una idea abstracta a partir del convenio social— en un grupo de personas¹⁵⁵, y sirven como portadores de un mensaje que de otra manera sería imposible expresar, como ocurrió en la campaña electoral del estado de Oaxaca en 2010:

Gabino Cué, representante de la alianza Unidos por la Paz y el Progreso de Oaxaca, que conforman PAN, Convergencia y PT, estuvo en San Pablo Guelatao, la cuna de Benito Juárez, donde inició su precampaña y convocó a los oaxaqueños a construir el camino de la transición democrática, “es tiempo de un gobierno de ciudadanos ya no de grupos, sin autoritarismos, ni corrupción”. Su primer acto político fue una ceremonia solemne al lado de los pueblos y comunidades indígenas regidos bajo el sistema de normas comunitarias.¹⁵⁶

El aspirante a la gubernatura del estado sureño de México inició su campaña electoral en un lugar simbólico, el pueblo natal de uno de los máximos mitos mexicanos contemporáneos, Benito Juárez. En el imaginario, esta figura representa el relato del indígena que cuidaba ovejas y por azares del destino llegó a la ciudad de Oaxaca. Ahí aprendió el español y con grandes esfuerzos se superó hasta llegar a convertirse en presidente de la República, defendiendo la nación durante la invasión francesa y el imperio de Maximiliano.

Ante decenas de personas congregadas en la explanada municipal, al pie

* *“A continuous exercise in the creation, re-creation, and transmission of significant symbols through language, both verbal and nonverbal. It is an enterprise aimed at mobilizing electoral support around a series of attractive, appealing symbols”.*

¹⁵⁴ Dan Nimmo, *op. cit.*, p. 159.

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 160.

¹⁵⁶ s/d, “Llama Gabino Cué a construir camino de la transición democrática”, *Milenio*, <http://www.milenio.com/cdb/doc/impreso/8734582>

del busto del Benemérito de las Américas y a tan solo unos metros de la Laguna Encantada, donde de acuerdo al mito Juárez pastoreaba a sus ovejas, Gabino Cué habló de la unidad y la importancia de la democracia para Oaxaca.

De acuerdo con Olaf B. Rader, “en caso de necesidad, percibida o real, de legitimación, los soberanos o aspirantes a ostentadores de poder se han valido muy especialmente, en todas las épocas, de los difuntos y sus sepulturas”¹⁵⁷, especialmente en momentos en los cuales el poder se torna difuso.

Las tumbas son como un volcán. Si antaño poseían un gran poder, se pudieron haber enfriado con el paso de las décadas y los siglos, pero en cualquier momento pueden explotar*. El rito funerario sirve como chispa para reavivar la memoria, que se traslada hacia el protagonista del ritual.

No es casualidad que a la muerte de un gran líder los posibles sucesores luchen por rendirle culto a la tumba del caído. El rito funerario despierta elementos de la memoria histórica que pueden cambiar el rumbo de una nación. Así como Stalin se convirtió en el sucesor de Lenin luego de las exequias donde él fue la gran estrella, el candidato en Oaxaca intentó hacer vigente el hoy en el ayer teniendo como escenario el recóndito pueblo de la sierra.

Gabino Cué hizo uso del simbólico lugar para apropiarse de los valores que encarna el relato mítico. Realizar un acto de campaña en San Pablo Guelatao no implica únicamente un homenaje a la figura oaxaqueña, significa la oportunidad de apropiarse del mito, de presentarse como el portador de los atributos que encierra la figura del primer presidente indígena.

¹⁵⁷ Olaf B. Rader, op. cit., p. 67.

* *Vid ibid.*, capítulo 5: Los cambios en las concepciones de la muerte y de la tumba.

El uso de los símbolos en campañas políticas no es exclusivo de México ni de Latinoamérica. En España, el candidato del Partido Socialista Obrero Español optó por iniciar su travesía en la búsqueda por la preferencia popular con un evento en el que reunió a dos grandes figuras de la izquierda en ese país:

Alfredo Pérez Rubalcaba, un experto del juego de la política pero poco propenso al riesgo, está rompiendo consigo mismo. Ayer decidió echar el resto y jugársela con un movimiento arriesgado pero contundente: 15 años después de su último encuentro y tras casi 21 años distanciados, logró unir en un mitin en Dos Hermanas (Sevilla) a Felipe González y Alfonso Guerra, mitos del socialismo.

Y el mensaje, en medio del entusiasmo de la militancia, fue clarísimo: la supervivencia de la izquierda está en juego, no es momento para que quienes alguna vez votaron PSOE se abstengan. Está en peligro el Estado de bienestar español que crearon gentes como González y Guerra, apuntó Rubalcaba. “No es irreversible”, remató. El tono de los tres era especialmente dramático con un objetivo que Guerra resumió: “Nuestro enemigo es la abstención”.¹⁵⁸

Las elecciones generales de España en 2011 estuvieron marcadas, indiscutiblemente, por la crisis económica. La tasa de desempleo (situada por encima del 20%) y los bajos salarios provocaron un descontento generalizado hacia el presidente Zapatero, por lo que era urgente afianzar el liderazgo del candidato socialista con el fin de obtener el mayor número de escaños posible y evitar así la mayoría absoluta del Partido Popular en el Congreso de los Diputados.

Para cumplir este objetivo reunieron al expresidente González, quien ganó cuatro elecciones consecutivas y gobernó durante trece años, con Guerra, vicepresidente de España de 1982 a 1991. Los estandartes del socialismo en España respaldaron a Rubalcaba para intentar activar a los desencantados votantes de la izquierda.

¹⁵⁸ Carlos E. Cué, “El PSOE arriesga y echa el resto”, *El País*, pp. 12-13.

El inicio de campaña en Dos Hermanas, bastión socialista, representó algo más que un simple evento en la búsqueda del voto: “la comunicación de los que pretenden el poder consiste en los esfuerzos por ejercer un control simbólico sobre la definición colectiva de la situación política”.¹⁵⁹

En sus discursos, ambos hablaron del peligro que entrañaba no apoyar al PSOE, ya que estaba en riesgo el estado de bienestar que tanto les había costado crear. El único que podía salvar a España, dijeron, era Rubalcaba. A partir de su propia presencia, sus palabras y la evocación al pasado y al futuro, las figuras míticas entregaron la estafeta a la siguiente generación, encarnada en el candidato socialista.

Así como en Oaxaca y España, la utilización de símbolos, mitos y valores, de manera consciente e inconsciente, está generalizada porque son referentes válidos dentro de una comunidad, y gracias a ellos los candidatos logran ser conocidos, aceptados y legitimados, sumado a que, por supuesto, consiguen votos.

Además de la función de la búsqueda del apoyo popular, al mismo tiempo la campaña cumple un rol no evidente, el de construir la realidad política a través de las propias ceremonias simbólicas, es decir, eventos válidos, comunes y aceptados, que se realizan periódicamente: “la campaña electoral es una secuencia privilegiada de construcción de la realidad política a la que contribuyen todos los actores de acuerdo a sus recursos, limitaciones a intereses”.¹⁶⁰

La socialización política* se presenta no sólo en la familia, la escuela o las asociaciones religiosas. Los eventos socialmente acatados como válidos y adecuados, en este caso los que forman la campaña electoral, son también fuente importante de enseñanza, que repercute en la formación de los individuos.

¹⁵⁹ Jacques Gerstlé, *op. cit.*, p. 127.

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 126.

* *Vid supra* 3.4 Proceso electoral y ritual político.

Al recrear actos simbólicos y participar en ellos, los ciudadanos atribuyen un sentido a lo que hacen, aprendiendo y reafirmando lo que es correcto. Gracias a esta repetición con un alto grado de inclusión, la campaña se convierte en un agente de socialización que permite dilucidar a la gente lo que es bueno y lo que no.

Por ejemplo, al mitin de cierre de campaña de Mariano Rajoy, a la postre el triunfador de las elecciones en España, acudieron más de quince mil simpatizantes del Partido Popular de todas las edades. Ya fuera agitando las banderas azules, cantando “*yo soy español, español, español*” o simplemente escuchando los discursos, la gente aprende modelos de comportamiento repetidos en tiempo y forma y los hace suyos.

Aunado a ello, los que siguieron el evento por internet, sintonizaron el resumen en los telediarios o leyeron la reseña en la prensa, también forman parte de este proceso de socialización al simplemente enterarse de la realización del mitin, que pasa a formar parte de sus experiencias políticas: “(Las campañas) no sólo (...) generan líderes y les proporcionan la autoridad para gobernar. También añaden a nuestra memoria la imagen del proceso electoral y por lo tanto la prueba de que el sistema es el adecuado”¹⁶¹.

Quizá el mejor ejemplo de socialización política dentro de una campaña sean los *caucuses* (asambleas partidistas)**, un ejercicio único con una gran participación ciudadana que se realiza en Estados Unidos previo a las primarias, las cuales definen al candidato presidencial, ya sea del Partido Demócrata o Republicano.

* “(Campaigns) not only (...) provide leaders and grant them authority to govern. They also add to our memory the image of the electoral process and thus give proof that the system is a good one”.

¹⁶¹ Judith Trent y Robert Friedenberg, *Political Campaign Communication*, p. 6.

** Aunque legalmente no son parte de la etapa de campaña, para efectos del ritual se considera a los *caucuses* en este lapso por la exposición de los candidatos y la búsqueda del voto.

Once meses antes del día de las elecciones que definirán la reelección del presidente Obama, se celebró en Iowa la primera asamblea republicana del proceso electoral 2012 en medio de descalificaciones entre los contendientes, a pesar de que pertenecen al mismo partido:

En Iowa, votar significa salir de casa a las siete de la noche habitualmente con 10 o 15 grados bajo cero, desplazarse hasta una iglesia, un centro cívico o la casa de otro vecino para juntarse con otras 200 o 300 personas y decidir a quién se envía como representante a la Convención que el Partido Republicano celebrará en agosto y con qué misión. (...) Distintos participantes toman la palabra (...) en defensa de quien consideran mejor candidato. (...) Presentados los argumentos, se reparten papeletas. A veces, simples trozos de papel en blanco para escribir un nombre. En los caucuses demócratas, algunas votaciones son a mano alzada y el vencedor de cada asamblea solo es decidido después de varios descartes y votaciones. El sistema es algo más sencillo en los caucuses republicanos, pero igualmente el ganador es resultado de un proceso, a veces de varias horas, que garantiza, al menos, que la decisión se ha tomado de forma muy meditada.¹⁶²

Al estilo de la palestra pública en la Antigua Grecia, los ciudadanos se reúnen, discuten, argumentan y deliberan en torno a las propuestas de cada candidato. En los *caucuses* los norteamericanos viven la democracia incluso antes de las campañas formales, es toda una experiencia que involucra a los ciudadanos, quienes van construyendo su realidad a partir de estos eventos públicos.

El ganador de la primera asamblea partidista fue Mitt Romney, con treinta mil quince votos, apenas ocho más que Rick Santorum. Aunque no se trata de un ejercicio vinculante para la nominación republicana, el valor simbólico de estas discusiones democráticas es mayúsculo, pues catapultan a los aspirantes hacia la candidatura del partido.

En la etapa de campaña electoral es donde más visibles se hacen las características indisolubles de todo rito de acuerdo con la concepción de Clau-

¹⁶² A. Caño, "Iowa como ejemplo", *El País*, p. 3.

de Lévi-Strauss, que son fragmentación y repetición, la primera limitada por la segunda en tanto la función de la ceremonia simbólica permanece intacta, pero las formas pueden presentar variaciones.

La repetición estriba en la participación de la gente en eventos que cumplen el mismo papel dentro del simbolismo a lo largo del tiempo y el espacio. La fragmentación permite que dichos actos se adapten a la realidad social de cada territorio para que se presenten como hechos reconocidos, aceptados y legítimos para los individuos.

De esta manera, cada región apela a los referentes válidos de una nación determinada. Si en Oaxaca Gabino Cué acude al pueblo natal de Benito Juárez y en España Alfredo Pérez Rubalcaba reúne a dos figuras destacadas de la izquierda, en Estados Unidos Barack Obama apeló a la esperanza y al cambio hacia un país de libertad y oportunidades; sin embargo, la función de presentar a los postulantes a un cargo público, la búsqueda del voto y la construcción de la realidad política, dentro del rito de paso, permanecen intactos.

En suma, la primera etapa del sistema ritual, incluyendo eventos como los *caucuses*, es un modelo que para los ciudadanos debe seguir formando parte del actuar social porque es considerada como la forma de participación adecuada para influir en el sistema, la manera correcta de interacción entre los candidatos y los ciudadanos.

Las dos funciones de la campaña son clave dentro del sistema ritual del proceso electoral para que cumpla su labor como catalizador de la incertidumbre en el paso de un gobierno a otro. Esta etapa sirve como la presentación en sociedad de los próximos monarcas, el primer encuentro de los ciudadanos con los candidatos, pues uno de ellos se convertirá eventualmente en el ungido.

En la campaña los personajes comienzan a ser conocidos, aceptados y su presencia empieza a ser cotidiana para la gente. El sistema ritual inicia con este período de encuentros, presentaciones y, sobre todo, comunicación, pues es a través de ella y su uso de símbolos, mitos y valores, que la sociedad se prepara para sortear la inestabilidad y ausencia de certeza producidas por el cambio.

Una vez entablado este contacto, la gente se prepara para la segunda etapa del ritual, en la cual las adhesiones producidas durante la campaña se reflejan en un papel depositado en una urna. Los ciudadanos están listos para decidir a quien detentará el poder.

4.2 Día de las votaciones

En Oaxaca, el primer domingo de julio de 2010, cerca de un millón y medio de personas acudieron a las casillas para ejercer su derecho al voto, mientras que en España siete de cada diez ciudadanos hicieron acto de presencia en los colegios electorales en noviembre del año siguiente. Algo similar ocurrió en Estados Unidos durante el proceso de 2008 para elegir presidente, cuando 129 millones de personas decidieron otorgarle el poder al Partido Demócrata.

El día de las votaciones consiste en un ejercicio de gran magnitud y que requiere una gran organización, pues se lleva a cabo en tan sólo unas horas y en él participan millones de personas. Es en este segundo paso del sistema ritual del proceso electoral es cuando los ciudadanos hacen valer su derecho de elegir, ya que aquel candidato que obtiene mayor número de votos* es que el que gobernará el siguiente período.

* El sistema de elección varía de acuerdo a cada país. Por ejemplo, en México se vota directamente para presidente de la República, en España se elige al Congreso de los Diputados, que determina al mandatario de acuerdo al número de escaños obtenidos, mientras que en Estados Unidos se realiza a través de un complejo sistema de delegados. No obstante, el principio democrático del gobernante elegido por el pueblo no cambia.

A diferencia de la etapa de las campañas, donde la gente no necesariamente juega un rol activo, en el día de las votaciones los ciudadanos están obligados a ejercer un esfuerzo mayor porque son ellos los actores principales. La jornada electoral exige la movilización de la sociedad, que responde masivamente al llamado, y esto no se explica sino a partir del simbolismo.

Esta movilización masiva de los individuos es una característica fundamental del ritual: “Sin participación colectiva simbólica no hay rito”¹⁶³, y es precisamente en esta etapa que se observa con mayor claridad, pues los ciudadanos colaboran, cooperan y se solidarizan en torno a las boletas y las urnas, símbolos compartidos que se identifican claramente con un valor en común: la democracia.

Sólo si esta participación se da con base en los referentes socialmente válidos se puede hablar de un rito, ya que existen casos de aglomeraciones carentes de ellos, como pueden ser la inauguración de una calle o simplemente un evento donde se pronuncia un discurso de bienvenida, que no son propiamente rituales, pero no es el caso del día de las votaciones.

La democracia, el valor socialmente compartido, es la responsable de la movilización, lleva a las personas a realizar un esfuerzo, salir de sus casas, caminar, utilizar el transporte público, dedicar parte de su día de descanso para acudir a las casillas de votación, en resumen, a consumir recursos.

Este valor, fuertemente arraigado en el imaginario, permea en el actuar de la gente. El individuo está obligado a cumplir con su deber como ciudadano acudiendo a emitir su voto y no existe mayor incentivo para el individuo que la certeza de actuar conforme a lo adecuado, lo correcto y lo ideal, que ha aprendido a lo largo de su vida, como se puede observar en las elecciones norteamericanas:

¹⁶³ Martine Segalen, *op. cit.*, p. 113.

“Algunos de mis amigos quieren acompañarme a las urnas”, dijo Rachel. “Ellos quieren animarme cuando vaya a votar”.

No importa quién gane hoy, tengo que pensar que nuestro país es mejor gracias a gente como Rachel: Americanos considerados y responsables que ven el acto de votar no como una obligación, sino como un honor, un simple acto de libre albedrío que, multiplicado por todo el país, se convierte en el arma más poderosa que poseen los ciudadanos.

¿Podrá la generación de Rachel liderar el cambio contra la apatía del voto? “Yo creo que cada generación tiene muchas cosas por arreglar” dijo Rachel. “Parece que nosotros tenemos muchas. Estoy segura que estamos a la altura del desafío”.¹⁶⁴

Durante los meses previos a las votaciones, en Estados Unidos no se crearon empleos, las guerras en Irak y Afganistán estaban estancadas y el presidente George W. Bush gozaba de muy poca popularidad. El país de las barras y las estrellas, sumido en una grave crisis económica, enfrentó la elección de 2008 como una dura prueba para la democracia, estandarte de la nación más rica y poderosa del orbe.

Sin embargo, así como Rachel, cientos de miles de jóvenes acudieron a la cita con las urnas. Si antes encontraban relatos democráticos en los libros de textos, acompañaban a sus padres a votar, observaban vídeos en internet y miraban las noticias en la televisión, con esta experiencia comenzaron a vivir la democracia por ellos mismos, convirtiéndose en protagonistas del ritual.

A partir de este tipo de vivencias, el rito, y con él los valores que lo construyen, va enraizándose profundamente en la sociedad, siendo transmiti-

* *“Some of my friends want to accompany me to the voting booth,” Rachel said. “They want to cheer me on when I go vote.” No matter who wins today, I have to think our country is better off thanks to people such as Rachel: thoughtful Americans who see voting not as a duty but as an honor, a simple act of free will that, multiplied across the land, becomes the most powerful tool that citizens possess. Will Rachel’s generation lead the charge against voter apathy? “I guess every generation has a lot of things they have to fix,” Rachel said. “It does seem like we have a lot. I’m sure we’re up to the challenge”.*

¹⁶⁴ John Kelly, “A Birthday Girl Casts Her First Ballot”, *The Washington Post*, <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2008/11/03/AR2008110302968.html>

do de generación en generación como la vía óptima de influencia en los asuntos públicos. La democracia trasciende la barrera del tiempo.

A pesar del creciente rechazo hacia los partidos políticos y la política*, la gente sigue acudiendo a los centros de votación porque esa es la forma de participación que conocen, que han probado y que funciona, es un compromiso que adquieren a lo largo de su vida gracias al ritual y que se encuentra fuertemente enraizado.

Para José Woldenberg, las elecciones, y especialmente la jornada electoral, representan el evento democrático por excelencia¹⁶⁵ en una sociedad que tiene poco o ningún interés en la política. El día de las votaciones se erige como el acto en el cual recae todo el peso de la democracia en un sistema donde priva el modelo elitista, que argumenta lo benéfico que resulta para el sistema la participación ciudadana únicamente en el proceso electoral para, así, otorgarles a los gobernantes un margen de maniobra necesario para la toma de decisiones**.

El voto, con esta carga simbólica detrás y representado por la boleta, lejos de ser un simple papel con los nombres de los aspirantes y un tachón, representa el valor democrático arraigado en la sociedad: “es un objeto cargado de significados culturales e institucionales, marcar una cruz junto al símbolo de un partido es un acto que expresa una síntesis de consideraciones cognitivas y de pulsiones emotivas”.¹⁶⁶

Cuando una persona acude a votar existe todo un sistema ritual que respalda esa acción. Años de experiencias democráticas y un valor que impera en la

* Existen autores que hablan del fin de los procesos electorales debido a este creciente rechazo, aunque otros postulan que ese hartazgo siempre ha existido, y mientras no se cuente con una mejor forma de ejercer la democracia, las votaciones y los partidos políticos como se conocen hoy día, perdurarán.

¹⁶⁵ José Woldenberg, *op. cit.*, p. 31.

** *Vid* Tabla 2: Teoría participativa y teoría elitista: una síntesis.

¹⁶⁶ Gianpietro Mazzoleni, *op. cit.*, p. 133.

atmósfera y aterriza cada dos, cuatro o seis años, según sea el caso, dan como resultado un magno evento que tiene como símbolo, en esta etapa, la papeleta.

Al depositarla en la urna no únicamente se está decidiendo el nombre de aquel que se instalará en el Palacio de la Moncloa o la Casa Blanca, se cristaliza el designio popular y se reafirma el valor de la democracia: “la introducción en la urna (...) es la manifestación suprema de la voluntad del ciudadano, que cuando decide realizar tales actos reconoce el profundo significado de la elección para su propia vida y para la democracia”¹⁶⁷.

La acción de tachar la boleta y emitir el voto significa la puesta en práctica del poder de los ciudadanos. El sufragio es la brújula que guía a la nación y el pueblo es quien la dirige. También, con la práctica periódica, votar se convierte en un referente válido para la sociedad y el valor se renueva. Cada jornada electoral el valor se afianza con más fuerza en la sociedad.

Por lo general, el día de las votaciones, caracterizado por un ambiente de participación ciudadana, es pacífico y ordenado, y los sucesos atípicos que se presentan no van más allá de meras anécdotas. Cuando lo irrelevante se convierte en noticia, quiere decir que todo transcurrió con normalidad. En las sociedades actuales se acostumbran jornadas electorales pacíficas, y el caso del país ibérico no fue la excepción:

Durante las once horas que los españoles pudieron ejercer su derecho al voto ocurrieron diferentes acontecimientos que pusieron la nota singular a una jornada marcada por la normalidad. La primera anécdota llegaba cinco minutos antes de que los 23.000 colegios electorales abrieran sus puertas. Eran las 8.55 horas, cuando una vallisoletana embarazada, que acababa de romper aguas e iba de camino hacia el hospital para dar a luz, decidía hacer una parada en su centro de voto, situado en la capital de Castilla y León, para depositar sus papeletas. Imposible. Se puso de parto y no pudo esperar hasta las nueve de la mañana.¹⁶⁸

¹⁶⁷ *Íd.*

¹⁶⁸ s/d, “Un 20-N a golpe de anécdota”, *ABC*, p. 60.

En España, al igual que en Estados Unidos, los índices económicos no eran ni mucho menos alentadores al momento de las elecciones. No obstante, la crisis monetaria no significó una crisis de identidad ni de valores. A pesar del oscuro panorama financiero y un día lluvioso, el 20 de noviembre la gente acudió a los colegios electorales y, aunque la participación fue menor que en 2008, el número de votantes fue elevado.

Como se puede observar en estos dos casos, la salida a los conflictos y a los períodos de crisis sigue siendo la vía electoral*. De esta manera se evitan los brotes de violencia que bien podrían aparecer debido a la situación económica que impera en estos países.

El proceso mediante el cual los ciudadanos eligen pacíficamente a sus gobernantes se convierte en la válvula de escape que previene los conflictos sociales, aliviando las tensiones. Para David Kertzer, el rito sirve para apagar el fuego causado por las diferencias entre la clase dirigente y el pueblo¹⁶⁹, ya que es la gente quien tiene la última palabra en el día de las votaciones.

La boleta electoral se convierte en el arma que sustituye los rifles, las pistolas y los cañones. En lugar de revueltas violentas el propio sistema presenta una alternativa que no pone en peligro a la comunidad. A través del voto el individuo castiga a quien tomó malas decisiones en el gobierno y apoya al candidato que le infunde esperanza y liderará el cambio.

Uno de los factores que contribuyen a que la elección represente una salida pacífica a los conflictos y divisiones sociales es la igualdad entre los ciudadanos que participan en los comicios:

En el momento del voto —una vez admitida jurídicamente la igualdad política de los ciudadanos— nadie es discriminado y todos pueden expresar sus demandas al sistema político. Las minorías dejan oír su voz, por reducidas

* *Vid supra* 3.4 Proceso electoral y ritual político.

¹⁶⁹ David I. Kertzer, *op. cit.*, p. 149.

que sean, y hacen ejercicio de confianza al esperar que sus reclamaciones pacíficamente expresadas serán atendidas, (...) obtienen representación, se hacen presentes, dejan oír su voz en el seno de los órganos del poder.¹⁷⁰

El voto no distingue género, raza o condición socioeconómica. La democracia se presenta para todos, un sufragio equivale a una persona, no más ni menos, lo que implica que todos los ciudadanos estén situados en el más alto pedestal con el mismo grado de injerencia.

Con ello, se garantiza el principio de igualdad, que asegura la legitimidad del ungido y la puesta en práctica del valor compartido socialmente, pues el principio básico de la democracia es el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, sin ningún distingo entre los individuos.

Cumplidas las dos primeras etapas, una vez socializados los personajes que aspiran al poder y elegido por el pueblo el próximo gobernante, se está forjando la transición en el sistema a partir de los valores que radican en el imaginario, pero aún quedan dos fases del sistema ritual que sirven para completar lisa y llanamente el cambio. El proceso electoral apenas ha llegado a la mitad de su camino.

4.3 Período de transición

El período de transición inicia en el momento en que un candidato es declarado ganador de las elecciones (no necesariamente de manera formal) y culmina con la toma de protesta, cuando entra en funciones como el nuevo dirigente. Esta etapa, aunque pocas veces analizada y tomada en cuenta, es de suma importancia para el sistema ritual porque sirve para preparar tanto a la sociedad como al ungido, que aún no están listos para asumir la nueva era en el sistema. La duración del tercer paso del proceso

¹⁷⁰ Joseph Valles, *op. cit.*, p. 29.

electoral varía de acuerdo a cada país. Se pueden presentar:

- a) Lapsos cortos, como en España, que del 20 de noviembre —día de los comicios— al 21 de diciembre del mismo año —cuando el nuevo congreso rindió protesta— sólo transcurrió un mes.
- b) Períodos dilatados, como los ciento cincuenta días que en México tarda el presidente para asumir el poder desde que es favorecido en las urnas.
- c) Lapsos intermedios, tal es el caso de Estados Unidos, donde del súper martes a la llegada de Obama a la Casa Blanca en 2008, el espacio se prolongó por setenta y siete días.

Una vez finalizado el escrutinio de los votos, el sistema ritual pasa de la arena de la batalla —la campaña y el día de las votaciones— a un nuevo estado, que busca la unidad en torno al elegido, quien se presenta ya no como un candidato más apoyado por un sector de la población, sino como el representante de la nación entera que encarna el valor de la democracia, pues es producto de ella.

Un ejemplo de unidad en el período de transición ocurrió en Estados Unidos al conocerse los resultados electorales en 2008. El senador John McCain, del Partido Republicano, luego de una campaña plagada de acusaciones de ambas partes, aceptó la derrota y ante sus seguidores pronunció: “Obama fue mi rival y ahora será mi presidente”.

Algo similar ocurrió en Madrid el 20 de noviembre de 2011. Minutos después de que fuera anunciada la mayoría absoluta del Partido Popular, Alfredo Pérez Rubalcaba declaró, en la sede de su partido, que seguiría trabajando por el bien del país y que el PSOE se convertiría en una oposición responsable, aceptando la contundente derrota en las urnas.

Respetar la voluntad popular expresada en el día de las votaciones es par-

te del ritual y de los valores interiorizados en la sociedad. La unidad que impera en el período de transición no favorece al candidato ganador, sino al propio sistema*. La democracia está por encima de cualquier discrepancia, y aquel que atenta contra ella está atentando contra la sociedad misma.

Una característica del ritual es que forja la unidad entre la gente, necesaria para reafirmar las creencias que tejen sus lazos¹⁷¹. Existen campañas electorales que polarizan a la sociedad, y el lapso de transición debe servir para unir a los ciudadanos en torno a un bien aún mayor que el de apoyar determinadas ideas, que es la subsistencia del sistema y de los propios individuos.

Al igual que en un partido de fútbol o cualquier otro evento deportivo, las diferencias partidistas se terminan en la arena de competencia, es decir, en las dos primeras etapas del sistema ritual, que son el lugar y el tiempo adecuados para hacerlo. Incluso las evidencias empíricas señalan que un candidato que no acepta los resultados pierde popularidad porque es visto como mal perdedor.

En el caso de España, apenas unos días después de celebradas las elecciones, el presidente Zapatero se reunió con Mariano Rajoy. Rivales en los procesos de 2004 y 2008, tiempo atrás era impensable un diálogo entre ambos personajes, pero su sentido de la responsabilidad sorteó cualquier diferencia y charlaron durante más de dos horas en la sede del gobierno.

El objetivo de la reunión giró en torno a la crisis económica y el estado de las finanzas públicas que entregaría el mandatario socialista, aunque sim-

* En México ocurre un fenómeno singular. Todos los candidatos suelen proclamarse ganadores aunque los resultados no les favorezcan, que trae como consecuencia una división que afecta no al candidato vencedor, sino al sistema en sí. El caso más reciente se dio en 2006, cuando Andrés Manuel López Obrador no aceptó su derrota en las elecciones presidenciales, que se tradujo en inestabilidad para el país.

¹⁷¹ Jean Maisonneuve, *op. cit.*, p. 13.

bólicamente representa más que eso. El presidente saliente le da su lugar al entrante antes del juramento ante el Rey, lo trata como su par, lo eleva ante los españoles, preparándolos para recibirlo como nuevo jerarca.

Asímismo, las ceremonias formales también están presentes y sirven para mostrar al ungido como tal ante toda la nación. Una de ellas es la entrega de la constancia de mayoría, la acreditación legal al candidato que obtuvo mayor número de votos, que en Oaxaca, el domingo siguiente a los comicios, le fue entregada a Gabino Cué en el Instituto Estatal Electoral. “Prometo gobernar con la ley en la mano, como Juárez”, dijo en el evento.

La constancia es el símbolo de la decisión popular, del gobierno del pueblo y para el pueblo, de la democracia misma. Al tomar el papel en manos de la autoridad electoral, el candidato aliancista se convirtió automáticamente en gobernador electo, el último escalafón previo a la ascensión al poder.

Como lo hizo al inicio y durante la campaña, Cué se enfundó en Juárez al mencionarlo una vez que fue reconocido formalmente su triunfo. Con el improvisado discurso evocó, una vez más, los principios de justicia, igualdad y legalidad que se atribuyen al mítico expresidente mexicano.

En este sentido, a través de los mensajes de unidad, reuniones entre mandatarios y ceremonias formales, el candidato ganador se presenta ante la sociedad entera como el próximo gobernante, más allá de las confrontaciones que se pudieron presentar en las etapas anteriores, incluyendo a los que no participaron en el ejercicio democrático y los que no votaron por él.

El elegido, una vez que es aceptado como el representante popular que velará por los intereses de la comunidad entera, y la gente, se encuentran listos para el último paso en el camino de la reducción de la incertidum-

bre y la continuidad en el sistema, el punto final del proceso ritual, que no es otro sino la toma de posesión, la coronación de el nuevo mandatario, el punto final del proceso ritual.

3.4 Toma de posesión

Socializados los candidatos, confrontados en la campaña, una vez que la gente tomó la decisión de quién será el próximo gobernante y luego de un período de transición que sirvió para aliviar las heridas de la batalla y forjar la unidad, es tiempo del cuarto y último paso del proceso electoral, la toma de posesión del ungido, quien pasa a ser formalmente el mandatario, inaugurando una nueva etapa en el sistema.

La formalidad y la dramatización juegan un papel importante en esta puesta en escena. Los participantes dejan de tener un nombre para transformarse en el personaje que cumple un rol en la coronación, determinado por las reglas preestablecidas que dan orden a la ceremonia¹⁷².

Los protagonistas del rito se comportan de una manera que no lo harían en otras circunstancias. Aunque el nuevo depositario del poder y el gobernante saliente tengan una relación de amistad o usualmente charlen en eventos informales, aquí cada quien cumple con su interpretación en la trama que los ciudadanos observan en vivo o a través de la televisión. El ungido es depositado en el trono en un rito que cumple varios objetivos.

La toma de posesión tiene básicamente tres funciones. La primera es la legal, pues en este evento formal el gobernante saliente entrega el poder al nuevo monarca, que entra en funciones desde el instante en que le es cedido el cetro, la banda presidencial o realiza el juramento correspondiente.

¹⁷² Martine Segalen, *op. cit.*, p. 30

De esta forma, tras las elecciones en que se vio favorecido con el designio popular, a partir de ese momento el hasta entonces mandatario electo asume el cargo que ganó en las urnas. Con la coronación, la figura del candidato ganador desaparece, dando paso al soberano, con las atribuciones que esto conlleva.

Pero en la ceremonia el ungido no sólo da inicio a su mandato de manera legal. Existe otro elemento que es imposible dejar de lado y que juega un papel fundamental, el simbólico: en la toma de posesión la figura del jefe máximo toma tintes divinos, camina hacia un nuevo estado, convirtiéndose en una especie de semidios.

Así, el nuevo monarca pasa a ocupar un lugar privilegiado ante la sociedad. El evento, con cientos de personas presentes y potenciada por los medios de comunicación, muestra finalmente la salida del antiguo monarca y da pie a la llegada de uno nuevo tras una serie de pasos que suavizan la transición (la campaña, el día de las elecciones y el período de transición).

La segunda función de la toma de posesión es, pues, la de ordenar las relaciones de poder. La última etapa del sistema ritual coloca a cada quien en el lugar que le corresponde, ya que los individuos deben cumplir el rol de acuerdo al papel que les fue asignado, requisito fundamental para que el sistema funcione.

Bourdieu señala que los ritos sirven para instituir, sancionar, santificar el nuevo orden establecido¹⁷³. El rito de la coronación, gracias a los símbolos y el valor democrático que permea en la sociedad, jerarquiza las posiciones; el que detenta el poder se ubica en un peldaño distinto al de quien lo percibe, estableciendo un orden y logrando, de esta forma, la estabilidad que requiere el sistema en un período de cambio e incertidumbre, la transición hacia un nuevo gobierno.

¹⁷³ *Ibid.*, p. 54.

La ceremonia de toma de posesión, un ritual por sí mismo, data de hace varios siglos. En el territorio que hoy ocupa México se tiene registro de coronaciones desde antes de la Conquista. La cultura tolteca, cuyo centro ceremonial se ubicó en Tula, Hidalgo, realizaba este importante rito:

La coronación de Tezozómoc se llevó a cabo en las pirámides principales situadas en los centros religiosos (...) los ancianos le colocaban una corona de flores pacxochitl, con un penacho de plumas de águila incrustadas en unas ruedecillas de oro que llamaban cocoyahualol, juntamente con otros dos penachos de plumas verdes yecpitaatl, unidos con unas correas de cuero de venado. Después de esta ceremonia se celebraba una cacería de venados en los bosques.¹⁷⁴

La tradición en la sociedad tolteca marcaba que el sucesor del gobernante, a su muerte, sería su mujer y después los hijos en orden de edad. Mediante una ceremonia, considerada como religiosa, se transmitía el poder al nuevo monarca, con elementos vinculados a la concepción mágica de ese pueblo —símbolos—, que afianzaban al nuevo gobierno.

Asimismo, el último imperio precolombino, el azteca, recurrió al ritual de coronación para marcar el inicio de una nueva etapa:

La ceremonia de coronación del emperador se volvió cada vez más elaborada y de mayor duración (hasta cuatro días con sus noches) y con gran profusión de danzas y ritos, incluso ya en la coronación de Moctezuma Ilhuicamina, el nuevo emperador debía guardar cuatro días de ayuno y de recogimiento antes de tomar posesión de su trono.¹⁷⁵

El Consejo Supremo se reunía para elegir al nuevo emperador y, una vez tomada la decisión, a través del rito se le cedía el trono, pues en realidad pertenecía a Quetzalcóatl, la serpiente emplumada. En la ceremonia, de larga duración y que incluía discursos de aceptación, se presentaba al ele-

¹⁷⁴ Fernando Serrano Migallón, *Toma de posesión: el rito del poder*, p. 3.

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 6.

gido, generalmente con grandes méritos militares, como el nuevo jerarca, y así lo acataba el pueblo.

Los gobernantes toltecas y aztecas encontraron en el ritual, además de la entrada en vigor de su mandato y la jerarquización de posiciones, el mecanismo para obtener aceptación, reconocimiento y aprobación, que también son requisito fundamental para dar orden y estabilidad al sistema. La tercera función es, entonces, la legitimación del ungido.

Gracias a la ceremonia formal, válida y socialmente aceptada —el rito—, se reafirma la autoridad del mandatario, que se convierte en el depositario de los símbolos y de los valores que forman el imaginario. La gente, a través de ellos, acredita al ungido y le otorga el margen de maniobra necesario para ejercer su mandato: “un hombre se convierte en rey porque es tratado como tal”¹⁷⁶.

Más de quinientos años después, la ceremonia de coronación sigue presente con las mismas funciones que antaño y, aunque las formas han cambiado, el fondo permanece:

En todo tiempo y lugar, el momento de transmitir el poder ha ido acompañado de ceremonias públicas, que van desde las más elaboradas y llenas de símbolos mágicos y religiosos, a las relativamente más simples. (...) En cualquier caso, el ceremonial es parte fundamental de los mecanismos de construcción de una necesaria imagen de legitimidad tanto legal como carismática.¹⁷⁷

Las tres funciones de la toma de posesión —legalidad, legitimidad e instauración del orden político— buscan, en conjunto, la sucesión pacífica de sus gobernantes y, aún más importante, la fundación de una nueva etapa, conjurando la incertidumbre que produce el cambio.

¹⁷⁶ David I. Kertzer, *op. cit.*, p. 108.

¹⁷⁷ Lorenzo Meyer, Prólogo, *ibid.*, p. XII.

No es casualidad que este rito trascienda en el tiempo y el espacio: “Las formas son cambiantes pero la fascinación del momento permanece”¹⁷⁸. Se trata de una ceremonia de vital importancia para el sistema y que se presenta a lo largo de un gran número de países que encuentran en él la forma de sortear las dificultades que entraña una transformación en la figura de sus dirigentes.

Para lograr su cometido, esta etapa final del sistema ritual se vale, así como ocurre a lo largo de todo el proceso, de los símbolos; tal es el caso de Mariano Rajoy, quien juró obediencia al Rey y cumplir las leyes al tiempo que postraba su mano derecha sobre la Constitución y la izquierda sobre la Biblia de Carlos IV ante la presencia de Juan Carlos y Sofía, soberanos de aquel país.

El presidente, al cumplir con la ceremonia, une el pasado con el presente, convirtiéndose en el nuevo mandatario. Aunque muchas veces se tachen estas ceremonias como anticuadas y vacías, lo cierto es que “la forma sin contenido es insostenible”¹⁷⁹. Los mitos y valores, representados en los símbolos, en este caso la Biblia y la Constitución, dan sentido a un rito que cumple una función trascendental para el sistema.

El último paso del sistema ritual representa la coronación no sólo del ungido, sino del valor interiorizado en la sociedad. En el nuevo gobernante están plasmados los ideales democráticos que lo llevaron a sentarse en el trono, por lo tanto la corona se postra en la cabeza del rey, pero también en la sociedad entera, que participó en el proceso.

Con la ascensión al trono del nuevo monarca culmina el proceso ritual, que puede durar meses e incluso años, el ciclo se cierra y comienza una nueva etapa en el sistema, que continúa funcionando gracias al sistema

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. XI.
¹⁷⁹ *Ibid.*, p. XII.

de ritos, la materialización de los símbolos, mitos y valores arraigados en lo más profundo de la sociedad.

En conjunto, la campaña, el día de las votaciones, el período de transición y la toma de posesión, con sus variantes de acuerdo a cada región (en forma pero no en fondo), conforman el sistema ritual que permite el tránsito armonioso de una etapa a otra. Los ciudadanos traspasan el umbral para encontrar del otro lado la certidumbre que requiere para vivir.

Así como las ceremonias de duelo, que comprenden el velorio, los funerales y el entierro, ayudan al individuo a aceptar la pérdida de un ser querido y transitar hacia un nuevo estado, en el proceso electoral se cambian las carrozas fúnebres por los mítines y los votos, pero el sentido es el mismo.

La conversión natural de la vida y la muerte es acatada y superada el ritual de la misma manera que la gente apoya a un candidato para llegar a la dirigencia de la nación. En ambos casos los individuos cruzan el puente de un estado a otro sorteando los peligros que emanan de una transformación en el sistema: “la persona que ha de pasar de uno a otro (estado) está ella misma en peligro y emana peligro para los demás”.¹⁸⁰

Ese peligro es disipado por el ritual, un evento válido, legítimo, formal y dramático que se caracteriza por la participación popular. El proceso electoral permite poner en práctica las metas y creencias en común, otorgándole a la gente la seguridad necesaria para recorrer el camino que los lleva del viejo al nuevo período en el sistema.

Así como el mito, los valores muestran al individuo el terreno que pisan, indispensable para que pueda caminar. En el rito, la democracia es salpicada del elixir de la inmortalidad para convertirse en el valor que se transmite de generación en generación a través de actos repetitivos llenos de valores

¹⁸⁰ Arnold van Gennep, *Los ritos de paso.*, p. 52.

compartidos, por lo que está presente permanentemente en el imaginario.

Si en la novela de Luis Spota, Víctor Ávila Puig llegó a la presidencia de la República por decisión del tlatoani, Barack Obama, Gabino Cué y Mariano Rajoy ganaron su derecho a gobernar en las urnas. En todos los casos, el sistema logró estabilizarse sorteando la incertidumbre por el fin de una etapa y el inicio de otra.

La sociedad, dentro de una comunidad de significados, se comunica en el ritual por medio del lenguaje utilizando referentes válidos; en primer lugar, la democracia y, permeando en todo el proceso, se encuentran los mitos, historias fundacionales que tienen sentido en una comunidad.

El proceso electoral, un acto de comunicación política porque afecta potencial y realmente al sistema político, representa el momento más álgido de interacción expresiva que cambia las máscaras de los dirigentes, mas no su funcionamiento ni sentido.

Además de generar gobierno, representación y legitimidad, las campañas electorales, el día de las votaciones, el período de transición y la coronación sirven para un fin más relevante, el de otorgar certeza a los individuos. Convirtiendo al ungido en el portador del valor democrático el sistema se restablece, alejando la sombra de la incertidumbre que amenaza con desestabilizar el tejido social.

La democracia se renueva gracias a esta serie de pasos, que se componen de ceremonias formales bañadas de símbolos válidos y legítimos. Los individuos viven ese valor, lo hacen suyo y lo transmiten a las siguientes generaciones, asegurando la estabilidad del sistema. Al momento que deposita un voto en la urna, participa en un mitin y atestigua la coronación de un nuevo rey, la gente sube al tren que sorte los peligros del cambio y cuyo destino es una nueva era de certeza y tranquilidad.

CONCLUSIONES

En 2004, Larissa Adler-Lomnitz, Rodrigo Salazar e Ilya Adler publicaron *Simbolismo y ritual en la política mexicana*, un texto que versa sobre el papel de lo simbólico en las campañas electorales mexicanas antes de la llegada de la competencia real entre candidatos y partidos políticos, centrándose en el proceso que llevó a Carlos Salinas de Gortari en 1988 a convertirse en el máximo dirigente del país, y que sirvió como punto de partida de esta investigación.

El análisis etnográfico, pionero en México, reconoce en el período de sucesión presidencial el rito que garantiza un nuevo equilibrio entre la continuidad y el cambio, el mecanismo (aunque únicamente ante la falta de competitividad en los comicios) que preparaba a todos los actores para asumir el arribo al poder de un nuevo grupo, hecho que representaba una amenaza latente de inestabilidad en el sistema.

A pesar de incluir una visión tan amplia como innovadora, la función de rito de paso del proceso electoral sólo es reconocida ante sociedades donde se sabe de antemano el resultado de las votaciones, específicamente en el México dominado por un solo partido político. El libro define al simbolismo como el mecanismo que aseguraba la transición pacífica en esa coyuntura y que debe disminuir su presencia ante la llegada de la competencia en las elecciones.

Ese texto sirvió para formular la hipótesis del presente trabajo: *El proceso electoral actual es un rito de paso, es decir, una ceremonia ritual bañada de mitos que reduce la incertidumbre producida por el cambio en los dirigentes políticos en las elecciones, pero cuyo rol es menos importante a medida que el proceso se vuelve plural, libre y competitivo. La representación simbólica compensa la ausencia de una representación política, por lo tanto, el proceso electoral actual tiende a priorizar su función instrumental y racional sobre los ritos, mitos y valores, que aún están presentes, aunque su importancia se reduce a medida que la simulación electoral desaparece.*

Después de una amplia investigación tanto bibliográfica, como hemerográfica y presencial en distintas elecciones de varios países a distintos niveles, se comprobó que el proceso electoral actual constituye un sistema ritual que ayuda al sistema a sortear un período de inestabilidad, como se planteó en un inicio, y que se divide en cuatro etapas: campaña, día de las votaciones, período de transición y toma de posesión.

Gracias a un valor compartido, la democracia, la gente participa de diversas formas en las campañas, acude a emitir su voto en una jornada de amplia asistencia, reconoce al nuevo gobernante en el período de transición y lo aceptan como su dirigente tras la ceremonia de toma de posesión.

En la hipótesis también se planteó la reducción de la importancia del papel simbolismo a medida que en los comicios se garantizara la libertad del ciudadano para elegir realmente a sus gobernantes. Sin embargo, este trabajo de investigación encontró en los mitos, valores y rituales elementos no sólo ineludibles, sino necesarios para el funcionamiento de un sistema donde la competitividad y pluralidad impera en las elecciones actuales, a diferencia del México del siglo XX.

Si en el período de partido hegemónico en México el rito era necesario para asegurar una transición pacífica, objetivo que cumplió cabalmente,

con la llegada de nuevos actores ajenos al Revolucionario Institucional con posibilidades reales de asumir el poder, el ritual se vuelve aún más importante porque la amenaza de incertidumbre es mayor.

La sociedad mexicana, que durante décadas vio surgir al máximo mandatario de las filas un solo partido político y sin oposición en las urnas, enfrentó un proceso distinto en el año 2000, con la llegada de un presidente emanado de otra fuente, hecho que sembró dudas en la gente, pues se trató de un suceso inédito. No obstante, el sistema ritual, el antídoto apropiado que emplaza a la gente a un nuevo estado de seguridad, pudo sortear la amenaza, otorgando al individuo la certeza que requiere para enfrentar su vida diaria.

La validez del voto no es antitética al simbolismo, y mientras más grande es la incertidumbre, su necesidad es mayor. La sociedad necesita saber qué terreno pisa para poder caminar sobre él, y las ceremonias que le otorgan identidad y refuerzan sus lazos son la respuesta para ello también en los comicios competitivos.

El mito, la historia fundacional que otorga identidad y cohesiona a los individuos, y su materialización, el rito, han estado y siguen presentes en la historia de la humanidad. El proceso electoral, como sistema ritual permite al individuo traspasar la frontera del cambio, cohabitando con la validez del sufragio.

Por este motivo, se han seleccionado cinco frases de ese libro, cuya refutación contiene las conclusiones del análisis del ritual que lleva al individuo a transitar pacíficamente hacia un nuevo estado, y que se presenta en la época actual, donde la libertad en el proceso electoral es mucho mayor que antes. El rito camina de la mano con el individuo.

*“La relación entre ritual político y discusión pública será negativa, ocupando uno un lugar más central a medida que el otro disminuye su importancia”.*¹⁸¹

De acuerdo con Gabriel Almond y Sidney Verba, la cultura política* de una nación está determinada por las pautas de orientación cognitivas, afectivas y evaluativas que los individuos tienen hacia los objetos políticos. El rito político tiene injerencia en dichas pautas, es un elemento ineludible para explicar las orientaciones y el arraigo de la sociedad hacia determinado sistema político, no importando con qué grado de participación cuente.

El ritual no es sino la materialización de los símbolos, mitos y valores, fuente de certeza para el individuo y, por lo tanto, necesarios para mantener el orden en cualquier sociedad. La discusión pública y el simbolismo no son excluyentes, ambos cumplen funciones complementarias incluso en la cultura cívica, tal es el caso del proceso electoral.

Las elecciones actuales conforman un sistema ritual que permite la transición lisa y llana de sus gobernantes a partir de un valor arraigado en la sociedad, la democracia. Con la aparición de la competencia real en los comicios, los símbolos no desaparecen, al contrario, ocupan su lugar para cumplir la misión de tender un puente entre el viejo y nuevo estado, evitando la caída por la incertidumbre que produce el cambio. A mayor discusión pública, más rito.

*“El ritual político permite arreglos y negociaciones pragmáticas entre las partes sin necesidad de recurrir a las normas jurídicas o a compromisos públicos”.*¹⁸²

Las elecciones se dividen en cuatro períodos: la campaña electoral, momen-

¹⁸¹ Larissa Adler-Lomnitz, Rodrigo Salazar e Ilya Adler, *op. cit.*, p. 36.

* *Vid* Gabriel Almond y Sidney Verba, *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones.*

¹⁸² *Íd.*

to en el cual los candidatos buscan el apoyo popular; día de las votaciones, cuando la gente elige a sus gobernantes a través del sufragio; período de transición, etapa en la que se forja la unidad, dejando atrás las rencillas que pudieran presentarse en las dos primeras etapas; y toma de posesión, la ascensión al poder de aquel que fue favorecido con el voto de los ciudadanos.

Las cuatro fases están reguladas en las distintas leyes de acuerdo a cada nación. El rito se presenta dentro de cada una de ellas, acatando los lineamientos legales y respetando la competencia entre candidatos, requisito de una democracia.

El ritual no interfiere con las normas jurídicas ni con los compromisos públicos, sino que coexiste con ellos y a la vez cumple un rol más trascendente que el de colocar en el trono a tal o cual personaje; el rito traslada a la sociedad entera a una nueva era con el menor número de secuelas posibles ante la incertidumbre que produce el cambio.

Además, incentiva a la gente a cumplir las leyes gracias al proceso de socialización política. Mientras el individuo realiza eventos válidos y legítimos de forma periódica, interioriza que esa, la vía legal, es la forma correcta de realizarlos. En suma, el simbolismo no sólo cumple con los lineamientos jurídicos, sino que éstos requieren del rito para que la gente los acata y los cumpla.

*“Cuando el ritual adquiere la forma de festejo, sirve para reiterar la validez y la continuidad de la relación patrón-cliente”.*¹⁸³

Con esta aseveración, los autores se refieren a que los que detentaban el poder ratificaban su mandato a través de celebraciones multitudinarias durante el proceso electoral, pues la gente se mostraba contenta en las festividades. No obstante, el rito no ratifica la relación patrón cliente. En

¹⁸³ *Ibid.*, p. 37.

el evento dramático, formal y donde entran en juego los mitos y valores, los participantes cumplen un rol determinado que permite establecer un orden para que cumpla con su objetivo.

El rito no es un instrumento que manipula la clase dirigente para su conveniencia. Por ejemplo, en el día de las votaciones, el papel protagónico lo cumplen los ciudadanos, ubicados en lo más alto del pedestal para decidir quién será su próximo gobernante y, de esa forma, dan paso a la renovación pacífica de sus gobernantes.

Lejos de ratificar la relación patrón-cliente, el ritual se presenta como el forjador de los valores arraigados en lo más profundo del imaginario, en este caso el democrático. Los mítines, las celebraciones y las ceremonias de toma de posesión ratifican la democracia, hacen de ella un valor vivo, gracias a lo cual la sociedad puede transitar hacia un nuevo estado sin perder la certidumbre y la confianza.

*“La debilidad de la esfera pública nacional en México ha garantizado que los eventos políticos sean interpretados simbólicamente: sus dimensiones expresivas cuentan tanto o más que sus dimensiones instrumentales”.*¹⁸⁴

Si bien es cierto que los autores de *Simbolismo y ritual en la política mexicana* analizan únicamente la elección ante un sistema de partido hegemónico, esto no quiere decir que la debilidad de la esfera pública nacional sea la causa de la interpretación simbólica del proceso electoral.

En Estados Unidos, país que se caracteriza por contar con una competencia electoral real, los símbolos, mitos, valores y rituales también están presentes en el proceso electoral. Lo mismo ocurre en España, donde los índices de asistencia a los colegios electorales es aún mayor.

Los procesos electorales actuales cumplen la misma función que acer-

¹⁸⁴ *Apud ibid.*, p. 7.

tadamente describen los propios autores en el texto, la de rito de paso, alejando la incertidumbre a la llegada de un nuevo período y asegurando, de esta manera, la estabilidad en el sistema. La dimensión instrumental cohabita con la simbólica.

*“Las particularidades del presidencialismo mexicano explican los problemas que creaba el cambio de gobierno y la manera en la que el sistema político recurría a la formalidad democrática para superarlos”.*¹⁸⁵

El cambio de gobierno representa un peligro para cualquier sociedad, ya sea en sistemas políticos estables o inestables, pues se trata un momento de cambio que, por ende, produce ansiedad en los componentes del sistema. La amenaza de la incertidumbre generada por el final de un período y el inicio de otro no es exclusivo del México del siglo XX, en el que el sistema ritual garantizaba una transición lisa y llana, alejando todo tipo de problemas.

El proceso electoral encarna la forma idónea de sortear este peligro, presente aún en democracias consolidadas, porque es el ritual que saca a flote el valor democrático, arraigado en la sociedad, que fortalece los lazos sociales y logra alejar la ausencia de certeza, haciendo frente a lo desconocido a través de ceremonias válidas y legítimas.

Potenciado por los medios de comunicación en una época en la que la gente vive la política desde el sillón, los distintos eventos que conforman el proceso electoral llegan a muchas más personas que antaño, por lo tanto, la socialización se potencia y garantiza la permanencia de la democracia como valor.

Gracias a este sistema de ritos el individuo franquea el umbral que lo transporta a un nuevo estado de certidumbre, necesaria para afrontar su vida diaria. El ritual se convierte en la espada que fulmina la inestabili-

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 41.

dad, y que se encuentra detrás de cada voto depositado en la urna.

Boletas electorales, mítines, eventos transmitidos por internet, llamadas telefónicas, propaganda y coronaciones... todos los elementos que conforman el sistema ritual abonan a la designación del nuevo monarca, pero, más importante aún, permite el paso de los individuos de una etapa a otra resolviendo los inconvenientes que produce el cambio. Al mismo tiempo que las máscaras de los gobernantes cambian, el sistema perdura.

FUENTES

Libros:

Adler-Lomnitz, L. et. al. (2004). *Simbolismo y ritual en la política mexicana*. México: Siglo XXI.

Amador Bech, J. (2004). *Las raíces mitológicas del imaginario político*. México: Miguel Ángel Porrúa.

Anduiza, E. y Bosch, A. (2004). *Comportamiento político y electoral*. Barcelona: Ariel.

Aristóteles (2008). *La Política*. México: Época.

Bogdanor, V. (dir.) (1991). *Enciclopedia de las instituciones políticas*, Madrid: Alianza.

Canel, M.J. (2007). *Comunicación de las instituciones públicas*. Madrid: Tecnos.

Cazeneuve, J. (1971). *Sociología del rito*. Argentina: Amorrortu.

Cotteret, J.M. (1977). *Comunicación política gobernados y gobernantes*. Buenos Aires: El Ateneo.

Covián Andrade, M. (2000). *La teoría del rombo: ingeniería constitucional del sistema político democrático*. México: Centro de Estudios de Ingeniería Política y Constitucional.

Durán Barba, J. y Nieto, S. (2005). *Mujer, sexualidad, internet y política. Los nuevos electores latinoamericanos*. México: Fondo de Cultura Económica.

Durkheim, E. (1995). *Las formas elementales de la vida religiosa*. México: Coyoacán.

Eliade, M. (2000). *Aspectos del mito*. Barcelona: Paidós.

Fagen, R. (1966). *Politics and communication*, Estados Unidos: Little, Brown & Company.

Ferry, J.M. et al. (1992). *El nuevo espacio público*. Barcelona: Gedisa.

Gerstlé, J. (2005). *La comunicación política*. Santiago: LOM.

Hermet, G. et al. (1982). *¿Para qué sirven las elecciones?*. México: Fondo de Cultura Económica.

Izard, M. y Smith, P. (1989). *La función simbólica*. Madrid: Jucar.

Kertzer, D. (1988). *Ritual, politics, and power*. New York: Yale University Press.

Lévi-Strauss, C. (1981). *Mitologías: El hombre desnudo*. México: Siglo XXI.

Maisonneuve, J. (2005). *Las conductas rituales*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Maquiavelo, N. (1998). *El Príncipe*. México: Grupo Editorial Tomo.

Martín Salgado, L. (2002). *Marketing político*. España: Paidós.

Martín Serrano, M. et al. (1991). *Teoría de la comunicación*. México: Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán de la Universidad Nacional Autónoma de México.

May, R. (1992). *La necesidad del mito: la influencia de los modelos culturales en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós.

Mazzoleni, G. (2010). *La comunicación política*. Madrid: Alianza.

- Muñoz Patraca, V.M. (2006). *Partido Revolucionario Institucional 1946-2000: ascenso y caída del partido hegemónico*. México: Siglo XXI.
- Nimmo, D. y Combs, J.E. (1980). *Subliminal politics*. New Jersey: Prentice Hall.
- Nohlen, D. (2004). *Sistemas electorales y partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Núñez, A. (2007). *¡Será mayor que lo cuentas! Los relatos como herramientas de comunicación*. Barcelona: Urano.
- Rader, O.B. (2006). *Tumba y poder. El culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin*. Madrid: Siruela.
- Rappaport, R. (2001). *Ritual y religión en la formación de la humanidad*. Madrid: Cambridge University.
- Rousseau, J. (1980). *El contrato social*. México: Porrúa.
- Schaff, A. (1966). *Introducción a la semántica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Segalen, M. (2005). *Ritos y rituales contemporáneos*. Madrid: Alianza.
- Serrano Migallón, F. (1995). *Toma de posesión: el rito del poder*. México: Porrúa.
- Sills, D.L. (dir.) (1974). *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*. Madrid: Aguilar.
- Skorupski, J. (1985). *Símbolo y teoría*. México: Premiá.

Spota, L. (1975). *Palabras mayores*. México: Grijalbo.

Tocqueville, A. (1957). *La democracia en América* (2ª edición). México: Fondo de Cultura Económica.

Trent, J. y Friedenberg, R. (2008). *Political Campaign Communication* (6ª edición). Estados Unidos: Rowman & Littlefield.

Valles, J.M. (1977). *Las elecciones: Introducción a los sistemas electorales*. Barcelona: Blume.

Van Gennep, A. (2008). *Los ritos de paso*. Madrid: Alianza.

Woldenberg, J. (2006). *Los partidos políticos y las elecciones de los Estados Unidos Mexicanos*. México: Nostra.

Prensa:

Alandete, D. “Miles de personas siguen ilusionadas la toma de posesión de Obama en Washington”, *El País*, 19 enero 2009.

Caño, A. “Obama alcanza la presidencia”, *El País*, 5 noviembre 2008.

Caño, A. “Iowa como ejemplo”, *El País*, 4 enero 2012.

Cue, C. “El PSOE arriesga y echa el resto”, *El País*, 6 noviembre 2011.

s/d, “New Queen takes oath, joins family in sorrow”, *The Washington Post*, 9 febrero 1952.

s/d, “Un 20-N a golpe de anécdota”, *ABC*, 21 noviembre 2011.

Revistas:

Méndez de Hoyo, I. (2003). “Competencia y competitividad electoral: dos conceptos clave de la transición democrática”. *Polis. Investigación y Análisis Sociopolítico y Social*. 20031, 27-48. México.

Schedler, A. (2004). “Elecciones sin democracia. El menú de la manipulación electoral”. *Estudios Políticos*, 24, 137-156. Medellín.

Schedler, A. (2009). “Regímenes autoritarios electorales en el mundo contemporáneo”. *Cuaderno de Estudios Latinoamericanos*. 5, 9-33. Bogotá.

Internet:

“Informe de resultados 2010”. *Corporación Latinobarómetro*. Diciembre 2010, <http://www.latinobarometro.org>

Kelly, J., “A Birthday Girl Casts Her First Ballot”, *The Washington Post*. 4 de noviembre de 2008, www.washingtonpost.com/wpdyn/content/article/2008/11/03/AR2008110302968.html

Rodríguez, O., “Se <<sacude>> Cué las malas vibras”, *Milenio*. 1 diciembre 2010. <http://www.milenio.com/cdb/doc/noticias2011/75b72844da8089d57a31be8af1437e46>

Romero, A., “Rajoy jura como presidente ante el Rey”, *El Mundo*. 21 diciembre 2011, <http://www.elmundo.es/elmundo/2011/12/21/espana/1324462056.html>

s/d, “Llama Gabino Cué a construir camino de la transición democrática”, *Milenio*. 14 marzo 2010, <http://www.milenio.com/cdb/doc/impre->

so/8734582